

VICTOR SERGE

Ciudad conquistada



«Lo hemos conquistado todo, y todo se ha deslizado lejos de nuestro alcance. Hemos conquistado el pan, y hay hambruna. Hemos declarado la paz a un mundo cansado de guerras, y la guerra se ha instalado en cada casa. Hemos proclamado la liberación de los hombres, pero necesitamos cárceles, una disciplina “de hierro” (...), y somos los portadores de la dictadura. Hemos proclamado la fraternidad, pero se trata de “la fraternidad y la muerte”. Hemos fundado la República del Trabajo, pero las fábricas mueren; la hierba crece en sus patios. Queremos que cada uno dé según sus fuerzas y reciba según sus necesidades, pero aquí estamos, nos hemos convertido en unos privilegiados en medio de la miseria generalizada».

«Ciudad conquistada» es la más amarga y oscura de las primeras novelas de Victor Serge, quien se anticipó a Orwell y a Koestler y fue además uno de los primeros en calificar como totalitario al régimen soviético. La obra fue enviada por fragmentos a Francia, donde vio la luz en 1932, cuando el autor estaba a punto de ser desterrado a los Urales. Ambientada en el Petrogrado de la guerra civil que siguió a la Revolución rusa, narra el terror rojo y el terror blanco, pero sobre todo el rojo: Serge describe cómo los nuevos amos de la antigua ciudad de los zares se valen de la Checa para eliminar a sus adversarios políticos y consolidar su poder.



Victor Serge

Ciudad conquistada

ePub r1.0

Titivillus 08.01.2018

Título original: *Ville conquise*
Victor Serge, 1932
Traducción: Luis González Castro
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Dedico este libro a mis camaradas de Francia y España, porque es preciso que intentemos rescatar de la leyenda y del olvido el verdadero rostro de la revolución, es preciso depurar nuestra fuerza, responder con mayor libertad a la más elevada necesidad, no pedirle que justifique nuestras faltas, lograr mejor lo que queda por hacer, y que el Hombre renazca algún día en todo hombre.

Las largas noches, con desgana, se apartaban de la ciudad por unas horas. Una luz gris de alba o de crepúsculo, filtrada por el techo de nubes de un blanco sucio, se vertía entonces sobre las cosas como el empobrecido reflejo de algún lejano glaciar. Incluso la nieve, que seguía cayendo, carecía de luz. Esta sepultura blanca, ligera y silenciosa, se extendía hasta el infinito en el espacio y en el tiempo. Hacia las tres ya había que encender las lámparas. El anochecer oscurecía la nieve con tonos de ceniza, con azules opacos, con los tenaces grises de las viejas piedras. Y la noche se imponía, inexorable y calmante: irreal. El delta recobraba en esas tinieblas su configuración geográfica. Negros acantilados de piedra, quebrados en ángulos rectos, bordeaban los canales congelados. Una especie de sombría fosforescencia emanaba del ancho río de hielo.

A veces, los vientos del norte, llegados de Spitsbergen y de más allá, tal vez de Groenlandia, quizás del Polo a través del océano Ártico, Noruega y el mar Blanco, empujaban sus ráfagas sobre el triste estuario del Nevá. El frío mordía de repente el granito, las pesadas brumas venidas del sur por el Báltico se esfumaban y las piedras, la tierra y los árboles descarnados se cubrían instantáneamente de cristales de escarcha, cada uno de los cuales era una maravilla apenas visible, hecha de números, de líneas de fuerza y de blancura. La noche, despojándose de sus velos de irrealidad, cambiaba de rostro. La estrella polar aparecía, las constelaciones abrían la inmensidad del mundo. A la mañana siguiente, los jinetes de bronce sobre los pedestales de piedra, cubiertos de un polvo de plata, parecían salir de una extraña fiesta; en la catedral de San Isaac, todo estaba helado: las altas columnas de granito, el frontón poblado de santos, hasta la cúpula de oro macizo. Las fachadas y los pilares de granito rojo tomaban, bajo aquel revestimiento magnífico, tintes de ceniza rosa y blanca. Los jardines, con las filigranas puras de sus ramajes, parecían encantados. Esa fantasmagoría deleitaba la vista de las gentes que salían de sus asfixiantes casas del mismo modo que, hace milenios, los hombres vestidos con

pieles salían temerosamente en invierno de las cálidas cavernas llenas de un buen hedor animal.

Ni una luz en barrios enteros. Tinieblas prehistóricas.

Las gentes dormían en moradas glaciales donde cada rincón habitable era como una esquina de madriguera; el hedor ancestral penetraba en sus pellizas, que no se quitaban nunca, o que se ponían para ir a la habitación contigua a coger un libro o arrancar algunas tablas del entarimado con las que alimentar el fuego, o bien para vaciar en un rincón del fondo del pasillo la basura de la noche sobre los montones de excrementos helados, recubiertos también por la adorable escarcha, cuyos cristales eran una maravilla de pureza. El frío entraba libremente por las ventanas rotas.

La ciudad, cortada por avenidas rectas y canales sinuosos, rodeada de islas, de cementerios, de grandes estaciones muertas, se extendía al fondo de un golfo estrecho, en los confines de una soledad blanca.

(Pero las noches reinaban, irreales o estrelladas, implacables y calmantes; y en esas noches, algunos esquiadores, armados de grandes pistolas Mauser, provistos de cincuenta preciosas balas puntiagudas, una cantimplora de aguardiente, dos kilos de pan negro, veinte terrones de azúcar, un pasaporte danés bien falsificado y cien dólares cosidos en el dobladillo del pantalón, penetraban resueltamente a grandes zancadas en ese desierto donde nada era peor que el encuentro con el hombre. Y también algunas mujeres, que llevaban de la mano a sus niños, algunos ancianos y algunos cobardes, todos ellos encorvados bajo el gran viento del terror, un viento más mortal incluso que los vientos del Polo, entraban en ese desierto de hielo guiados por el odio y el miedo, conducidos por traidores y espías, escondiendo a veces sus diamantes, como esconden los presidiarios su dinero, hasta en los pliegues secretos o infames de la carne).

El Nevá, visto desde lo alto, desde el avión con estrellas rojas que lo sobrevolaba por la mañana, parecía una delgada serpiente blanca que, abriendo su boca, lanzaba dos lenguas azules hacia el desierto.

Los suburbios medio vacíos tenían hambre. No había ya humo en las chimeneas de las fábricas; cuando alguna se ponía por casualidad a humear, las mujeres, envueltas en harapos, agolpadas a la puerta de una tienda comunitaria, contemplaban con taciturna curiosidad cómo se elevaba ese humo extraño.

—Están reparando cañones. Y reciben raciones extraordinarias...

—¿Cuánto?

—¿Cuánto? Cuatrocientos gramos de pan al día; sí, pero no es para nosotros, no hay más que para ellos. Ya sabemos quiénes trabajan en esa fábrica, esos cabrones...

Banderas rojas ennegrecidas colgaban en las puertas de viejos palacios color sangre de buey contruidos por el maestro Bartolomeo Rastrelli, un enamorado de la elegancia italiana del siglo XVIII y de las graciosas estructuras adornadas como pastoras. Esos palacios habían sido las residencias de los favoritos de las emperatrices, de conquistadores de Crimea y del Cáucaso, de grandes señores dueños

de millares de almas, de nobles incultos, intrigantes y ladrones, a quienes la Cancillería Secreta^[1] solía someter a la tortura un día antes de deportarlos a los bosques orientales. Cuando los guías del Departamento de Educación Política decían a las gentes sencillas, llegadas a la capital para asistir a congresos gubernamentales, que esas eran las obras del arquitecto Rastrelli, los visitantes entendían con toda naturalidad «las obras de un fusilado», pues en ruso *rastrellanny* quiere decir *fusilado*. Los palacios y las residencias de los tiempos napoleónicos, más austeros, con nobles frontones simétricos posados sobre poderosas columnatas, tenían los mismos trapos rojos en las puertas. Las diversas épocas del Imperio habían marcado así las calles, con construcciones imponentes que por las noches podían hacer que uno pensase en las tumbas de los faraones de alguna dinastía tebana. Pero las cenizas de *esta* dinastía estaban frescas en alguna zona pantanosa de los Urales; y *estas* tumbas, las de un régimen, portaban letreros: *PCR (b)*^[2], *Comité del Segundo Distrito — RSFSR*^[3], *Comisariado del Pueblo para la Instrucción Pública, Dirección de los Servicios de Educación de Niños con Retraso — RSFSR, Escuela de Comandantes del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos*.

En esos palacios, muertos porque estaban conquistados, sin corona porque ya no eran palacios, se trabajaba. Las ametralladoras agazapadas en los vestíbulos (a veces a la sombra de los grandes osos disecados que tendían antaño la bandeja de las tarjetas de visita) parecían bestias de acero, silenciosas pero listas para morder. Las máquinas de escribir crepitaban en habitaciones acondicionadas para comodidades principescas; un tosco conquistador, el camarada Ryzhik, dormía con las botas puestas en una habitación de estilo Luis XV, sobre el mismo diván donde, dieciocho meses antes, un viejo epicúreo de la raza augusta de los Rúrik se deleitaba contemplando, con una mezcla de embelesamiento y desesperación, a jóvenes desnudas. Ahora ese epicúreo yacía en algún sitio, nadie sabía exactamente dónde, en un campo de tiro, desnudo, con la barba erizada y las dos sienes agujereadas, bajo medio metro de tierra pisoteada, un metro de nieve y el peso sin nombre de la eternidad.

En las plantas del edificio había ahora oficinas donde se clasificaban expedientes en tocadores que se hallaban separados mediante tabiques de madera; en el suelo había una extraña hilera de colchones requisados, que transformaban en dormitorios las que habían sido vastas salas de fiesta blancas y doradas. Enormes lámparas de araña tintineaban todavía débilmente cuando pasaban los camiones. Cautivos sin orgullo, quienes tal vez subían antaño las escaleras de mármol de esta misma residencia con paso digno y bajo la mirada impasible de sirvientes con librea, esperaban ahora en el sótano su traslado a la Checa. De vez en cuando, el centinela indolente acodado en una mesita mugrienta a la entrada de la escalera del sótano se levantaba, se echaba al hombro con desgana la correa del fusil, que portaba con el cañón hacia el suelo, y quitaba el candado de esa prisión. «Vamos», decía sin malicia, «los financieros al cagadero, de tres en tres». Empujaba con familiaridad a esas

formas espesas que tropezaban unas con otras en la estrecha escalera y que luego vacilaban un momento en el patio, a la vista de la nieve centelleante... Llegaban ronquidos desde el cuerpo de guardia instalado en las antiguas cocinas.

Ryzhik había perdido la cuenta de las horas. Su jornada no tenía principio ni fin. Dormía cuando podía, de día, de noche, a veces al comienzo de las sesiones del Comité del Distrito, cuando los discursos eran prolijos. En esas ocasiones, dormía tirado en su silla, con la boca abierta y el labio superior enrojecido; sus manos distendidas, puestas sobre las rodillas, expresaban en esa repentina anquilosis una fatiga enorme. Durante mucho tiempo le había producido un malestar nervioso el teléfono —esa extraña vocecilla que la oreja tenía que captar, esa voz que hacía pensar en un insecto que escarba—. Ahora dictaba y recibía órdenes por el aparato; con una gruesa escritura de colegial, trazaba los textos de los mensajes en el reverso de cajas de cigarros: «Transmitir a los Comités de Tres: terminar en 24 horas la incautación de ropa de abrigo». «Retirar un tonel de arenques del almacén n.º 12, reducir las raciones a los hombres». «Detener a los diez primeros de la lista facilitada por el Comité de Cinco...».

Escuchaba, con la mirada perdida, embrutecido por el cansancio del día, frente a la mesa del teléfono llena de migas de pan negro.

—Hola, Gorbúnov. Llamen a Gorbúnov. ¿Ha terminado la redada?

El insecto deforme escarbaba en el fondo de su agujero, en algún sitio lejano. Una voz desconocida respondió bruscamente:

—Gorbúnov tiene una bala en la ingle, déjeme en paz.

Y se cortó la comunicación. Ryzhik blasfemó. El timbre volvió a sonar con alegre insistencia:

—Hola, ¿eres tú, Ryzhik? El teatro Sabúrov regala veinte entradas para *La pequeña chocolatera...*

La puerta había gemido detrás de él; notó una presencia benéfica, pero un poco irritante:

—¿Xenia?

—Sí, soy yo. Ve a acostarte, Ryzhik.

Xenia llevaba la guerrera color hierba de los soldados y gafas de montura metálica; la funda de una pistola automática colgaba de su cinturón. Traía un libro. Ryzhik, enormemente fatigado, pensó en dos globos de carne suaves y firmes, en una boca cálida. Xenia lo miró con calma:

—Mañana, a las seis, reunión del Comité del Distrito.

Él se ruborizó.

—Está bien, buenas noches.

Bajó la escalera de mármol. Una especie de rabia se incubaba en su seno, sin razón, ante esa mujer tan sencilla y clara, que apartaba con su sola presencia la idea

de que pudiesen estar alguna vez, aunque solo fuese por un momento, frente a frente como un hombre y una mujer, desarmados el uno por el otro y entregados el uno al otro.

En la biblioteca desierta, cerca de la gran estufa de porcelana holandesa, dos soldados jugaban al ajedrez a la luz de una lámpara. El tablero era un mosaico de piedras raras, incrustadas en una elegante y pequeña base; las piezas eran de marfil, de diseño chino, minucioso, fantástico y preciso. Ryzhik, pegado a la estufa para que el calor penetrase bien en él, cerró los ojos. ¡Qué trabajo! ¿Y si finalmente me canso de ser fuerte? ¿Qué pasa si...? En esos instantes de extremo cansancio, se repetía a sí mismo dos palabras sin respuesta: «Es necesario». Y, mágicamente, la batería se recargaba por sí sola. La fatiga ya no era más que el cansancio de la jornada: el sueño la disiparía. La noche, magníficamente silenciosa, reinaba sobre la nieve, la plaza, la ciudad, la Revolución.

—¿Estás reventado, Ryzhik? —dijo uno de los jugadores adelantando un peón. Era un pequeño hombre oscuro, de cabellos largos, descuidados, en los que brillaban briznas de paja—. Yo también. La leche estaba a veinte rublos hoy en el mercado. El azúcar a cuarenta. Acabo de regresar de Gdov. ¡Es bonito, el campo! Por Matveevka había pasado un comisario a requisar las vacas y los relojes. Imagínate, los campesinos pobres estuvieron a punto de desollarme. Nuestros destacamentos de abastecimiento arrasan con todo o huyen o son masacrados. Pero encontré a algunos tipos estupendos, con agallas, de la fábrica de cables... Duermen en la estación, por seguridad. Y con razón.

El otro jugador tosió en un pañuelo sucio y, sin levantar la cabeza, que tenía pequeña, angulosa y dura, dijo:

—Yo soy buena gente, pero estoy harto. Mi mujer hizo sesenta verstsas^[4] en tren y dieciocho a pie para ir al pueblo a buscar veinte kilos de harina. Se los confiscaron tan pronto como regresó. Ahora tiene fiebre. Puede que sea el tifus. Ni siquiera puedo mandar al niño al hospicio, pues allí mueren como moscas. Jaque...

—Gorbúnov tiene una bala en la ingle —dijo Ryzhik.

—Es un vago —replicó el de piel oscura sin inmutarse—. Lo vi hacer el inventario de las máquinas de escribir. No entendía la diferencia entre inventariar e incautar. Se llevaba todo, hasta las cámaras fotográficas. Le dije: «Eres un imbécil, nunca harán de ti un ciudadano consciente». No sabe más que sermonear: «La revolución mundial...».

Ryzhik tenía calor ahora, y turbios pensamientos se movían en su interior, en esos rincones oscuros a los que incansablemente, de manera despiadada, relegamos una extraña multitud de deseos, sueños, sospechas, impulsos violentos, alegrías estranguladas, brutalidad contenida. Dijo secamente a esos hombres:

—Tú estarás de guardia en la prisión de las dos a las cinco; tú, en la entrada.

Y salió. La noche glacial refrescó su rostro sin hacerle sentirse mejor. Las gentes, según el decreto del Ejecutivo, hacían vigilancia en los rincones oscuros de las

puertas. El cielo se había cubierto, la nieve ya no brillaba: se caminaba entre cenizas opacas y suaves que ahogaban el ruido.

Hacia las tres, en el momento en que la noche es tan vasta, tranquila y profunda que parece definitiva, cuando el teléfono por fin se calló, Xenia, sola en el servicio de guardia en la gran sala con suelo de parqué, escribió algunas líneas en el reverso de un salvoconducto:

La Revolución: el fuego.

Quemar al viejo hombre. Quemarse uno mismo.

Renovación del hombre mediante el fuego.

Había apoyado su cabeza de veinte años en las manos y permanecía pensativa ante esas líneas. Renovar al hombre a fondo por medio del hierro candente. Arar la vieja tierra, derribar el viejo edificio. Rehacer la vida. Y, sin duda, una misma debe perecer. Yo pereceré: el hombre vivirá. Yo pereceré: frío. Aun así, sorda angustia. ¿Es eso también la resistencia del viejo hombre? Victoria, sonrisa en el vacío: bien, pereceré, estoy lista. «Lista». Lo dijo en voz alta. La palabra regresó a ella, desde el silencio y desde la noche sin límites, con una larga resonancia interior. No sintió que había alguien detrás.

Ryzhik, con un paso tan ligero que sus botas de piel no hacían sonar el entarimado, se acercó suavemente, inclinándose un poco hacia adelante, con las sienes calientes, las órbitas hundidas, llevando consigo una gran decisión elemental. Posó pesadamente la mano en el hombro de la joven. El calor de ese hombro pasó instantáneamente a todos sus nervios. Para ganar algunos segundos, el infinito de algunos segundos, preguntó:

—¿Escribes, Xenia?

—¡Ah, eres tú!

Sin sorpresa, sin volverse siquiera del todo hacia él, ella señaló con un movimiento de la cabeza las líneas que acababa de trazar.

—Lee, Ryzhik. Y dime si es lo correcto.

Quemar al viejo hombre. Quemarse...

—¿Lo correcto, lo correcto? No sé. No me gustan las fórmulas románticas. Frases. Todo es mucho más simple: imperialismo, lucha de clases, dictadura, conciencia proletaria.... Hasta mañana.

Giró sobre sus talones, todo de una pieza. El cordón de cuero del revólver Nagant azotó su cadera. Atravesó los negros corredores con paso decidido de sonámbulo y se tiró sobre su lecho en la oscuridad; la fatiga lo noqueó.

... Esa noche solo llegaron a la ciudad siete vagones de víveres, uno de ellos desvalijado. Cuarenta sospechosos fueron arrestados. Se fusiló a dos hombres en un sótano.

Amanecía lentamente, tarde, a horas en las que el pulso de la vida latía ya con ardor en otras ciudades del mundo, cuya existencia se conocía vagamente. Londres, París, Berlín, Viena. ¿Existían realmente? ¿Existía London Bridge, con su río humano que atravesaba un Támesis surcado en la bruma por remolcadores negros y por sus largos silbidos roncós? ¿Era posible que, como antaño, hubiese multitudes en Picadilly, multitudes en la esquina de la calle Faubourg Montmartre, hormigueros que seguían con su incomprensible labor en torno a la puerta de Saint-Denis, en la Alexanderplatz —donde la sangre de los espartaquistas había sido limpiada hacía ya tiempo—, así como en medio de la gran sombra gótica de san Esteban y de la desesperación de Austria!? Fantasmas de capitales que pertenecían al pasado y a algún otro mundo cósmico, que ya solo era posible vislumbrar a través de los nuevos prismas de esta vida: revueltas esperadas, desenlaces siempre en suspenso, impactantes cables de la agencia telegráfica ROSTA que anunciaban crisis sin remedio, naufragios de viejos países, convulsiones emocionantes...

Los carteles abigarrados denunciaban a la coalición: Lloyd George y Clemenceau, barrigones, con sombrero de copa, apuntaban los cañones de sus acorazados contra la Revolución. La noche, gradualmente absorbida por las piedras, las habitaciones, los grandes patios abandonados, los sótanos, dejaba tras ella esquivos regueros de sombra sobre la nieve; y en las paredes, las hojas grises anunciaban: *la prohibición de entrar o salir de la ciudad sin autorización especial; la próxima distribución de bonos de tejidos, a razón de uno por cada ocho personas; la requisita suplementaria de jergones para el Ejército Rojo; la nacionalización de las casas de baños* (que, de todas formas, ya estaban cerradas por falta de combustible); *la nacionalización de los periódicos; la ejecución de dos capitalistas, miembros del consejo de administración de la Sociedad Anónima Ruso-Británica, agentes convictos del imperialismo; la movilización de los comunistas letones. Y que: Nadie escapará de lo inevitable. Veredicto de la historia, veredicto de las masas... los disturbios de Milán... Hoy,*

Italia; mañana, Francia; pasado mañana, el universo... Firmado: Kushin. (El viento agitaba una llama blanquecina de papel despegado del muro). Lecciones de baile, de cuatro a ocho de la tarde. Baile moderno y de salón, aprenda vals en unos días, precios módicos. Tfno. 22. 76. Madame Elise, diplomada.

La calle era recta, toda blanca; las fachadas cubiertas de manchas de humedad eternizaban la noche en los cristales negros de las ventanas. La gente seguía haciendo guardia en las puertas. Eran sobre todo mujeres, con las manos metidas en las mangas de viejas ropas, con caras arrugadas cubiertas de lana. Algunas emergían de las piedras y se iban despacio por la nieve, como ancianas pintadas por Brueghel el Viejo, con el andar entorpecido por las botas de goma, hacia la tienda comunitaria n.º 12. Se amontonaban allí como cucarachas en un agujero.

Hacia las diez, la calle se animaba un poco. La gente corría hacia tareas imperiosas, necesarias, urgentes, fatales. Iban deprisa, semejantes en su diversidad, en uniformes y cuero negro, hombres y mujeres idénticos, jóvenes o sin edad, portando bajo el brazo maletines atiborrados: expedientes, decretos, actas, tesis, órdenes, mandatos, proyectos absurdos, proyectos grandiosos, papeleo insensato y la quintaesencia de la voluntad, la inteligencia y la pasión, los preciosos esbozos del futuro, todo ello en pequeña escritura en caracteres Underwood o Remington, todo ello para la tarea, para el universo. Y dos tortas de patata y un rectángulo de pan negro para el hombre cargado de esos fardos. En ese momento también regresaban, friolentos y nerviosos, con caras amarillentas extrañamente arrugadas, pero mezclando su fatiga con una nueva dosis de energía, los que habían cumplido sus tareas nocturnas.

A esa hora volvió Xenia. Encontró, en una habitación llena de humo acre, a una anciana arrodillada en el piso cubierto de restos de cortezas, de cenizas y de maderas. Una estufa rectangular de ladrillo desnudo construida recientemente, que ocupaba todo el centro de la pieza, mostraba cómo una pobreza primitiva se había colado en ese interior devastado. Mantas deshechas estaban tiradas sobre el canapé. La anciana, enderezándose a medias, se volvió hacia la alta muchacha rubia de cuerpo erguido y fresco que venía de la noche, del comité, de lo desconocido, con palabras indignantes en los labios y teorías criminales bajo esa frente abombada a la que antes le quedaba tan bien el adorno de las trenzas de color de lino.

—¡Pues sí!, ¡pues sí!, mira a tu madre, mírala, arrodillada en medio de la ceniza y de la mugre, con las manos negras, llorando por el picor del humo. La chimenea no tira, ¿entiendes? Y tú no serás capaz de arreglarla con todas tus frases sobre la vida nueva. Valiente cosa, la vida nueva. Filmoshka ya no acepta dinero a cambio de su leche: «Tengo una maleta llena», dice, «todos esos billetes no sirven para nada. Voy a mandar tapizar la isba^[5] con ellos. Deme telas». ¡A ver! ¡Contesta, contesta!

Madre e hija se miraron como enemigas; una con el suave y viejo rostro

deformado por una cólera desesperada; la otra, encerrada, replegada en sí misma, sintiendo de pronto cómo decaía la excitación de la caminata en la nieve y cómo la fatiga pesaba hasta sobre su pensamiento. (Una voz interior apenas distinguible, comprendida a medias, susurró: «Ya te veo, ya. Eres mi madre y no eres nada, y yo no soy nada. No puedes comprendernos, estás ciega. No ves que la Revolución es la llama. Y la llama nos quemará, a ti, dolida e indignada, en esta miseria; a mí, en cualquier sitio, feliz y dispuesta»). Dijo:

—Déjame ayudarte, mamá, no estoy cansada...

Y luego, con dureza:

—¿Sabes? Esto es nuevo para ti porque antes éramos unas privilegiadas. Millones de mujeres no han conocido otra vida que esta.

La madre guardó silencio mientras soplabla el fuego con la actitud milenaria de las mujeres en el hogar. Espesas volutas azules flotaban en la habitación, como en una tienda nómada cuando hay mal viento. Un soplo de aire helado entraba por el tragaluz que, encima de una ventana, se abría hacia la mañana inmensa como una estepa.

Desvestida, acostada, la joven volvió a ser la niña de siempre, de frente limpia; los cabellos cortos le daban un aire luminoso. La madre le trajo un tazón de leche caliente y miró cómo bebía, dulcificada, reconociendo el gesto goloso de esos labios que en otro tiempo tomaban su pecho.

Xenia escuchó cómo se apagaban en su interior los ruidos de la casa. El fuego prendió al fin, y cerraron el tragaluz. Alguien llamó a la puerta. Era el secretario del Comité de los Pobres, quien preguntó por Andréi Vasílievich.

A través de la puerta abierta, se pudo escuchar, atenuada, la voz de bajo de Andréi, quien discutía en la pieza contigua con su visitante habitual, Aaron Mirónovich, barbudo como él, pero encorvado, obeso y sonriente. El secretario del Comité de los Pobres hablaba demasiado bajo.

—Hable más alto —dijo Andréi Vasílievich—, ella está dormida. Regresó agotada.

—Sí, bueno, pues ayer retiramos los muebles del general. En su cuarto se instalará el club de la casa...

—Y los camaradas robaron todo, ¿eh? —preguntó alegremente Andréi Vasílievich.

—No, no todo, porque el marino del *Buitre* se quedó hasta la noche. Pero puedo vender el juego de comedor de roble; Grishka se llevó la cama de abedul de Karelia...

Risas ahogadas, ahogadas quizás por el sueño, se dispararon lentamente y se oyó un murmullo («Hace tiempo que deberían haber detenido a esos canallas, y al tío Andréi también...»).

—¿Cuánto?

—Seis mil.

Estaban sentados alrededor del samovar^[6], hundidos en sus pellizas, bebiendo el

té a pequeños sorbos, con minúsculos fragmentos de azúcar entre los dientes. Contentos de no ser detenidos, comentaban las noticias del día mientras hacían negocios.

—¿Ha leído usted, Aaron Mirónovich, que nacionalizan el comercio de periódicos, ahora que ya no hay papel ni periódicos ni comercio?

Andréi Vasílievich sostenía entre sus manos una miniatura, toda en tonos azules, grises y rosas (podría pensarse que había sido pintada con colores tomados de las flores del campo), que representaba a un joven oficial meditabundo.

—Ande, cuatrocientos, venga esa mano, Aaron Mirónovich, y le dejo la mitad de las galletas.

«Sin nosotros —se decían el uno al otro—, la ciudad se moriría de hambre. ¡Y cuántos tesoros artísticos se perderían! Lo que llaman “especulación” es en realidad la lucha heroica de hombres enérgicos y competentes contra el hambre. Lo que, en este anárquico proceso de expropiación, llaman “saqueo de la riqueza nacional” es de hecho el salvamento de los tesoros de la civilización. Lo que se roba se salva».

Cuando Andréi Vasílievich exponía estas ideas ante Xenia, se hundía en su butaca, mientras su voz temblaba de amargura:

—En el saqueo de Razumóvskoie, los *mujiks*^[7] se llevaban en sus carretas jarrones de China, cómodos para salar los pepinillos... He visto cómo unos mordvianos se repartían una lámpara de araña prisma por prisma. He visto a soldados borrachos destrozar por gusto una vajilla de porcelana Gardner... Ni siquiera sabes lo que es *Gardner*.

—Romperemos todas las porcelanas del mundo para transformar la vida. Vosotros tenéis demasiado amor a las cosas y muy poco a los hombres —respondía ella.

Entonces él se volvía, tan ancho, tan seguro de sí mismo, que su fuerza casi hacía mella en la certidumbre de la otra parte:

—¿Los hombres? Pues mira lo que vosotros les hacéis...

«Hay que arder. Arder. Eso es lo que no comprende», pensaba ella mientras él proseguía:

—Vosotros amáis demasiado a los hombres, pero a los hombres como cosas, y no amáis suficientemente al Hombre.

El año pasado, antes de que Friedrich Adler engañase a dos revoluciones, la antigua calle de los Guardias Montados llevó por un tiempo el nombre de este socialista austriaco. Muy pocos conocían su nombre actual, calle de las Barricadas, ya que el antiguo nombre, utilizado durante un siglo, tenía demasiado peso. El número 12 era un edificio alto, banal, con un patio infecto, aplastado por el desesperante gris de los viejos apartamentos. Allí, desde hacía sesenta años, las vidas meticulosas proseguían su indiscernible camino. Se festejaban los santos. Se comía bien. Se dormía al calor de edredones de plumas. El dinero fluía tranquilamente desde el campo, desde las

fábricas, desde oscuras oficinas, a través de delgados arroyos subterráneos que eran como alcantarillas. Una placa de esmalte azul, atornillada encima de la entrada principal, rezaba: «Propiedad de la Sociedad Inmobiliaria de Seguros». Por orden del Soviet del Segundo Distrito, un marino del *Buitre* había venido una noche de diciembre a fijar un poco más abajo, sobre la puerta, un papel escrito a mano, con el sello del Comité de los Pobres: «declarada propiedad de la nación». Tristes hombres de negocios con abrigos pasados de moda, a quienes se veía merodear en los alrededores de los consulados provistos de títulos de propiedad tan caducos como los pergaminos señoriales del siglo XVI, revendían cada quince días esa casa en los restaurantes de Helsinki; todavía ofrecían por ella un buen precio, pero en rublos del zar que ya no tenían valor salvo para los contrabandistas y los traidores.

En la planta baja, las vidrieras biseladas de un almacén, ahora cubiertas de escarcha y polvo, ocultaban espejos empañados. *Céline, modes parisiennes*. Esas palabras en letras doradas terminaban con una hermosa rúbrica. Cortinas manchadas de orina se tendían sobre los soportes niquelados, hechos para ofrecer a las miradas los últimos modelos de sombreros importados de la Rue de la Paix. Una familia judía se guarecía allí. A veces, cuando la esquina de la cortina estaba levantada, se podía ver a una graciosa fierecilla morena de ocho años que acunaba a una muñeca de trapo de rostro admirablemente pintado. Por las mañanas, salía de allí un anciano del que tan solo se distinguía un perfil largo y caído, con las mejillas flácidas y los ojos llorosos bajo la gorra de caza. Iba a vender sabe Dios qué en algún mercado.

La otra vitrina, antaño de un zapatero, era la de una tienda de comestibles desolada: sacarina en pequeños tubos, té de flores empaquetado más o menos como el verdadero té de Kuznetsov, cafés de granos innombrables. Algunas patatas en ciernes, puestas sobre un plato de porcelana, atraían la mirada como si fueran frutas raras. ¿Qué tipo de comercio fantasma se ocultaba tras esas sombras de mercancías? El marino del *Buitre* proponía en el Comité de los Pobres revolver a patadas toda esa tienda, seguramente llena de harina y de azúcar robados. Entonces, el secretario del Comité, un hombrecillo atareado, gritón y cojo, que afirmaba haber sido herido en los Cárpatos pero seguramente mentía, lo calmaba asegurándole que vigilaba personalmente «ese antro verdaderamente sospechoso».

A veces, se podía ver cómo un hombre muy viejo, con un abrigo gris, barría por la mañana la nieve del patio. Y cuando otro viejo, con gorro de astracán, andar espasmódico y una carpeta negra bajo el brazo, pasaba de largo, los dos ancianos intercambiaban una larga mirada de odio. El primero, antiguo consejero real, no le perdonaba al segundo, consejero de Estado, que se hubiese puesto al servicio de «esos bandidos» en una oficina dirigida sin duda por una bestia analfabeta.

Ambos coincidían también en la tienda comunitaria adonde iban a buscar su ración de pan.

El antiguo consejero real, clasificado en la cuarta categoría (no trabajadores), envolvía lentamente en un trapo parecido a un pañuelo sucio sus cincuenta gramos de

masa negra; esperaba a que el otro, ese canalla incluido en la tercera categoría (trabajadores intelectuales) recibiese su ración, el doble, para hacerle ver, con un gesto de los labios que él creía lleno de ironía, el desprecio que le inspiraba ese pago de una traición; pero su rostro hinchado apenas cambiaba con aquella sonrisa desdentada, de intención sarcástica, y la mirada sobre la ración del otro se revelaba cargada no de severidad sino de una triste codicia animal.

A las nueve, el consejero de Estado se dirigía puntualmente a la oficina del Consejo del Distrito («¡Ah, qué personal!»). No encontraba más que a la vieja que barría las salas. Los empleados llegaban tarde, y el director, más tarde que todos ellos. Después de ojear los periódicos con profundos suspiros, el consejero de Estado abría los expedientes: *Propiedades municipales. Viviendas que hay que destruir (para obtener madera para la calefacción)*... Hacia las doce, el director, un hombre bajo con cara de campesino rubio asombrado, ordenaba que le trajesen té de cáscaras de zanahoria y firmaba los documentos. Como descifraba con gran dificultad, equivocándose, la escritura manuscrita, había que leerle en voz alta las frases escritas con tinta roja en los márgenes de los informes mecanografiados. Rara vez decía que *no*, salvo que le hubiesen pagado por ello. Casi siempre firmaba con un aire de insatisfacción.

—Casa en buen estado —decía tranquilamente el consejero de Estado, lleno de deferencia, frente a la mesa del director—. Alojamiento para doce personas. Para ser derribada siguiendo las órdenes.

«Hago mi deber», decía a veces por la noche a su vecino Andréi Vasílievich. «Sirvo al país. Un gobierno, incluso aunque esté formado por locos y bandidos, representa al país: y el pueblo que lo sufre no tiene sino lo que merece... Derruimos la ciudad, amigo mío. Estamos creando una futura escasez de alojamiento. Ya verá, cuando hayamos terminado, el valor de las propiedades inmobiliarias se triplicará...».

Era el mejor experto del ramo.

Todos los vecinos se interesaban en el recién nacido del apartamento n.º 15. Había emergido de un vientre agotado, en una sala de maternidad sin calefacción, porque no habían logrado deshacerse de él a tiempo y devolverlo a la nada. Desde hacía varias semanas, se aferraba a la vida en contra de todas las predicciones. Bajo viejas pieles, respiraba el hedor amoniacal de su orina. Chupaba implacablemente el pecho agotado de una mujer con perfil de moribunda radiante, quien, abriendo con alegría unos grandes ojos de mirada ligeramente asimétrica, decía a las visitas:

—¡Vive, vive! Fíjense...

Todos se maravillaban ante esa obstinación victoriosa.

La gente les llevaba leños, grano y aceite para la lámpara. Sabían que el marido estaba en el frente. Y el pan para la madre lo traía la mujer de un oficial que también estaba en el frente (pero del otro lado, de modo que si esos dos hombres se

encontraban uno mataría al otro en el acto, o bien lo haría prisionero y después lo pasaría fríamente por las armas). Las dos vecinas leían juntas y con la misma ansiedad los nombres de las ciudades tomadas o perdidas.

Una niña de boina roja seguía yendo todas las mañanas a la escuela de *ballet*, a aprender el arte de las puntas y de las vueltas. El huracán pasará, ¿no es cierto? Pero la danza permanecerá, y la pequeña tiene talento. Por el camino a la escuela, cuando el tiempo lo permitía, leía los cuentos de Andersen, preguntándose por qué nunca aparecía ninguna alfombra voladora por encima de las apagadas casas. También leía, y repetía cuidadosamente a su regreso, los avisos a lápiz expuestos en la tienda comunitaria: «La 3.^a categoría recibirá dos arenques por el cupón n.º 23 de la cartilla de racionamiento...». ¡Qué triste es la vida sin alfombras voladoras!

El apartamento de un abogado que había desaparecido lo ocupaban unos obreros, que estaban preparados para mudarse a la primera señal de peligro y evitar así ser degollados en aquella casa donde se sentían intrusos. Se habían apresurado a hacer un trueque con los campesinos que merodeaban: a cambio de víveres, les habían ofrecido el mobiliario vendible, y el resto lo utilizaban para calentarse. En la caja fuerte, forzada con un soplete de oxiacetileno antes de su llegada, no habían encontrado más que expedientes destrozados, a los cuales se les habían arrancado fajos de documentos. La herida abierta de la caja fuerte, transformada ahora en despensa, asomaba detrás del gran escritorio sobre el cual un tornero que trabajaba en los astilleros disponía sus herramientas; al volver de la fábrica, donde se dedicaba sobre todo a hacer cola para su ración de grano, el hombre fabricaba allí, con piezas de máquina robadas, cortaplumas que cambiaba más tarde por harina. Las cañerías, heladas al principio del invierno, habían reventado. Las mujeres bajaban por agua dos pisos más abajo, a casa del profesor Lytaev; añoraban en voz alta la vieja casa caliente de madera de un suburbio iluminado de noche por las ventanas amarillas de los cabarés. «Aquello era vida», decían con rencor. Y añadían: «Moriremos todos, ya verá. ¡Qué miseria!».

Un cartel anunció que el Comité de los Pobres inauguraba el club con una conferencia sobre la Comuna de París: la columna Vendôme, de color azul, partida en dos, se desmoronaba entre llamas escarlata.^[8] ¡*Habrá baile!* El conferenciante enviado por el servicio central de los clubes, un archivista delgado y de perilla descolorida, habló una hora sin levantar la voz, que era como una llovizna persistente.

Aquel pobre hombre tan solo hablaba de la historia de «todos esos crímenes políticos», una historia tristemente arreglada al gusto del momento, porque eso le daba de comer, a él y a su fea mujer que padecía reumatismo. Aquello le interesaba tan poco como su ocupación anterior: las investigaciones genealógicas para familias enriquecidas. A veces tenía que contenerse para no romper bruscamente ese mal

sueño tenaz, para no despertarse, interrumpirse y decir con una voz rejuvenecida, con una frente erguida a la que se le han quitado veinte años de encima: «Pero dejemos todas esas cosas terribles y vanas. ¡La obra de un poeta es mucho más valiosa para la humanidad que todas esas matanzas! Hablemos de la juventud de Pushkin».

En esos momentos de contención, guiñaba extrañamente los ojos, como un hombre deslumbrado al salir de la sombra; tenía miedo de sí mismo, buscaba en el auditorio algún rostro enemigo para someterse a él, vencido; su voz subía una octava sin motivo aparente: «... la evacuación del frente de Vanves...».

El acto tenía lugar en un salón antiguo que había sido saqueado. Las esquinas estaban adornadas con querubines mofletudos de yeso dorado, que alzaban candelabros; había sillones de cuero, sillas de tocador con preciosos bordados y gruesos bancos de madera ennegrecida traídos del cuartel vecino. En las paredes, como en todas partes, los retratos de los líderes, enmarcados por cintas rojas: uno de ellos arrugaba los ojos bajo su frente enorme y desnuda con una expresión astuta, vagamente cruel, debida al fotógrafo, quien, no sabiendo descifrar la verdadera grandeza de ese hombre sencillez, había tratado de darle una cabeza de hombre de Estado, tal como el fotógrafo la imaginaba («Y no fue fácil, se lo aseguro», repetía mucho después aquel antiguo retratista de la corte); otro líder penetraba lo abstracto a través de sus anteojos, con una mirada brillante; y aquella cabeza, a pesar de la sonrisa afable y el conjunto irónico de los labios fuertes, el bigote poblado y la perilla en forma de gruesa coma, hacía pensar en órdenes draconianas, en telegramas que anunciaban victorias, en proscripciones, en motines sofocados, en una disciplina conquistadora, exultante e implacable. También estaban la cabellera rebelde y la sonrisa blanda de un dictador de rostro afeitado, que se conservaba un poco gordo en esos tiempos de hambre. Aquella noche no había en la sala más que una docena de personas; pero un buen fuego de madera hacía reinar en ella el bienestar. Cuando el conferenciante hubo terminado, el marino del *Buitre* preguntó si alguien en el auditorio tenía preguntas que hacer. Dado que se acercaba la hora del baile, la sala se llenaba poco a poco. Las cabezas se giraban hacia el músico de la armónica, que estaba sentado cerca de la puerta con el instrumento sobre las rodillas. Pero un soldado, semejante a un gran muñeco de arcilla, se levantó pesadamente de su butaca de cuero al fondo de la sala, y se le oyó murmurar con un tono imperativo:

—Cuenta la ejecución del doctor Millière.

Y el soldado escuchó el relato de pie, macizo, con la cabeza inclinada, de modo que en su rostro no se veían más que las gruesas mejillas peludas, los labios malhumorados, la frente abultada y arrugada (se parecía a ciertas máscaras de Beethoven).

—El doctor Millière, en levita azul oscuro y sombrero de copa, llevado bajo la lluvia por las calles de París, fue obligado a arrodillarse en los escalones del Panteón, mientras gritaba «¡Viva la humanidad!». El centinela, apoyado a la reja unos pasos más allá, le respondió: «¡Te vamos a meter la humanidad por el culo!».

Al fondo de la sala, algunas parejas se impacientaban. ¿Iba a haber baile o no?

Después, en la noche negra de la calle sin luces, el muñeco de arcilla alcanzó al conferenciante. Los acordes de la armónica se apagaban detrás de ellos, tragados por las tinieblas.

—Tendrá usted hambre.

El archivista sintió que le metían entre las manos un paquete duro.

—Son galletas inglesas que traje de Onega. La gentuza esa sí que come, no está como nosotros.

El archivista tomó las galletas.

—Gracias. ¿Así que viene usted de Onega?

Lo dijo por cortesía. Onega, Ereván, Kamchatka, qué más daba. Pero el hombre que llegaba de Onega tenía un secreto en la punta de la lengua. Su silencio momentáneo estaba cargado.

—Estuve también en el gobierno de Perm, el año pasado, cuando los *kuláks*^[9] se sublevaron. Les abrían el vientre a los comisarios de abastecimiento y se lo llenaban de grano. Yo había leído en el camino el panfleto de Arnould: *Los muertos de la Comuna*. Un panfleto estupendo. Pensaba en Millière. ¡Y vengué a Millière, ciudadano! Fue un bello día en mi vida, que no tiene muchos. Punto por punto, lo vengué. Fusilé en el umbral de la iglesia, como si nada, al propietario más gordo del lugar, ya no recuerdo su nombre, ni me importa una mierda...

Después de un corto silencio, añadió:

—Pero fui yo el que gritó «¡Viva la humanidad!».

—¿Sabe? —dijo el archivista— Millière, en el fondo, no era un verdadero comunero. No era más que un burgués republicano.

—Me da igual —replicó el hombre que regresaba de Onega.

Había que dar muchas vueltas por los pasillos de la Universidad para descubrir por fin la sala en la que, en ciertas noches, el profesor Vadim Mijáilovich Lytaev aún impartía su curso. Era como estar en una ciudad de otro tiempo, en medio de una especie de monasterio abandonado. La noche y el frío penetraban incluso allí. Rectángulos negros dejaban caer su peso sobre los helechos blancos de la escarcha en las ventanas. La pizarra parecía un ventanal abierto sobre la noche. El profesor no se quitaba la pelliza; sus alumnos le insistían en que conservase el sombrero, para evitar así que su gran frente gris cubierta de bandas de cabellos blancos quedase desarmada ante las tinieblas glaciales listas para precipitarse sobre los hombres. La audiencia escuchaba, temblando dentro sus abrigos. Desde lo alto de su pupitre pobremente alumbrado por una lámpara de pantalla verde (la única que había allí), el profesor no descubría más que una docena de formas confusas de las que emergían, en una especie de bruma, esbozos de rostros. A él se le distinguía un poco mejor. Era un anciano de unos sesenta años, delgado, erguido y robusto. Mejillas hundidas, labios apergaminados. Las arrugas rodeaban sus ojos, los cuales, cuando miraban hacia abajo, parecían los de la estatua de un asceta, y, cuando el hombre alzaba la cabeza, se revelaban de un castaño cálido. Destacaba entonces la finura de la nariz recta, a pesar de lo acentuado de su puente, así como la regularidad de la boca y la barba descuidada, canosa. Se tenía la sensación de que ese conjunto formaba uno de esos rostros sombríos de aspecto, luminosos de expresión, que los pintores de iconos de Nóvgorod solían dar a sus santos (no porque fuesen fieles a un tipo místico, sino probablemente por la santificación de antiquísimos retratos griegos).

El profesor hablaba de las reformas de Pedro I con una pasión tan segura de sí misma que parecía velada. Ahora había que decir Pedro I en lugar de Pedro el Grande. A menudo, Lytaev decía Pedro a secas, con lo cual enfatizaba la fuerza del hombre y no la del poderoso zar.

Al concluir su clase, Vadim Mijáilovich Lytaev entraba en una noche tan vasta

como la que había dejado atrás. Seguía una pista de hielo sobre el Nevá, atravesando oblicuamente el ancho río en dirección al Palacio de Invierno. Solía acompañarlo Parfénov, ya que ambos vivían en el centro. Parfénov caminaba junto al maestro con un paso uniforme, absolutamente silencioso, como inexistente. Calzado con botas de fieltro, vestido con piel de reno, tocado con un gorro también de reno cuyas largas orejeras le caían sobre el pecho, con su rostro espeso, sin contornos precisos, no era más que una sombra enorme y vivaz. A algunos pasos de distancia se le habría confundido con un oso.

Una ligera niebla helada difuminaba el claro de luna, no dejando traslucir más que una fosforescencia difusa, intensamente gris. Desde el Nevá se veían paisajes sin límites. Sobre las dos orillas circulares, como en los confines de un cráter lunar, las fachadas de los edificios se desvanecían en un negro espeso pero borroso, en una irradiación incolora de fondo de mar. En algún lugar hacia la derecha, más allá de la alta muralla de granito del muelle, en medio de una plaza bordeada de columnatas, un gigante de bronce encabritaba su caballo sobre una roca, destrozando, sin verla, a una serpiente también de bronce. Su mano se tendía hacia el mar, el norte, el polo. Pedro: la ancha cara del poder con unos bigotillos insignificantes.

Vadim Mijáilovich llevaba su ración de académico, recibida en la Universidad después de dos horas de espera malhumorada entre colegas: una libra de arenques, una libra de harina, dos libras de mijo, dos cajetillas de cigarrillos (de calidad inferior). Acomodó en sus hombros las correas cortantes de la mochila y dijo:

—Mire, Parfénov. Estamos fuera del tiempo. Hace siglos, la noche era igual sobre este río. Los siglos pasarán, la noche será igual. Hace doscientos veinte años, antes de que llegase Pedro, cinco chozas de leños devastadas estaban perdidas en alguna parte de esa orilla. Siete hombres (solo se contaba a los varones) se buscaban la vida con sus mujeres y sus críos. Siete hombres semejantes a sus desconocidos ancestros que habían venido del este. Esa aldea se llamaba Ienisari.

—Pero llegó Pedro —dijo Parfénov—. Y ahora hemos llegado nosotros. ¡Qué felices serán los hombres dentro de cien años! A veces, cuando pienso en ello, la cabeza me da vueltas. Dentro de cincuenta años, dentro de veinte años, dentro de diez años tal vez. ¡Sí, dennos diez años y verán! El frío, la noche, todo...

(¿Todo? ¿Qué quería decir con esa palabra vaga, pero más vasta que el frío y la noche?).

—... Todo será vencido.

Caminaron un momento en silencio. La otra orilla se acercaba de manera imperceptible.

Este Parfénov, qué entusiasmo. Lytaev sonreía en la oscuridad ante los mitos que arrastran a los hombres a través de la historia.

—Parfénov, tiene usted razón al creer en el porvenir. Es el Dios nuevo, reencarnación de las más viejas divinidades, que hace que podamos soportar el presente. Yo también creo en él, pero de otra manera, porque el porvenir es una

espiral sin fin... ¿Está usted contento en la fábrica, Parfénov?

—¡No! Es más, estoy harto. Vadim Mijáilovich, me preparo para dejarlo. He pedido que me manden al frente; el secretario del distrito me apoya, todo saldrá bien.

Tenía necesidad de hablar. Y Lytaev, con una especie de alegría indiferenciada, escuchaba esa joven voz masculina que se decantaba de los rudos sonidos de la jornada. La caminata sobre el hielo a través de las tinieblas, en medio de esa soledad, hacía que los dos hombres estuviesen cerca de comprenderse de un modo que trascendía el sentido preciso de las palabras.

—¿La fábrica? Tardamos una semana en producir lo que el año pasado hacíamos en un día. He tenido que restablecer el cacheo de los obreros a la salida: lo roban todo. Vinieron a insultarme: «¡Comisario! ¿¡No te da vergüenza!? ¡Tú mismo protestabas contra el cacheo en 1917, una indignidad, decías! Pero espera un poco, comisario, ya te tocará a ti». Lo peor es que el cacheo no sirve de mucho. Tiran paquetes atados por las ventanas. Las obreras se llevan el hilo entre las piernas, y forros enrollados alrededor del estómago. ¡Y no puedo decirles a los conserjes que les registren las nalgas! Se burlan de mí.

Lytaev continuó suavemente:

—Parfénov, tienen que vivir.

—Sí, lo peor es eso. Así que roban. Con la tela de las casacas hacen zapatillas que venden a cuarenta rublos en el mercado. Los obreros tienen que vivir, pero la Revolución no debe perecer. Cuando se lo digo, algunos me contestan: «¿Acaso la Revolución no nos está matando?». Algunos no tienen conciencia, Vadim Mijáilovich.

—¿Y es con esa fuerza ciega, Parfénov, con lo que ustedes quieren transformar el mundo?

—Con ellos y para ellos. Si no, nunca serán hombres. A pesar de ellos, si es preciso. «¿Comisario?», les dije, «de acuerdo, no me asustan las palabras. Insúltenme todo lo que quieran, soy su camarada y su hermano, y tal vez estoy aquí para eso. Pero defenderé, contra ustedes, lo que pertenece a la República. Si alguien tiene que morir, estoy dispuesto a hacerlo, con ustedes, con tal de que la Revolución viva...».

—¿Y le comprenden, Parfénov?

Parfénov reflexionó.

—¿Qué decir? Creo que me odian. Creo que pueden matarme. Escribieron en los retretes que soy judío, que mi verdadero nombre es Schmulevich, Yankel. Y no hay nada que hacer contra el robo, porque son las manos del hambre las que roban. Pero creo que, en el fondo de su odio, todavía me comprenden, saben que tengo razón; por eso no me han dado aún una paliza, a pesar de que regreso solo a mi casa todas las noches...

La entrada principal de la casa estaba cerrada como medida de precaución desde

hacía meses. Lytaev pasó por el portillo de la puerta cochera. Una anciana, que hacía su turno de guardia, lo miró fijamente en la oscuridad. Respondió al saludo de Lytaev con un mero movimiento de cabeza de una dignidad calculada, que él no vio. Y es que ella no aprobaba que un hombre tan estimable se prestase a dar clases bajo un régimen de bandidos. Después de atravesar el patio, Lytaev, avanzando a tientas, subió por una estrecha escalera que olía a moho y a basura, y llamó con grandes golpes a la doble puerta de una cocina en desuso. Tuvo que darse a conocer para que la criada quitase por dentro la barra de hierro y la cadena de seguridad.

—Soy yo, Agraféna, yo...

Un dulce calor reinaba en el estudio donde se vivía ahora alrededor de una estufa de hierro forjado y de una lámpara de petróleo. Desde hacía treinta años, el mismo rostro femenino aparecía ante Vadim Mijáilovich en la hora tranquila del té de medianoche, antes del reposo; él había visto a ese rostro alzarse en la plena luz de la vida y luego declinar, pasar, borrarse, sin perder la claridad de la mirada, única juventud que persiste; conocía ese rostro tan bien que lo olvidaba, que lo veía sin verlo, que lo redescubría a veces en su memoria con desamparado asombro. «Ya somos viejos... ¿Qué es, pues, la vida?». Las mismas manos, al principio de rosas uñas pulidas, manos que comparaba a flores y que a veces cubría de besos, luego descoloridas, arrugadas, ligeramente toscas, con tintes de marfil, esas mismas manos que ponían ante él los mismos cubiertos de plata. La misma voz, imperceptiblemente cambiada como las manos, le hablaba de la jornada terminada. Esa noche, las manos posaron en el círculo luminoso el pan negro cortado en finas rebanadas y el arenque en escabeche; adelantaron el recipiente donde el azúcar estaba quebrado en migajas ínfimas. La voz dijo:

—Vadim, tendremos mantequilla. Me prometen catorce libras a cambio de la manta escocesa.

Quizás una imagen, desde muy lejos, pasó rápidamente por las dos mentes, o entre ellas (desde tan lejos y tan rápidamente que no se dieron cuenta): la imagen de una pareja en un coche de caballos de color azul, con la manta escocesa sobre las rodillas. Y las cimas blancas, los abetos, los torrentes, los valles verdes sembrados de campanarios y las ciudades feudales del Tirol huían como habían huido la juventud y la vida.

—Vadim, anoche registraron la casa de los Stahl y se llevaron un reloj de oro... Vadim, Pelagueya Alexándrovna ha recibido una carta en la que le dicen que su hijo falleció en Bugulmá... Vadim, la leche está a treinta rublos... Vadim, me ha vuelto el dolor de riñones.

Vadim escuchaba esas frases, siempre las mismas, y se dejaba invadir por una triste sensación de bienestar. Ese calor era seguro, mientras que aquella otra vida, aquella otra parte de su vida, resultaba enormemente ajena, exagerada. Contestaba con dulzura, distraídamente, pero con aire atento, ofreciendo las palabras adecuadas. Aliviado del peso de la jornada, salía al paso de la inquietud habitual. «Te lo

agradezco mucho, María», decía, como treinta años antes y sin embargo de modo muy diferente. «Voy a trabajar un rato». Tras llevarse la lámpara detrás del biombo que separaba su esquina, se inclinaba sobre un libro inútilmente abierto, cogía uno de esos viejos sobres volteados en cuyo reverso tomaba notas y, con la punta de su lápiz, se ponía a dibujar pacientemente ornamentos geométricos como los de los artistas árabes, perfiles infantiles, fragmentos de paisajes, siluetas de animales. En esos instantes de meditación, siempre le invadía la tentación de trazar rostros de mujeres de ojos desmesurados y largas pestañas; pero la reprimía con un poco de vergüenza, sin saber bien si esa vergüenza era fruto de la tentación o más bien del hecho de no sucumbir a ella... Se quedaba allí durante una hora, cara a cara con un pensamiento que ya no se expresaba en palabras, que era más una preocupación que un pensamiento, como un ciego encerrado en un cuarto irregular.

Otra preocupación alzó al fin la voz detrás de él, en la penumbra.

—Vadim, deberías acostarte. Te agotas en exceso. La estufa se ha apagado.

—Sí, querida.

El frío empezaba a subir por sus miembros inmóviles. Se desvistió lentamente, pensativo; sopló la lámpara, se metió entre las sábanas tiritando y se tendió como «para la eternidad». Y entonces su mente dio luz a frases claras, que se ordenaban por sí mismas en párrafos que hubiesen hecho buenos artículos. «¡La mortalidad en Petrogrado ha sido este año mayor que en el Punjab durante la gran peste de 1907!». «A juicio de algunos de los mejores espíritus de la vieja Rusia, la gran reforma de Pedro I abría el reino del Anticristo». «A la muerte de Pedro I, el Imperio estaba despoblado». Pero no, no se trataba de eso. La historia no explicaba nada. ¿Y si, para comprender, hubiese que pensar menos, saber menos? ¿Y si las cosas fuesen mucho más simples de lo que parecían? El título de una obra: *La caída del Imperio romano*. ¿Había algo más claro? Ninguna explicación. ¿Qué explicar? *La caída de la civilización cristiana*. No, *cristiana* no: *europea*. Tampoco es exacto. *La caída de la civilización capitalista*. Si los periódicos contaban la verdad, si había que creer lo que decían los carteles de las calles, los discursos de las asambleas, si...

Se acordó de Parfénov, dormido a esa hora en alguna cama improvisada, no lejos de allí, en una casa desconocida, seguro de la grandeza de los hombres dentro de diez años, veinte años, con tal de que pasase esa noche necesaria. «No conocen la historia, pero la crean... Ahora bien, ¿qué es lo que están creando?, ¿qué es lo que están creando?».

En aquellas noches boreales, también yo cruzaba a veces el río de hielo. El camino no producía ningún ruido bajo los pasos. Se avanzaba a través de la nada. Pensaba que ayer aún no éramos nada. Nada: como los hombres desconocidos de aquel pueblo olvidado que había desaparecido en esa orilla. Entre nuestro ayer y el presente parecían haber transcurrido tantos siglos como entre el tiempo de aquellos hombres y el nuestro. Luces innumerables se encendían ayer en esas riberas, en interiores donde reinaban el poder, la riqueza y el placer de los otros. Hemos apagado esas luces, restablecido la noche primordial. Esa noche es nuestra obra, esa noche somos nosotros. Hemos entrado en ella para abolirla. Cada uno de nosotros ha penetrado en ella, quizás para siempre. ¡Cuántas tareas duras y terribles están pendientes, y exigen que quienes las cumplan desaparezcan! Que los que vengan después de nosotros nos olviden. Que sean diferentes. Así renacerá en ellos lo mejor de nosotros mismos.

Ayer solo contábamos en las estadísticas: índices de empleo, de emigración, de mortalidad, de criminalidad, de suicidio. Los mejores de nosotros contaban también en los expedientes: listas de sospechosos, listas de la policía política, archivos de las penitenciarías. ¡La nada metafísica! No hay mercancía más común y depreciada que el hombre. ¿Valoran al menos su peso como carne? No dejan morir de hambre a un animal de carga en los grises campos del otoño, pero ¿a un hombre en una gran ciudad? Hasta donde alcanza mi memoria, nunca encuentro fórmulas sino imágenes, nunca ideas sino huellas duramente marcadas en el alma y en los nervios, que me recuerdan que no éramos nada.

Recuerdo momentos de la infancia en Londres. Somos dos críos: uno de nosotros morirá de hambre más tarde. Bajo la luz de la lámpara, jugamos a construir un templo de Angkor. De repente, suenan en la calle estridentes silbatazos, como relámpagos blancos lanzados en todas direcciones a través de las sombras y que se cruzan en pleno cielo. Una masa negra, más furtiva que una sombra, ha pasado girando delante de la ventana. La calle es un abismo, las ventanas de los pobres se abren sobre el

infinito. Unos policías, preocupados de no mancharse de sangre los pantalones, se inclinan sobre un bulto de viejos harapos y de carne. «No es nada, niños, tranquilos». Pero hemos oído susurros, descubrimos en las ventanas un infinito negro, percibimos la profundidad del silencio.

... Y, en otra ciudad, esa pareja de judíos perseguidos en cuya casa murió el niño en una noche feliz de junio. Ya no quedaban velas, ni dinero, el cuarto estaba desnudo. Nos habíamos privado de comer para pagar la inútil última visita del médico. Reflejos luminosos que provenían del café de enfrente proyectaban en el techo la sombra de un letrero invertido.

No necesitamos las explosiones de gas que sepultan a los mineros, los comunicados que pasan por alto que treinta hombres vierten toda la sangre de sus entrañas, el recuerdo de las ejecuciones, la historia de las insurrecciones aplastadas, las memorias de los deportados y los presidiarios, no necesitamos las novelas naturalistas para conocer bien nuestra nada. Cada uno de nosotros tiene todo eso tras él.

La pista de nieve se borraba sobre el río bordeado de granito negro. En las tinieblas, destacaban vagamente los macizos contornos del Palacio de Invierno. Sin pensar en ello, yo sabía que en esa esquina, entre dos vidrieras que dominaban un ancho horizonte de río y de ciudad, se encontraba la mesa de trabajo del autócrata, en la que estaba posada su boquilla.

Broma de un compañero: «Amigo mío, al *junco que piensa*^[10] hace tiempo que le enseñaron a dejar de pensar. Lo secan, lo flexibilizan y hacen con él canastos para todos los usos, incluidos los menos sugestivos. Pascal no previó eso».

Ahora las cosas van a cambiar. Ahora lo somos todo: dictadura del proletariado. Dictadura de los que ayer no eran nada. Me echo a reír, solo, en la oscuridad, al pensar que mis papeles están en regla, que llevo en el bolsillo una orden de la República Federativa con mi nombre («Todas las autoridades revolucionarias deben prestar ayuda y apoyo al camarada... en el cumplimiento de sus funciones»), que pertenezco al partido gobernante, el cual ejerce abiertamente el monopolio del poder, desenmascara todas las mentiras, mantiene la espada desenvainada y el pensamiento limpio.

Río mientras escalo el talud de nieve endurecida del muelle. Tropiezo en agujeros negros que yo sé que son blancos (el negro y el blanco pueden ser la misma cosa). Una ruda voz perfora la noche y me interpela:

—¡Eh, tú, acércate!

Y la voz se vuelve más lenta a medida que me acerco al invisible hombre que ha proferido el grito:

—¿Qué demonios haces aquí?

Un resplandor rojizo se derrama desde un montón de madera. Distingo un brasero y, cerca de él, a un soldado consumido por el frío, envuelto en su largo capote que cae a ras de suelo. El hombre custodia esa preciada madera que la gente, desde la orilla

del río, viene a robar sigilosamente, leño tras leño.

—¿Tienes permiso para circular de noche?

Lo tengo. Lo examina. O le trae sin cuidado o no sabe leer. Es un permiso escrito a máquina. La mecanógrafa, por error, puso al revés la hoja de papel carbón, y el texto impreso es ilegible. Pienso de pronto en esos folletos publicitarios que, doblados, parecen medio billete de banco. Si cerrase los ojos, podría visualizar la acera de la esquina de la Place de la République y del Boulevard du Temple. El soldado me devuelve mi papel. Tenemos frío. Estamos vestidos con la misma tela áspera de color gris que tanto se parece a la tierra rusa. No éramos nada ayer. Nosotros somos la dictadura del proletariado.

El soldado dice:

—Roban la madera, es increíble lo que roban. Estoy seguro de que, si doy una vuelta alrededor del montón, encontraré del otro lado a algún tipo que está echando leños al Nevá. Por allí hay un agujero en el hielo. Hace poco, el hombre de guardia acabó disparando para asustar al ladrón. Era un crío de doce años enviado todas las noches por su madre. Ella lo esperaba en una puerta del muelle, en el número 12. El crío se asustó, resbaló y se cayó por el agujero, con un leñazo en la cabeza. No lo volvieron a ver. Cuando yo llegué, quité el leño. Encontré una bota al borde del agujero. Ahí está.

Allí, en la nieve dorada por la llama del brasero, estaba la huella negra de un piececillo de colegial.

—Siempre hay mucha corriente bajo el hielo —dijo el soldado.

Al principio, él también me había tomado a mí por un ladrón de madera. Podría serlo. La gente roba la madera que es de todos para poder vivir. El fuego es vida, como el pan. Pero yo soy del partido gobernante y, según el término aceptado, «responsable», es decir, de los que mandan. Mi ración de calor y de pan es un poco más segura, y un poco mayor. Es injusto, lo sé. Y la tomo. Hay que vivir para vencer, y no por mí, sino por la Revolución. Un niño se ha ahogado hoy por el equivalente de mi ración de calor y de pan, y a él le debo su peso humano íntegro: carne y conciencia. Todos nosotros se lo debemos. Quien se engaña a sí mismo, quien se toma la situación a la ligera, no se involucra o se aprovecha del contexto es el peor de los canallas. Conozco a algunos. Ahora bien, son útiles. También sirven. Quizás, con su forma de sacar provecho de la nueva desigualdad, resultan incluso más útiles que quienes se sienten culpables. Escogen muebles para sus oficinas; reclaman autos porque su tiempo es precioso; llevan en el ojal una medalla con el retrato de Rosa Luxemburgo. Me consuelo pensando que la historia hace de esas personas, a pesar suyo, mártires tan buenos como los otros. Cuando los blancos capturan a los rojos, cuelgan a los falsos de las mismas ramas que a los verdaderos.

Me muevo a través de la noche: a la izquierda, tras las líneas que trazan las frágiles ramas de esos árboles, debería asomar la plaza Uritski, con su forma de gran herradura, su columna de granito y su cuadriga, que en un galope inmóvil a través de

las tinieblas apunta hacia el arco del Estado Mayor. Pienso en esos bronceos como si posara la mano sobre ellos para refrescar mi alma. También yo necesito toda mi lucidez para encontrar mi camino a través de esa otra oscuridad. A la derecha, pálidas luces tiemblan débilmente bajo una hilera de ventanas altas, entrevistas entre columnas blancas. Suena el motor de un automóvil. La Checa trabaja día y noche. Nosotros también somos eso. Se trata del lado implacable de nuestro rostro. Nosotros, destructores de cárceles, liberadores, liberados, presidiarios de ayer, a menudo marcados indeleblemente por las cadenas, nosotros que vigilamos, incautamos, detenemos. ¡Nosotros, jueces, carceleros, verdugos, nosotros!

Lo hemos conquistado todo, y todo se ha deslizado lejos de nuestro alcance. Hemos conquistado el pan, y hay hambruna. Hemos declarado la paz a un mundo cansado de guerras, y la guerra se ha instalado en cada casa. Hemos proclamado la liberación de los hombres, pero necesitamos cárceles, una disciplina «de hierro» —sí, verter nuestra debilidad humana en moldes de acero para lograr lo que tal vez esté más allá de nuestras fuerzas—, y somos los portadores de la dictadura. Hemos proclamado la fraternidad, pero se trata de «la fraternidad y la muerte». Hemos fundado la República del Trabajo, pero las fábricas mueren; la hierba crece en sus patios. Queremos que cada uno dé según sus fuerzas y reciba según sus necesidades, pero aquí estamos, nos hemos convertido en unos privilegiados en medio de la miseria generalizada, puesto que tenemos menos hambre que otros.

¿Lograremos acabar con la vieja ley que nos somete en el mismo instante en que creemos escapar de ella?

El Evangelio decía «amaos los unos a los otros» y «no vine a traer la paz sino la espada». No queda más que la espada bajo los crucifijos: «Quien quiera salvar su alma la perderá...». Bah, no tengo inconveniente en perder mi alma. ¿A quién le importa? Sería un lujo extraño preocuparse por ella hoy en día. Viejos textos, viejo, muy viejo, cautiverio interior. ¿¡Qué no han edificado sobre el Evangelio!? Abajo, abajo con ello. Hay que derribarlo todo.

Temor a las palabras, a las viejas ideas, a los viejos sentimientos clavados a nuestro ser, sentimientos mediante los cuales el viejo mundo nos agarra. Mal combatiente aquel que se entretiene pensando cuando lo que hay que hacer es volver a cargar el fusil y disparar con la mayor concentración —como quien dispara una escopeta de feria— a los hombres que suben por aquella colina. Verdades simples, seguras, firmes como el granito, puestas en fórmulas de una claridad algebraica: eso es lo que necesitamos. Somos millones: las masas. La clase que, no poseyendo nada, no podría perder más que sus cadenas. El mundo ha de hacerse de nuevo. Para eso, vencer, resistir, sobrevivir a cualquier precio. Cuanto más duros y fuertes seamos, menos costará. Duros y fuertes para con nosotros mismos en primer lugar. La Revolución es una tarea que hay que llevar a cabo sin debilidad. No somos sino los instrumentos de una necesidad que nos arrastra, nos empuja, nos exalta, y que sin duda pasará por encima de nuestros cuerpos. «¡Proletarios de todos los países,

uníos!». No perseguimos ningún sueño de justicia —como dicen los jóvenes cretinos que escriben en pequeñas revistas—, hacemos lo que ha de hacerse, lo que no podría no hacerse. El viejo mundo ha cavado su propia tumba, y ahora cae en ella. Démosle un pequeño empujón. Millones de hombres que no eran nada ascienden a la vida: no pueden no ascender. Somos nosotros. Solo de nosotros depende comprenderlo y hacer nuestra tarea con los ojos abiertos. Mediante este consentimiento, esta clarividencia, escapamos de la fatalidad. Todo lo que estaba perdido será encontrado de nuevo.

La plaza está rodeada de antiguos palacios negros. Al fondo, el palacio de María, ese edificio bajo, sin contornos definidos. El Consejo de Estado tenía allí su sede durante la época imperial. Hay un gran lienzo de Repin que lo representa: bustos de viejos con ropas recargadas, en una mesa semicircular. Aparecen en una luz de acuario, amarilla o verdosa, y uno piensa que están todos muertos. Al fondo, con un rostro devastado, asoma el emperador. Esas nucaas obesas, que reposan sobre cuellos bordados, fueron destrozadas por las balas. Si alguno de esos grandes dignatarios logró escapar de nosotros, debe de ser ese anciano encorvado de gran nariz huesuda que cuelga sobre unos labios flácidos, quien por las mañanas vende en el Mercado de Avenas los viejos chales de sus hijas... Gruesos dedos de campesinos acarician y prueban las hermosas cachemiras...

A la derecha, en la vaga claridad que cae de las ventanas del Astoria, asoma la antigua embajada de Alemania, con sus columnas macizas que no soportan ningún frontón. Antes tenían en su cúspide unos caballos de bronce. En los primeros días de la guerra, muchedumbres furiosas desmontaron esas estatuas, las arrojaron al pavimento desde lo alto del zócalo de granito y las arrastraron hasta el canal cercano, donde todavía yacen bajo el hielo. Detrás de las ventanas enrejadas de la embajada no queda ya más que la simple desolación de las salas saqueadas hace tiempo. Algunos delincuentes se introducen en ellas por los patios, y viven allí teniendo cuidado de que ninguna luz sea visible desde el exterior y denuncie su presencia. Juegan a las cartas mientras beben viejos coñacs tomados de las bodegas de los grandes hoteles o abrasadores aguardientes destilados en guaridas de los suburbios. Muchachas de labios pintados de un rojo fuego, que se llaman Katka-Pequeña-Manzana, Dunia-la-Víbora, Marfa-Chata-la-Cosaquita, Shura-Ojos-Rasgados (conocida también como la asesina), vestidas con hermosa ropa interior sucia y con prendas de los grandes modistos sacadas de los apartamentos vacíos, vienen a veces a mirar, invisibles, desde las ventanas negras del gran salón de la embajada, nuestras ventanas iluminadas enfrente.

—¡Se dan buena vida los comisarios! —dice Katka.

—Y tanto —responde Dunia—, qué bien se lo pasan con esas putas de pelo corto. Todas las noches están de juerga.

—Conozco a uno —dice Shura—, vicioso como él solo...

Su risa amarga resuena en el gran salón en tinieblas. Un fino rayo de luz se desliza en el piso. Una voz masculina dice con voz triunfante:

—¡Eh, muchachas, estamos esperando!

Otra voz, esta de bajo, canturrea el lamento de Stenka Razin^[11].

También está la enorme silueta negra de San Isaac, con sus macizas columnas, sus campanarios, su cúpula dorada que se distingue desde alta mar, sus arcángeles prodigiosos que, en las esquinas, despliegan las alas hacia el horizonte....

Las ventanas del Astoria están iluminadas hasta el alba. Son las únicas con luz en la ciudad, junto con las de la Checa y las de los Comités. Trabajo nocturno, peligro, privilegio, poder. La poderosa fachada de granito rechaza las tinieblas con su revestimiento luminoso. Las gentes que cruzan la plaza por la noche, de camino a sus cuchitriles asfixiantes, lanzan miradas de odio hacia el hotel de los comisarios («seguro que casi todos son judíos», piensan), donde hace calor, hay luz, se come, es indudable, donde no se temen las visitas domiciliarias, donde no se encoge el corazón en cuanto suena un timbre en la noche, donde nunca se oyen las culatas de los fusiles golpear en el umbral de las puertas... Unos transeúntes murmuran: «Qué gran ratonera, ahí están todas las ratas juntas».

Primera Casa de los Soviets. Empujo la puerta giratoria. Desde el mostrador del hotel, el ojo único de la ametralladora fija sobre mí su infinita mirada negra. El soldado dormita cubierto hasta los ojos con un gorro gris de piel de cordero.

Este es el umbral del poder. Todos los que lo traspasan saben lo que quieren, lo que es necesario, y se sienten cubiertos por la gran sombra de la Revolución, armados, conducidos, sometidos por la gran estructura del Partido. Voces monótonas escapan del cuerpo de guardia. Un letrero dorado, pegado a la puerta abierta, dice (en francés): *Coiffeur à l'entresol*. Otro, en tinta negra, reza: *Presente sus papeles al pedir el salvoconducto*. Y es que se necesita un salvoconducto, que se devuelve al salir, para llegar hasta los huéspedes de esta casa; y esos pequeños papeles son enviados después a la Checa. Alguien los colecciona. Alguien debe saber quién viene a verme a qué hora. No debemos permitir que nos maten impunemente, no debemos traicionar, no debemos conocer a los desconocidos, porque somos el poder y el poder pertenece a la Revolución.

—Buenas noches, Ryzhik.

Viene a mi encuentro, llevando con cuidado su tetera de hierro esmaltado, de la que se escapa un vapor ardiente. Pelos rojizos le cubren la parte baja de la cara, hasta debajo de los ojos. Va en zapatillas: los anchos pliegues de un magnífico pantalón de caballería color frambuesa flotan alrededor de sus caderas. ¿Por qué llamarán a esos pantalones *gallifets*? Ryzhik tiene una sonrisa satisfecha.

—¿Miras mis *gallifets*? ¡Qué paño! Toca, verás. Un hallazgo, ¿eh? Y en el bolsillo tengo una carta de amor, amigo. Pasa a verme, encontrarás a Arkadi. Tengo tus periódicos.

Alfombras rojas ahogan los pasos. Estamos en un inmenso bajel de piedra, en un lujoso transatlántico anclado en una ciudad polar. Corredores espaciosos, puertas de roble marcadas con una discreta cifra de oro. La calma es profunda, el calor —después del frío nocturno— de invernadero. ¿Se abrirá una de esas puertas y mostrará a una pareja altiva, ella combada en sus pieles electrizadas, con una boca indicada por una raya violácea; él, delgado, de pómulos acentuados, con un destello de luz saliendo de su monóculo...? Detrás de ellos, una cubeta de champán deja un brillo plateado en la habitación caldeada. Pasarán como fantasmas, no me volveré hacia ellos... Una puerta se abre suavemente, los fantasmas se desvanecen.

—Entra —dice Ryzhik, apareciendo en el umbral.

Según entro, veo en el espejo el perfil oriental de Arkadi. Echado sobre el diván, fuma, moldeado en su uniforme negro, con un cinturón Montagnard con piezas de plata y una voluminosa insignia de metal —plateada y roja— a la izquierda del pecho, como una estrella de comandante. Descubre sin sonreír sus hermosos dientes blancos. Ryzhik nos sirve el té.

—Aquí están tus periódicos —me dice Arkadi—. A partir de hoy son a ciento veinte rublos el ejemplar.

(Ciento veinte rublos zaristas, fuera de circulación).

—Tus contrabandistas se pasan. Costaban ochenta hace tres semanas.

El paquete, atado con una gruesa cuerda, huele a tinta de imprenta. *L'Intransigeant*, *Le Matin*, *The Manchester Guardian*, *Corriere della Sera*, comprados en Víborg... (Unos hombres, encorvados bajo ese fardo, atraviesan las líneas del frente aguzando el oído para escuchar cualquier leve crujido de las ramas; a veces, algunas detonaciones rompen el absurdo silencio que los rodea; entonces echan a correr mientras sacan de sus fundas de madera helada las Mauser de largo alcance y se agachan más aún sobre la nieve; en sus pechos, el miedo de los animales sorprendidos se transforma en voluntad de matar, y en sus cráneos nace una lucidez fantástica).

—Son caros —digo.

—Dicen que han perdido a dos hombres en quince días: eso bien vale dos aumentos de veinte rublos por ejemplar. Y es verdad. Jurgensohn sabe que han recogido dos cadáveres en la zona. Ese lugar se está poniendo feo —responde Arkadi.

Ryzhik dice:

—Hace tres días que no reparten pan en el distrito de Moscú-Narva. Ataev afirma que los trenes tardan veinte días, y no ocho. No hay combustible. La cosa se va a poner fea en las fábricas.

—¡Y tanto! —suelta Arkadi entre sus dientes blancos.

—Creo que hay que convocar urgentemente conferencias extraordinarias para quienes no son del Partido, o el descontento se abrirá camino por sí solo. Le hablé de eso a Smolny.

—Primero habría que encerrar a los eseristas^[12]. Según nuestros informadores,

están preparando algo. Goldin ya está aquí, seguramente para dar un golpe de Estado.

—Ah, vaya —digo—, me gustaría verlo.

—Duerme aquí, en la habitación 120.

El camarada que prepara un golpe contra nosotros, ese hombre intrépido, risueño y sensual, que parece jugar con la muerte de los demás y la suya desde hace años, se aloja en el piso de abajo.

—Propuse detenerlo esta misma noche —prosigue Arkadi—. Más vale antes que después. Pero la Comisión no quiso saber nada. Sus escrúpulos están fuera de lugar.

La conversación decae. Dan las tres. Ryzhik, limpiándose los labios con el dorso de la mano, pregunta:

—¿Saben cómo interpretan en la ciudad las siglas CSE (Consejo Superior de Economía)?

Una gran risa estira ya sus sanas mejillas pelirrojas.

—¿No? Pues parece que significan: Comité de Supervisión de los Esclavos. No está mal, ¿eh?

Nos reímos. Arkadi bosteza. Sus días y una parte de sus noches transcurren en la Checa. Todo lo hace él mismo, con movimientos precisos, con una voz cortante hecha para el mando, y los dientes siempre relucientes. Las redadas difíciles, los arrestos de los hombres que deben ser sorprendidos antes de que puedan descargar sus Brownings, las operaciones complicadas y, sin duda, aunque nunca ha hablado de ello, también los paseos en automóvil, al alba, por las carreteras que emergen de la niebla, rodeadas de abetos casi negros y de frágiles abedules de manchas blancas, hacia ese pequeño bosque situado a siete verstas, sobre la línea de Nóvgorod, donde... (En la parte trasera del Renault, frente a dos letones silenciosos, se sientan otros dos viajeros pálidos que, con las manos atadas, fuman sin interrupción, apresurándose a encender, con dedos que tiemblan un poco, un nuevo cigarrillo con el que está a punto de apagarse, como si fuera vital que ese fuego no desfalleciese... Un aura los envuelve. Sus barbas nacientes —dependiendo del lado en que cae la sombra— dan a sus rostros un aire de perversos Cristos o de criminales de frente pura. Dicen que hace frío; hablan de cosas intrascendentes con una voz ronca a punto de romperse...). Al regresar, en un cuarto semejante a este en el que nos hallamos ahora (solo que adornado encima del diván con una cabeza de Liebknecht tumbada y con un espantoso clavel rojo floreciendo en la sien)^[13], Arkadi se sirve un gran vaso de samogón confiscado, ese alcohol que rasca la garganta y atonta. Y así podrá dormir hasta la hora de los interrogatorios. Tiene rasgos regulares, una nariz estrecha y carnosa, en forma de pico de águila, y los ojos verdes, sembrados de puntos amarillos y blancos, como los halconeros de Adzharia, su país natal. La Adzharia de las lluvias cálidas que acribillan con granizos líquidos una tierra roja, la Adzharia de las mimosas que florecen en la sombra húmeda, de los arbustos de té en las colinas piramidales, de paseos de palmeras de Batumi, de pequeños cafés griegos, de desfiladeros de montañas calcinadas, de la blancura de los minaretes por encima de

los techos planos, de hojas de tabaco que se secan sobre estacas, la Adzharia de las mujeres con velo que son sumisas, bellas y trabajadoras.

Abro los periódicos: *Le Journal*, *Le Matin*: «Tragedia en la rue de Mogador». «Ella lo engañaba, él la mata y después se suicida». ¿Acaso creían que eran los únicos en este mundo? Rue du Croissant a esta hora: rodar jadeante de las prensas en las imprentas; los repartidores, rozando a los noctámbulos, se deslizan en sus silenciosas bicicletas. El viejo Fernand, vagabundo melancólico, camina por la acera, Dios sabe hacia dónde... *El terror en Petrogrado*. «El bolchevismo está acorralado, ya únicamente lo defienden pretorianos chinos». ¡Arkadi, Ryzhik! ¡Escuchad lo que dicen de nosotros! Los socialistas apopléjicos, en vista de que el bloqueo, cuya inhumanidad condenan, no funciona, se pronuncian con palabras de triple sentido a favor de la intervención militar, a condición (porque Woodrow Wilson es profeta) de que no se atente de ninguna manera contra la soberanía del pueblo ruso... Sueñan con bayonetas respetuosas del derecho. Olemos el miedo, la estupidez y el odio que transpiran a través de esas líneas impresas. ¡Cómo desean allá nuestra muerte, la muerte de esta República cuya insignia llevas en el pecho, Arkadi, esta República por la que llevamos a cabo cualquier tarea, que queremos hacer vivir porque, a pesar de todo, es aún la mayor esperanza, el nacimiento de una justicia nueva, honesta en los actos y las palabras —actos implacables y palabras verdaderas—, la obra de los que siempre han sido vencidos, siempre exterminados después de ser engañados, que no eran nada ayer, que todavía no son nada en el resto del mundo!

Otros oasis de electricidad ardían del crepúsculo al alba. Los Comités: Los Comités de Tres, de Cinco, de Siete, de Nueve, los Comités Ampliados, los Comités Extraordinarios, los Comités Permanentes, Provisionales, Especiales, Subalternos, Superiores, Supremos deliberaban sobre el problema de los clavos, sobre la fabricación de féretros, sobre la educación preescolar, sobre la carne de los caballos hambrientos, sobre la lucha contra el escorbuto, sobre las intrigas de los anarquistas, sobre la agitación y la propaganda, sobre el tráfico, sobre el almacenamiento de los sombreros de mujer después de la nacionalización del pequeño comercio, sobre las consecuencias del Tratado de Versalles, sobre la infracción de la disciplina cometida por el camarada N., sobre el hambre... ¡Cuánto pensamiento y cuánto esfuerzo en todas partes, en esas habitaciones descuidadas, bajo los mismos retratos, en esas oficinas conquistadas en las que la gente entra y sale apresuradamente! Peligros nuevos aparecían a cada vuelta del camino. El deshielo se acercaba. Montones de inmundicia endurecida por el frío llenaban los patios de los edificios y habitaciones enteras que se transformarían en cloacas con la llegada de los primeros días cálidos. Las tuberías del agua habían reventado en muchos sitios: la enfermedad las invadiría. El tifus estaba ya en la plaza, había que cerrar el camino al cólera, limpiar en algunas semanas la vasta ciudad debilitada. Kirk propuso al Ejecutivo la formación de un Comité Extraordinario de Tres, provisto de poderes ilimitados. Telefonó al Comité de los Transportes Urbanos: «Necesito cuatrocientos tiros de caballos». En el otro extremo del hilo, Rubín contestó: «Te doy treinta y tú te encargas de alimentar a los animales». Kirk requisó los viejos carros de tranvía fuera de uso e hizo anunciar que «las personas pertenecientes a las clases ricas, de 18 a 60 años», estaban sujetas al servicio sanitario. Formada en equipos vigilados por el Comité de los Pobres, esa mano de obra limpiaría la ciudad. Entre los 750 000 habitantes, tan solo fue posible encontrar a trescientos antiguos ricos desheredados. Kirk, blasfemando en inglés bajo su bigote desteñido, ordenó hacer redadas en el centro de la ciudad, detener los

tranvías en las calles y sacar de ellos a las personas que tuviesen apariencia de antiguos burgueses, a quienes se enviaría sin discusión al servicio sanitario.

Frumkin no tenía mano de obra para descargar los trenes de víveres; y no había suficientes vagones, los saqueaban en las estaciones. Ordenó anunciar un registro obligatorio de los antiguos empleados y de los funcionarios sin empleo, agarró a novecientos ingenuos en la bolsa de trabajo y los envió a las estaciones, escoltados por un batallón comunista; pero la tercera parte desapareció en el camino, y otro tercio a la llegada. Los sacos de harina descargados con una lentitud y una torpeza inauditas por los trescientos pequñoburgueses restantes fueron dejados en la nieve a lo largo de las vías; una buena parte se echó a perder. Durante unos días, los mercados clandestinos estuvieron inundados de harina.

El gran escritor Pletnirov y el admirable tenor Svechin, al saber que universitarios, hombres de letras y abogados tan amables que bajo el antiguo régimen habían defendido brillantemente a los revolucionarios eran enviados a esos «trabajos de salvación pública», protestaron ante el presidente del Soviet contra esos procedimientos «indignos de un pueblo civilizado», que «acabarían por deshonar a la Revolución». El presidente del Soviet acababa de recibir de la Comuna una relación de las existencias que señalaba que solo había víveres para tres días; y del comisariado de los ferrocarriles un mensaje telefónico en el que se le rogaba que tomase urgentemente medidas para proporcionar combustible a la red y restablecer la disciplina de los trabajadores del ferrocarril, sin lo cual existía el riesgo de que la circulación se detuviese en menos de una semana. Y Kondrati acababa de anunciarle que se preparaba una huelga en la Gran Fábrica. Observó al gran escritor y al admirable tenor con cortés indiferencia.

—Ya veré, ya veré, estamos desbordados... ¿No les falta nada?

Les faltaba de todo, naturalmente, aunque en la ciudad se envidiaba su opulencia, exagerada por las malas lenguas.

—Haré que le envíen dos sacos de harina, Simeón Gueórguievich...

El admirable tenor bajó la barbilla en señal de agradecimiento; el gesto no era más que un asentimiento silencioso que enmascaraba tanto el desdén como el servilismo. Pletnirov, cuyo mayor placer consistía en descubrir inadvertidamente al hombre oculto bajo las máscaras sociales (a «la verdadera bestia vanidosa e hipócrita que, sin embargo, había creado a Dios a su imagen y semejanza»), tomó nota de ese movimiento digno de un lacayo que recibe una sustanciosa propina. El presidente lo cogió del brazo de manera afectuosa:

—Vasili Vasílievich, mire estos diagramas. He pensado hacérselos enviar.

Triángulos verdes, unidos por rayas rectas a círculos rosas, rectángulos azules y rombos violetas, todos con cifras alrededor de las cuales danzaban los símbolos de los porcentajes como burbujas de aire en un agua clara llena de plantas acuáticas, describían los progresos de la instrucción pública durante el último año.

—¡Qué sed de saber! —exclamó el presidente—. Mire, el número de centros de

enseñanza ha crecido un 27%, y eso sin contar los cursos para adultos, los centros preescolares y los servicios para los niños con retraso; con todo ello, el crecimiento es del 64%, ¡64%!

Pletniov, alto, encorvado y canoso, vestido con un suéter gris bajo una chaqueta de tela inglesa de anchas rayas grises, movió su frente surcada de arrugas horizontales, aspiró por su nariz de *mujik* el aire tibio de la habitación, dirigió su mirada hostil de los triángulos verdes a la cara redonda, pálida, triste y satisfecha del dictador y dijo evasivamente:

—Hmm, sí. Grandes progresos. Hmm, hmm —tosió—. Tengo que hablarle de las escuelas un día de estos, es cierto.

¿Cómo hacer comprender a esos malditos grandes hombres que la audiencia ya había durado bastante? El presidente pescó con la punta de los dedos un papel que le alargaron por la puerta entreabierta. Un mensaje descifrado: «Según agente K., mayor Harris de vuelta Helsinki. *Stop*. Reanudación negociaciones, ofensiva próxima Finlandia. Círculos bien informados creen probable un acuerdo». Si el acuerdo es probable, es nuestra existencia la que resulta bastante improbable.

—Hmm, hmm —dijo Pletniov, conteniendo, con una especie de recato de viejo tuberculoso que aguantaba desde hacía veinte años, los sonidos roncacosos prontos a brotar de su pecho hueco—, las escuelas, usted sabe, allí pasan cosas extrañas...

Soltó por fin su malhumor en un gruñido parecido a un ladrido ahogado:

—Conozco un liceo donde cinco alumnas quedaron preñadas el mes pasado... Por supuesto, la antigua directora está en la cárcel, pero nadie ha podido decirme por qué...

Finalmente, se fueron, uno detrás del otro, tropezándose en el marco estrecho de la puerta, el tenor siempre elegante en su gran abrigo forrado de piel de mono, el escritor, con su expresión taimada, singularmente erecto, acentuando su delgadez con su postura rígida.

Fleischmann se cruzó con ellos sin reconocerlos. En ese momento, le importaban un rábano los escritores y los tenores. Irrumpió en el amplio gabinete presidencial, donde la atmósfera se suavizaba con las alfombras y los sillones de cuero, llevando con él la calle, el viento, el barro frío y seco pegado a los tacones. Envuelto en ropas de cuero negro cuyos bolsillos estaban llenos a reventar, cubierto de correas pardas, con su cabeza de viejo judío incansable, reanudó sin más una conversación que había comenzado la noche anterior con un mensaje del frente.

—Debemos poner fin a estas atrocidades...

Se trataba de otras atrocidades, que acababan de costar la vida de cuarenta soldados muertos de frío cerca de Dno, mientras que los abrigos que les enviaban se pudrían en una estación porque la hoja de transporte no había sido rellenada según las reglas.

La heroína del proceso de los 206 (1877), Varvara Ivánovna Kósich, dirigió al presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo un mensaje indignado en el que

pedía que se pusiese fin a los excesos denunciados por Pletnirov y Svechin. La carta terminaba con estas líneas: «Se lo advierto: asume usted una gran responsabilidad ante las futuras generaciones». Dadas las circunstancias, al presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo le preocupaban mucho más sus responsabilidades presentes. Dio las gracias a Varvara Ivánovna por haberle señalado unos abusos que conocía muy bien y remitió la carta al presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la Comuna del Norte. La comisión de control del Partido fue informada al respecto. Entre tanto, los comités de los pobres y la población habían llevado a cabo, más mal que bien, la limpieza de la ciudad, echando gran parte de la basura a los canales. Los servicios sanitarios informaron de los primeros casos de envenenamiento de las aguas. Kirk y Frumkin iban a ser culpados por la Comisión de Control, pero de repente se olvidó el asunto. Unos marinos, que algunos describieron como borrachos y otros como anarquistas, acababan de matar a tres milicianos durante una riña. En la fábrica Wahl se había dejado de trabajar: reclamaban vacaciones pagadas para todos los obreros, a fin de que pudiesen abastecerse individualmente en el campo. La huelga, inspirada por agitadores mencheviques que nadie se atrevía a detener, amenazaba con generalizarse. La Checa mandó encarcelar esa misma noche a diecisiete intelectuales socialdemócratas, en su mayoría ajenos al movimiento. Entre ellos se encontraba el profesor Onúfrieu, autor de una *Historia del cartismo*, una autoridad en la materia. Durante el registro realizado en su casa, un estudio manuscrito sobre *Las libertades democráticas a principios del siglo XIX en Inglaterra*, confundido por el comisario Babin con un libelo contrarrevolucionario, fue incautado y luego se perdió. Unos días más tarde, se encontraron algunas de sus hojas esparcidas en un jardín público.

El gran escritor Pletnirov y el admirable tenor Svechin se hicieron anunciar de nuevo en la presidencia del Soviet. Un severo artículo de Pletnirov sobre «la tragedia de los intelectuales» fue rechazado por los periódicos oficiales, lo cual generó un nuevo incidente comentado con maligna alegría por la prensa extranjera. El profesor Onúfrieu murió de disentería unos días después de ser liberado. El presidente de la Checa, que bebía demasiado, fue sustituido por Frumkin. El valor del rublo bajaba desastrosamente.

La Comisión de las Viviendas Obreras, cuyos diecisiete miembros recibían la ración de víveres de los miembros del Ejecutivo, daba los últimos toques a un proyecto grandioso de reconstrucción de los suburbios. Pedía un primer plazo de tres años y un crédito de cien millones de rublos. El pintor Kishak exponía un retrato del presidente, con los cabellos al viento, la mano tendida en un gesto elocuente pero impreciso, como si quisiese averiguar si llovía, para bendecir a una multitud o aprobar cortésmente una toma de posesión de un cargo. Un tren blindado, tan hermoso que nadie había visto nunca uno así, servía de fondo. Había que pagar entrada para ver la obra.

Los periódicos anunciaron la próxima llegada del viejo revolucionario francés

Durand-Pépin, autor de un *Proyecto de Organización de la Sociedad Socialista* en 2200 artículos. *El Pravda [La verdad]* publicó que la situación en el frente mejoraba. Un día después se supo que se había producido un desastre en Narva, tomada por los blancos. Así pues, el problema del frente se planteó antes de que se hubiese resuelto el de los clavos, antes de que se hubiesen encontrado botas para los trabajadores de las fábricas. Las máquinas de escribir crepitaban sin cesar:

Orden, Orden, Orden, Mandato, Edicto, Decreto N.º XXX, Decreto N.º XXX, Decreto N.º XXX, Derogado el Decreto N.º XXX... Desde el Kremlin, por hilo directo, el Consejo de los Comisarios del Pueblo de la RSFSR instaba al Consejo de los Comisarios del Pueblo de la Comuna del Norte a tener en cuenta las medidas prescritas por el Gobierno Central. La Comuna del Norte contestó: «Imposible, situación cada vez más grave».

Desde el crepúsculo hasta el alba, los Comités de Tres, de Cinco, de Siete, de Nueve, Ampliados, Extraordinarios, Permanentes, Provisionales, Especiales, Subalternos, Superiores, Supremos deliberaban, proyectaban, ordenaban, decretaban...

—Se abre la sesión —dijo Fanny.

Su rostro arrugado mostraba huellas contradictorias: enfermedades superadas, orgullo oculto (esa frente obstinada, esa mirada como un golpe de sonda, el choque interior que se experimentaba al primer contacto con ella), fe, calor, sospecha y, en algún lugar muy en el fondo de su ser, un desequilibrio secreto, tal vez una noble locura, tal vez los impulsos reprimidos de la histeria.

Una placa de cobre a un lado de la puerta: *S. I. Itin, dentista diplomado*. Un cartón en la misma puerta: *Club de los Derechos Laborales*. Corredores negros y deteriorados que olían a orina, basura y viejos papeles debajo de un perchero, la sorpresa de un gran espejo en un rincón, un montón de periódicos atados recubiertos de una capa de polvo, la desnudez de los cuartos, el frío, el desamparo de un sonriente retrato de recién casada que había permanecido sobre una chimenea, el calor asfixiante de ese cuarto estrecho amueblado con una cama, una mesa de caoba marcada de círculos de los vasos y un diván desfondado. Humo de los cigarrillos, vaho en las ventanas. Siete cabezas, a ratos a punto de tocarse, emergiendo de la sombra y volviéndose a hundir en ella, graves, nulas, austeras, encantadora una de ellas como una flor negra caída allí desde un paraíso de poeta persa.

—Goldin tiene la palabra —dijo Fanny.

Acababa de llegar de Ucrania por el Volga: Tsaritsyn estaba cercada, Yaroslavl en ruinas, Moscú hambrienta, cuarenta y siete días de viaje, dejando tras él la sombra de dos hermanos en armas, uno ahorcado por los blancos de Kiev, el otro fusilado por los rojos en Poltava. Había dormido en la paja infestada de gusanos de los vagones para ganado, entre fugitivos con tifus, heridos recogidos de milagro en campos de

batalla desconocidos, judías violadas que huían de los pogromos, campesinas falsamente preñadas que escondían víveres sobre su vientre y pagaban por un espacio para dormir entregándose de pie, en el rincón del vagón traqueteante, a los hombres que mandaban. Traía una bala alojada en su carne, al fondo del pecho, cerca de la columna vertebral, expresamente para provocar la admiración de los cirujanos («¡Es usted duro de matar!»), un amor delicioso y puro destrozado con orgullo —el orgullo es a veces la cara noble del egoísmo—, unas cartas de juventud de Korolenko encontradas en una casa de campo durante un combate de guerrilleros y el correo secreto del partido vencido: quince hojas de papel de cigarrillos cubiertas de cifras y escondidas en los botones de metal de su chaquetón.

Emanaba una fuerza un poco embriagada de sí misma, amarga y contagiosa. Su forma de hablar carecía de adornos, pero vibraba con calor, seducía por un lirismo velado tanto como por el efecto de una dialéctica firme. Era moreno, huesudo, de ojos ardientes, nariz prominente, boca abrasadora. Borró todas esas cabezas que le rodeaban, todas insignificantes para él, menos la que era femenina y bella, pronunciando la palabra *camaradas* con una voz cálida que se sentía como la de un hermano temible. Fanny lo miraba de lado y lo juzgaba con severidad: demasiado ávido de hazañas, no lo bastante devoto al Partido como para entregarse a las tareas cotidianas y permanecer en su lugar. Aventurero.

Trajo a las seis cabezas que le rodeaban de vuelta a una vida tensa, imperiosa como el saludo de la Revolución.

—Balance: odio y hambre en los campos, están listos para marchar contra las ciudades, armados de mazas con clavos como en la Edad Media. Desesperación del proletariado diezmado. Decretos de papel inútiles, impotentes, irritantes caen de las torres del Kremlin sobre las masas, para paralizar las últimas fuerzas vivas de la Revolución. El ejército regular, construido con las manos de los antiguos generales, aplasta bajo su rodillo a los guerrilleros, verdadero ejército del pueblo. Los oportunistas y los burócratas eliminan a los entusiastas. Un Estado monstruoso nace de las cenizas de la Revolución. Este frenético robespierrismo terminará devorándonos a todos y abriendo las puertas a la contrarrevolución. No hay tiempo que perder.

La cabeza que era bella como una flor negra murmuró suavemente:

—Hay que reconstituir la organización de combate.

—¡Está usted loca! —cortó secamente Fanny—. Y no tiene la palabra.

Timoféi, de la Gran Fábrica, se levantó, llenando el pequeño cuarto con su sombra. Tenía un rostro anguloso como un puño cerrado y grandes ojos azulados.

—El taller B quiere la huelga. El taller A vacila, pero lo seguirá. Hasta los comunistas lo seguirán. Los mejores están con nosotros, los otros no valen nada. Las mujeres tienen una moral excelente. Serían capaces de demoler todas las cooperativas en una mañana... Se ha establecido el enlace con la fábrica Wahl.

Kiril, que tenía la experiencia de las huelgas de 1914 y había pasado tres años en

las ciudades mineras del norte de Francia, se mostró partidario de la prudencia: no debían comprometer la organización militar, todavía débil, antes de que el movimiento huelguista se generalizase. Había que formular consignas claras: abajo el despotismo de los comisarios, elecciones libres, continuación de la Revolución. Era necesario distinguir bien entre la legítima rebeldía de las masas contra el régimen de los decretos y el cansancio, la desesperación, la acritud contrarrevolucionaria de dichas masas. Mejor no hacerse ilusiones: tal vez las masas no estaban preparadas para un nuevo impulso...

Fanny aprobaba con la cabeza. ¿A quién enviar a la Gran Fábrica? ¿A Kiril, con su gran moderación fundada en una fuerza segura de sí misma, con su intuición del sentimiento de las multitudes, su temperamento de obrero de cuarenta años, poco inclinado a los gestos y las frases? Más bien a Goldin, con su pasión inteligente, su deseo de hazañas. En ciertas asambleas, hay que arrojar a un hombre como se arroja una antorcha en la leña seca.

—Se abre la sesión —dijo el dictador.

Unas doce personas estaban sentadas alrededor de la gran mesa verde. Las paredes desnudas, pintadas de blanco, las enormes lámparas suspendidas bajo campanas de vidrio mate, los rostros, las siluetas, los papeles sobre la mesa: todo era nítido, predominaba la nitidez bien recortada, bien alumbrada de las cosas en las salas de operaciones. Karl Marx, con la barba desplegada y una leve sonrisa olímpica, enmarcado de negro, con un nudo de tela roja en una de las esquinas superiores del marco. Las ventanas se abrían sobre el río, confundido en la blancura y la bruma con sus riberas.

Orden del día: 1) situación en el frente; 2) abastecimiento; 3) el asunto de la fábrica Wahl; 4) situación en la Gran Fábrica; 5) nombramientos. Presentes: once nombres. Excusados: dos nombres. El secretario de actas llena los blancos de un formulario compuesto en dos columnas: informes escuchados, decisiones tomadas. El desastre de Narva se inscribe allí, después de la exposición lacónica de Fleischmann, en términos que son tan irreconocibles como los nombres científicos de las enfermedades para el círculo profano de un enfermo. «Tomar nota de la negligencia del transporte y de la incompetencia de la dirección. Renovar los cuadros políticos de la Décima División. Intensificar la agitación en el seno de las tropas. Exigir del abastecimiento la entrega de los equipos de repuesto en un plazo de ocho días. Encargar al camarada Fleischmann la aplicación de las medidas decididas».

María Pávlovna, de aspecto de vieja institutriz, con blusa negra de apretado cuello alto, anteojos anticuados por su forma, de vidrios pequeños, y la boca severa, no dijo más que unas palabras a propósito de los nombramientos:

—Estoy en contra el ascenso de Kirk. Solo hace un año que pertenece al Partido.

El nombramiento de Kirk, miembro del Partido desde la víspera del día en que derribó, con sus marinos, las rejas del Palacio de Invierno, fue desechado.

Garina, pequeña y marchita, asombrosamente joven de mirada, de risa contagiosa siempre al acecho en el fondo de los ojos, la nariz redonda, los cabellos un poco locos, no dijo tampoco más que unas palabras, sobre la fábrica Wahl:

—Al final de la resolución, donde dice «no dudaremos en recurrir a la coacción», poner: «no dudaremos en recurrir a la presión más enérgica».

Cosa que comentó con una risita al oído de su vecino Kondrati:

—Porque no tenemos ya en realidad ningún medio de coacción...

Los hombres, en esa luz de anfiteatro, parecían apagados, con dos únicas excepciones: el presidente, de cabeza fuerte, mejillas azules, abundante cabellera, rasgos bien delineados de joven emperador romano o de comerciante de Esmirna, voz baja con tono de falsete cuando se animaba, andar pesado, aire de indiferencia y dominio, de fatiga e intriga, de grandeza visible y mediocridad oculta; y el secretario del Comité, Kondrati, de tez clara, rizos dorados en las sienes, un rostro afinado pero rudo, sangre escandinava y mongola. Todos eran intercambiables en esa mesa, esa ciudad, ese país, en el frente, en la tarea y la muerte misma; cada uno de los presentes solo era una cabeza de ese ser de once cabezas llamado (esa noche) el Comité, cada uno fundía su inteligencia y su voluntad propia en la inteligencia y la voluntad anónima, impersonal, soberana y superior del Comité, cada uno se sabía poderoso e invulnerable a través del Partido, pero insignificante y derrotado de antemano sin el Partido; cada uno aceptaba que, si existía por sí mismo, era tan solo para cumplir una voluntad prodigiosa en la que la suya propia se perdía como una útil gota en un océano.

—¿A quién enviar a la Gran Fábrica?

Una sola cabeza dentro de once cráneos sopesó la pregunta. ¿Ósipov? Estaba allí, con la barbilla en la mano, con su largo rostro de seminarista o de convicto. En los días decisivos, Ósipov había conducido al combate al proletariado de la Gran Fábrica. No, no, demasiado idealista, demasiado dispuesto al sacrificio, alguien que deja de entender a la masa tan pronto como esta, desalentada, se desploma sobre sí misma y vuelve a desear pasivamente vivir en paz, incluso aunque a eso apenas se le pueda llamar vivir... ¿Rubín? Buen organizador pero demasiado formalista. ¿Kondrati? Demasiado pronto. Si la cosa se pone muy mal y hay que afrontar un desastre, sí, pero no antes. ¿Garina? Una mujer no sería adecuada, y, además, sus sutilezas teóricas hacen de ella una propagandista de primer orden pero una deplorable agitadora. ¿Savéliev? Desgastado por los problemas de los obreros, atormentado por los escrúpulos («¡Miren lo poco que come el obrero desde que ha tomado el poder!»), capaz de perder la cabeza. No, no. Varias voces dijeron:

—Antónov.

Antónov. Naturalmente. Nadie lo haría mejor. ¡Qué voz! Capaz cubrir el tumulto de una estación. Con carácter. Tenaz. No es inteligente. No es tonto. Disciplinado.

Pocas ideas, pero agallas. Vulgaridad. Tacto.

—Antónov. Usted lo instruirá, Kondrati —dijo el presidente.

El resto de la sesión fue ocupado en realidad por la intriga. La camarilla de Kondrati disputaba los puestos a la del presidente, pues sospechaban que este los quería desbancar. Tuvo lugar una discusión confusa, en la que nadie decía lo que pensaba, sobre los nombramientos de secretarios de sección. Al final se llegó a un acuerdo: se repartieron los puestos. Ligera ventaja para Kondrati.

—Progresamos —murmuró Fleischmann.

Ósipov votaba mecánicamente con los otros, pues la unanimidad volvía a formarse a cada voto. «A eso hemos llegado», pensaba. «¡La Gran Fábrica contra nosotros! Acosados por el hambre, volviendo a tomar todas las viejas armas del poder... ¿Qué podemos prometerles a esos obreros si ya no quieren morir por la Revolución?».

Vientos fríos, venidos de las regiones donde reinaba un invierno absoluto, pasando por las estepas nacaradas de Laponia, por los lagos y los sombríos bosques de Finlandia, la frontera de Karelia plagada de trincheras blancas y de trampas, disiparon las brumas del Báltico. Amanecieron días de una claridad perfecta. El aire tenía tal transparencia que las leyes de la perspectiva parecían haber cambiado. Desde una orilla del Nevá se podían distinguir en la otra los menores detalles de las fachadas, las siluetas de las personas, el perfil de las esfinges traídas de Menfis y colocadas al borde del río por los emperadores para que, después de cuatro milenios, presenciasen nuevas caídas de imperios. Las esbeltas columnas blancas, coronadas de estatuas, y la alta aguja dorada del Almirantazgo aparecían en el extremo de las avenidas desiertas que se estiraban hacia estaciones oprimidas por el silencio más luminoso. Los tranvías, cargados de racimos grises de viajeros aferrados a sus flancos, se movían suavemente sobre los puentes en medio de una luz infinita, hecha del azul pálido y puro del cielo, del oro de un sol frío, nítido como la claridad de la inteligencia, y del reflejo de las nieves. Desde el umbral del antiguo Senado, donde algunos eruditos anémicos escrutaban los archivos de la policía secreta zarista, contemplábamos la plaza, de una blancura irisada, dominada por el bronce de Falconet, esa escultura del emperador Pedro vestido como un romano, encabritando su cabalgadura en la cúspide de una roca, delante del porvenir o del abismo; y más lejos, el muelle de la Universidad, rodeado de viejas residencias nítidas, rojas, blancas y amarillas, que hacían pensar en una Holanda arcaica.

—Observe —me decía el profesor Lytaev—, y conserve este recuerdo, usted que sobrevivirá a estos tiempos más probablemente que yo. El aire de Venecia no tiene esta transparencia absoluta, esta luminosidad ideal, porque la actividad de los hombres lo turba y el calor lo hace vibrar sobre las viejas piedras. Nada vibra aquí, el aire es de cristal. Ninguna chimenea humeante, ninguna plaza tumultuosa. Solo he visto una calma y una transparencia comparables en las altiplanicies de Mongolia.

Allí comprendí por qué los artistas chinos saben dibujar horizontes cercanos tan puros.

Toda esa belleza significaba tal vez nuestra sentencia de muerte. Ni una chimenea humeaba. Por lo tanto, la ciudad sucumbía. Y así como los náufragos se devoran unos a otros en una balsa, íbamos a luchar unos contra otros, obreros contra obreros, revolucionarios contra revolucionarios. Si la Gran Fábrica lograba arrastrar a las otras, una huelga general alzaría contra la Revolución al pueblo de las fábricas muertas. Sería la revuelta de la desesperación contra la revuelta obstinada, voluntariosa, organizada, que todavía conservaba la esperanza. Sería la traición febril e inconsciente de algunos de los mejores, dispuestos a aliarse con el hambre contra la dictadura, porque no comprenden que la fe de millones de hombres también puede morir por falta de pan, que estamos dejando de ser hombres libres y, en una ciudad sitiada, exhausta, nos estamos convirtiendo en un ejército harapiento cuya salvación reside en el terror y la disciplina.

Las casuchas bajas de madera, cada una inclinada a su modo, se seguían unas a otras a los dos lados de aquel callejón. Se veían flores en las ventanas. La calle parecía ancha debido a la pequeñez de las casas. Habría pasado por un rincón de una vieja ciudad si no fuese porque al fondo había una muralla de ladrillos rojos, coronada de altas vidrieras ennegrecidas y rotas. A algunos pasos de allí se levantaba una chimenea negra en el cielo azul. La luz crecía, las cosas se destacaban por sí mismas con una nitidez que se acentuaba segundo a segundo. En la esquina de la calle se podía ver, amontonada a lo largo de las casas de vieja madera casi negra, una larga hilera de mujeres. Ya estaban allí antes de la primera llamada de la sirena. Esperaban el pan que habían esperado en vano la víspera, durante largas horas, en medio de la tormenta de nieve. Los postigos de la tienda fueron abiertos cuando ya estaba bien entrado el día. ¿Sentían esas mujeres alguna alegría al contemplar ese cielo maravillosamente aclarado, esa perfección de las formas, las líneas y los colores, ese suave brillo de la nieve?

—Qué buen tiempo —murmuraron algunas voces.

—Sí —respondieron otras con amargura—, pero ¿vamos a tener que esperar mucho más?

Las horas pasaban, desesperantes. Se contaban unas a otras las noticias, las miserias, los rumores, las ideas.

—¿Se acuerda, antes de la guerra, del precio de los huevos, eh?

—Te digo que él le pega, ella tiene la paciencia de una santa, es una mártir.

—Así que le requisaron el caballo, la harina, todo. No le queda nada, no tiene más remedio que irse por ahí como un pordiosero. Dios mío, Dios mío.

—Si vienen los ingleses, ya verá, ahorcarán a todos los que hayan levantado la mano una sola vez por los comunistas.

—¿Se acuerda de Mijiei Mijiéich, aquel gordo bonachón?

La 60.^a Panadería Comunal se hallaba en la antigua tienda de ese gordo bonachón, al que según unos habían matado los obreros, aunque otros afirmaban haberlo visto en la ciudad, con aire de persona importante y una carpeta bajo el brazo. Su lugar, en el mostrador desnudo, en la tienda asfixiante y fría donde se mezclaban olores de pan mal cocido, de ratas reventadas bajo el piso y de sudores que fermentaban bajo pieles de borrego, lo ocupaban ahora dos dependientes flacos que cogían las cartillas de racionamiento, les recortaban un rectángulo y arrojaban un pedazo de pan negro, blando como arcilla, en las manos nudosas que les tendían las mujeres. Una de ellas, de pronto, estalló en sollozos:

—Me han robado mi cartilla, me la han robado, la tenía aquí hace un momento.

Las que habían recibido ya su pan se amontonaban a su alrededor, las otras pasaban empujándose, con el precioso papel sellado por la Comuna apretado en sus puños. Se produjeron remolinos en la cola.

—¿Qué?, ¿qué?

La inquietud se extendía.

—¡Ciudadanas! —gritó uno de los dependientes.

—¿Qué?, ¿qué?

Las que esperaban fuera vieron salir a un grupo desolado.

—Ya no hay pan.

—¿Cuándo lo habrá?

—Yo qué sé —dijo el dependiente, que había aparecido en el umbral, sonándose con los dedos—. Pregúntenselo a los comisarios.

La tienda permanecía abierta, vacía, porque los dos muchachos debían cubrir sus ocho horas de asistencia. Decían con sarcasmo:

—¿Qué quieren que le hagamos nosotros, ciudadanas? Estamos como ustedes.

Al fondo, encima del mostrador, había una gran tela roja con letras blancas:

*Los trabajadores quieren pan,
la paz, la libertad*

La Gran Fábrica extendía sus campos de nieve desde el suburbio hasta el mar, sobre kilómetros de solares. Las corrientes de aire silbaban entre los esqueletos de talleres. Sobre ese desierto se esparcían vagones volcados, amontonados cerca de viejos rieles torcidos que, bajo la nieve, parecían marañas de serpientes petrificadas, vagones todavía cargados, recubiertos de un caparazón blanco, pequeñas locomotoras olvidadas sobre tramos de vías, montones de chatarra que habían sido máquinas. Las chimeneas, sin embargo, todavía dejaban escapar, intermitentemente, asombrosos humos negros. La vida se concentraba en unas cuantas salas llenas de olor a hollín, a aceite frío, a metales abandonados. Las lámparas de arco colgaban allí como grandes

lunas pálidas; una luz gris caía de las altas vidrieras sucias, donde aparecían de pronto, a través de las roturas, nítidos fragmentos de cielo azul.

Los cañones de 77 mm parecían apuntar sus hocicos hacia fuera a través de esos agujeros. Algunas bielas giraban con un ruido fatigado de corazón exhausto. Los hombres que trabajaban se perdían entre las máquinas, devueltos a una especie de insignificancia, perseguidos hasta sus mesas de trabajo por el frío, el cansancio y el hambre, desolados por la presencia del desierto. Decían:

—¿Una fábrica, esto? Más bien un cementerio... Ya no sabe uno lo que es. No somos ya obreros. Muertos de hambre, mendigos, inútiles, chapuceros, cabrones: eso es lo que somos. Hay quien desmonta una máquina para hacerse mecheros. Los hay que roban alambre de latón para hacerse jaulas de conejos. Hay quienes sisan el carbón, el aceite de las máquinas, el petróleo de las lámparas. Los hay que nunca trabajaron antes de dedicarse a este oficio. A esto hemos llegado. Bonita cosa.

Algunos grupos pululaban a trompicones alrededor de las locomotoras, trabajando furiosamente. Y robaban al igual que los otros. Eran los mismos hombres. Incubaban una sombría furia contra sí mismos, contra la suerte, contra los comisarios, contra la Entente, contra todo lo que, al matar la fábrica, los mataba a ellos. Enviaban delegaciones al presidente del Consejo del Pueblo de la Comuna del Norte. Los estrechos corredores de Smolny se llenaban de proletarios demacrados, que parecían soldados exhaustos con viejas botas agujereadas. Pero una cobarde timidez se apoderaba incluso de los más vehementes cuando llegaban al gran gabinete de trabajo del dictador, entre los tapices, los muebles de acero, los teléfonos niquelados, las paredes cubiertas de mapas que mostraban la roja línea de sangre de los frentes trazados alrededor de la República. ¿Qué hacer? Los frentes están ahí. No hay pan ni papel moneda, y los campesinos se niegan a entregarnos el trigo. ¡Resistir, resistir o morir, en nombre de Dios! Pero ¿no hemos venido aquí precisamente a decir que no podemos resistir más?

—Siéntense, camaradas —decía con tranquilidad el presidente.

La delegación se separaba, dispersándose por los sofás, demasiado lejos, en asientos demasiado blandos. Los hombres, avergonzados, guardaban un silencio hosco.

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

Un viejo arrugado como ciertas máscaras chinas, quien en 1905 había participado en la marcha de los obreros liderada por Gapón^[14], se levantó para ganar confianza en sí mismo y exclamó por fin:

—¡Pues sí, algo no marcha! ¡No hay manera de aguantar! Esto va a acabar con todos nosotros. La fábrica está hecha un desastre...

El presidente también se levantó, prestando atención, sabiéndolo todo, sabiendo que había que escuchar hasta el final, y luego enseñar los mapas, dar cifras, prometer, telefonear a la Comuna; y que en el fondo no había nada que hacer. (Pero siempre se puede resistir una hora, un día, una semana más; y tal vez esa hora, ese día, esa

semana son los decisivos). Contestó en voz baja, completamente distinta de la que se le conocía en las grandes asambleas. Habló de la Alemania hambrienta y estafada, de la sangre fresca de Liebknecht, de la Revolución que maduraba en Europa. ¿Cuál de esos hombres allí sentados vendría a socorrerla? ¿Quiénes componían esa delegación? Ya le habían dicho que no se trataba de adversarios, sino de gente sin partido, de uno o dos simpatizantes... ¿Quién venía a salvar la Revolución?

Ese hombre se encarnó en un joven de barbilla espesa, que habló con una voz aprendida, como se hace en las asambleas. ¡La clase obrera pelearía hasta el final! ¡Cada uno cumpliría su deber ante la Internacional! Tan solo era necesario que mejorase el abastecimiento, que la fábrica recibiese la ración extraordinaria prometida hacía más de un mes... Lo que dijo sonaba extrañamente falso (aunque era profundamente verdadero y era preciso decirlo), se notaba que mentía diciendo la verdad. («Tú lo que quieres es que te asciendan a miembro del Comité de la Fábrica»).

El mismo día que las mujeres, tras hacer cola toda la mañana delante de las panaderías, regresaron sin pan, un Consejo de Delegados, cuya identidad era secreta, fijó en los muros carteles bastante bien impresos que invitaban a los proletarios de la fábrica a tomar en sus manos su propio destino. La huelga estaba en el aire. Los teléfonos de los Comités la anunciaban en todas direcciones. De los tres mil setecientos obreros inscritos, menos de dos mil fueron a trabajar a las siete. El jefe de mecánicos, Krivin, se presentó en la Dirección con la gorra ladeada y el cigarrillo entre los dientes, y, con voz desagradable, dijo que sus máquinas no funcionaban.

—Una avería que no entiendo, manden ustedes a los ingenieros.

Lo anunció como si se tratase de una buena noticia.

Grupos de mencheviques y de eseristas habían celebrado reuniones secretas durante la noche.

—Acabemos con esto.

Mil hombres llenaban el taller. La tribuna, con un riel a modo de plataforma, se alzaba sobre las cabezas. Al lado, alrededor de una mesa ligeramente elevada, recubierta de una tela roja, estaba sentado el Comité de la Asamblea. Timoféi hizo sonar la campanilla.

—Koriaguin tiene la palabra.

La reunión, que duraba ya más de dos horas, se había convertido en un caos languideciente. El secretario de la célula comunista fue abucheado.

—¡Pan!, ¡pan, y no discursos!

—¡Ya conocemos tu charlatanería!

Cuando bajaba vacilando de la tribuna inestable, algunos grandullones, furiosos, lo agarraron por los hombros y lo sacudieron:

—¡Dilo, di que has telefoneado a la Checa! ¡Atrévete a decirlo!

Se le veía derrotado dentro de su chaqueta militar.

Timoféi, contento porque el incidente levantaba la temperatura de la sala, dominó el tumulto con sus largos brazos abiertos y con su rostro enjuto.

—¡Nada de nerviosismo, camaradas! ¡Nosotros somos la fuerza!

Koriaguin consiguió ahogar la cólera de esos mil hombres mediante un relato bochornoso, sembrado de palabras torpes que distendían haciendo reír. Contó que, mientras los compañeros creían que estaba de baja por enfermedad, había hecho un viaje al campo de Tver y que al regreso le habían quitado tres sacos de harina.

—¡Comételo todo tú solo! ¡Cabron! —gritó una voz.

El epíteto pareció quedarse pegado a aquel desvergonzado, que, enrojecido y sudoroso, se había enredado en una diatriba sobre el imperialismo. Timoféi sufría. ¡Mil hombres y ni una voz! ¡Tanto sufrimiento, tanta rebeldía, y ni una voz! Las lámparas de arco suspendidas bajo el armazón metálico dejaban caer una claridad triste sobre las mil cabezas, cubiertas con viejos gorros de piel o gorras deformes. Esos perfiles violentos, esas aristas duras, esas teces incoloras, todas esas ropas terrosas eran aparentemente la misma masa humana (aunque más pobre y como encogida) que en los días de marzo de 1917 hizo que se desmoronase bajo su empuje la autocracia tridentaria (porque entonces, como ahora, no había pan en esos barrios, aunque de todas formas se vivía mucho mejor); la misma masa que en julio se precipitó de pronto sobre la ciudad, como una inundación pronta a llevárselo todo; la misma masa que en octubre fue conducida por la voz de Trotski a la conquista del poder... la misma, y sin embargo otra: ahora inconsistente, desorientada, sin alma, semejante a un hombre que hemos conocido con la barbilla firme, el aspecto voluntarioso, la palabra directa, y que volvemos a encontrar con las venas vacías, la carne floja, buscando sus palabras con una mirada titubeante. Timoféi se mordía los labios. Esta multitud tiene las venas vacías. Los mejores se han ido. Varios han muerto. Ochocientos movilizados en seis meses. Ni una voz ya, naturalmente. Leonti, ese tenía una voz y, más aún, cabeza; dicen que murió en los Urales. Klim está combatiendo en el Don. Kirk dirige algo. Lukin, ¿qué fue de Lukin? Timoféi aún podía visualizar en esa misma sala a los veteranos, tres o cuatro filas de hombres, generaciones sucesivas, surgidas y desaparecidas en un año. Se habían ido. Estaban a la cabeza del Ejército, a la cabeza del Estado o muertos: cabezas agujereadas, bajadas entre acordes de las marchas fúnebres a las fosas del Campo de Marte. La Revolución nos devora. Y los que quedan carecen de voz, porque son los menos valerosos, los más pasivos, los que obedecen, los que...

—¡Basta! ¡Basta! —gritó alguien a Koriaguin—, ya hemos visto bastante, ya está bien.

Timoféi no sabía cómo hablar ante las masas. Sus ojos azulados se empañaron tan pronto como subió a la tribuna, ya no veía ante él más que una bruma que, girando en remolinos, atraía como un abismo. Su voz, demasiado débil, no tenía mucho alcance; su pensamiento se ordenaba en fórmulas concisas que no formaban frases enteras; los

oídos ansiosos aún seguían esperando algo de él cuando ya lo había dicho todo; debido a su lucidez, parecía no tener aliento suficiente para ofrecer un discurso; resolvía todos los problemas que planteaba a la audiencia antes incluso de que esta le oyese. Todo le parecía perdido cuando una puerta se abrió al fondo y Goldin entró. Timoféi, aliviado, agitó vigorosamente la campanilla para atraer la atención de aquella asamblea inquieta, atravesada de murmullos.

—¡Limitad el tiempo de palabra!

Timoféi fingió no oír. Sin duda, no era el momento. Se levantó.

—Goldin tiene la palabra.

Algunas manos aplaudieron. Un estridente silbatazo sonó y se quebró en seco. Las cabezas, los puños, los hombros se agitaban en remolinos confusos. Goldin, agarrando con las dos manos el trozo de riel que tenía ante sí (era agradable sentir esa frescura en las palmas), tomaba posesión de la tribuna. Se inclinó hacia la multitud, con la cabeza hundida entre los hombros; su mirada buscaba los ojos, se plantaba en ellos un momento, semejante a un relámpago negro, y pasaba, dejando tras ella el rastro de una quemadura. Su voz cálida estalló, apasionada desde el principio:

—¿Recuerdan, gentes sin pan, cómo echamos al zar y a sus criaturas, los ministros, los generales, los capitalistas, los policías? ¡Díganme!

—¡Nos acordamos! —respondió una voz entrecortada.

—¿Cuándo fue eso? ¡Díganlo! ¡Ayer! Lo que podíamos hacer ayer lo podemos hacer hoy. ¿Qué es la Revolución, esta Revolución que fusila a los burgueses, conquista Ucrania, hace temblar al mundo? ¿El Kremlin, Smolny, los decretos, los comisarios del pueblo? ¡Tonterías!

Ante esa idea, una sonrisa enorme marcó su gran boca ardiente, y esa sonrisa contagiosa, apagada enseguida en sus labios, se propagó de boca en boca, iluminado el alma de cada hombre con la lucidez.

—¡Nosotros somos la Revolución! ¡Ustedes y yo! Lo que queremos, la Revolución lo quiere, ¿me oyen?

Y le siguió el estallido del apostrofe:

—¡Ustedes, allá, fabricantes de decretos!

Los hombres empezaban a sentirse poderosos. Salían de su letargo, electrizados, despertando a un nuevo sueño de hazañas.

—Ucrania está en llamas. El fuego nunca se apagará. ¡Todavía no sabemos lo que es el poder del pueblo! Pero no debe ser castrado con leyes y decretos. No tememos ni las privaciones ni los sacrificios. Derrocaremos a quienes quieren apagar nuestros fuegos. ¡Reclamamos la libertad y la igualdad de los trabajadores, la descentralización, el abastecimiento individual, quince días de permiso pagado para que cada proletario pueda ir a pedir víveres a su hermano el campesino! Somos lo suficientemente fuertes como para tomar lo que pedimos...

Un rugido crecía en la sala, bajo los armazones de acero. Las manos aplaudían con frenesí, los gritos se alzaban alrededor de aquel hombre moreno, huesudo, de

pelo áspero y camisa negra, cuyas largas manos nerviosas amasaban la barra de acero. Timoféi pensó: «No queda más que someter a votación la huelga general». Dos recién llegados se abrían paso, con dificultad, hacia la tribuna.

Arkadi se sentó en los escalones, de modo que su cabeza se elevaba sobre la multitud, pero sin ser demasiado visible. Inmediatamente intentó discernir, entre todos esos rostros, los de los agitadores venidos de fuera. Le irritó no conocer a nadie.

Antónov subió pesadamente los peldaños de madera apolillada. Su grueso cuello, coronado por una pequeña cabeza cuadrada y rojiza, se elevó sobre la multitud. Al principio lo tomaron por un obrero de la fábrica.

—Pido la palabra.

Su voz de timbre rudo llegó hasta el fondo de la sala.

—Camaradas...

—Eh, no la tiene todavía, la palabra —le espetó Timoféi.

Goldin se encogió de hombros. Antónov, fingiendo respetar la voluntad de la mesa, pero infringiéndola ya con su pesada presencia en esa tribuna, esperó con calma a que se le permitiese hablar. Sus pequeños ojos grises estudiaron cuidadosamente las expresiones y los gestos, casi podía leer los labios de los presentes. Su impresión fue favorable y se sintió seguro de sí mismo. La mesa decidió que no era posible impedirle hablar, pues la asamblea no estaba bastante «caldeada». Por lo tanto, Antónov continuó:

—Camaradas...

(Sabidamente, se saltó el habitual «en nombre del Comité del Partido»).

—Es evidente que la situación de la clase obrera se está haciendo intolerable...

Su grueso cuello rojizo, sus hombros engrosados por la pelliza y sus anchas manos de cantero posadas sobre la barandilla reforzaban su discurso. Un débil murmullo de aprobación nació en las filas alejadas del auditorio. ¡Ah, vaya!, ¡así que lo habían notado! ¡Vaya si es intolerable la situación!

—Nos morimos de hambre. Hace tres días que las panaderías no distribuyen pan. ¡Es un escándalo! ¿Para qué valen los salarios en papel? Todos tenemos los bolsillos a reventar de rublos, nos vendría mucho mejor algo que comer. Las barreras establecidas contra el abastecimiento individual producen a veces más males que bienes... ¡Eso tiene que cambiar! ¡Cambiará si lo queremos! No hemos hecho la Revolución para terminar en este grado de indigencia.

Ya no se sabía si hablaba a favor o en contra de la huelga, a favor o en contra del poder. Repetía casi palabra por palabra las arengas anteriores, pero bajo una forma mejor ordenada. Seguro ya de sí mismo, con voz llena, con el torso bien plantado, clamaba contra la miseria junto con aquellos mil hombres. Goldin dibujaba un tablero de ajedrez en su block de notas. «¡Qué demagogo!», pensaba. «Ha sido un error darle la palabra».

—Esta mañana, el Ejecutivo ha decidido invitarlos a ustedes, a razón de cinco a diez hombres por cada 250, a formar nuevos destacamentos de abastecimiento que partirán en un plazo de tres días. ¡Hay trigo en Sarátov, vayan a cogerlo! ¡No hay tiempo que perder!

Las cabezas se movían en todas direcciones, en agitada confusión; vientos conflictivos soplaban sobre los trigales antes de la tormenta.

—La Comuna va a enviarles a ustedes cuatro vagones con víveres: conservas, azúcar, arroz, harina blanca, existencias arrebatadas a los imperialistas por el glorioso Ejército Rojo de Obreros y Campesinos...

(—¿Qué? —¿Qué ha dicho? —¿Cuatro vagones?— ¿Arroz? —¡Sí, arroz y conservas, como lo oyes!— ¡Escucha, escucha!).

—Mañana, o mejor esta noche, deben organizar ustedes los equipos que se encargarán del reparto... ¡Asegúrense de que ni una libra de arroz sea robada por los burócratas y los aprovechados!

(—¿Cuándo llegan los vagones? —¡Dejadle hablar!— ¡No lo interrumpáis!).

—¡He dicho que mañana! Pero se ha hablado de huelga en esta tribuna. Camaradas, siete locomotoras y treinta cañones están en reparación en estos talleres. Cada día de retraso en la entrega de las locomotoras aumenta la hambruna. Cada día de retraso en la entrega de los cañones aumenta el peligro. ¿¡Quién es el imbécil que no lo comprende!? ¡Que se muestre!

Antónov resopló. El sudor mojaba sus sienes. Se aflojó el cuello, haciendo saltar los botones. Vencedor (con esos vagones de víveres detrás de él), erguido, desafió en la sala a un enemigo invisible:

—¡Que se muestre!

Arrojando tras él su abrigo forrado de piel de oveja, se mostró idéntico a aquellos hombres, vestido con una camisa desteñida, agujereada en uno de los codos. Sabía que hay que reprender a las multitudes que se le pueden escapar a uno, que hay que gritarles a la cara lo que ellas quisieran gritarte a ti, identificarse con ellas (contra ellas) mediante la ira y la invectiva. Era el momento de embestir.

—Los cobardes, los vagos, los cerdos, los traidores, los defensores de la Entente, los cómplices de los generales, los granujas que no piensan más que en su pellejo y que quieren llenarse la panza cuando toda la República asediada tiene hambre, ¡que sepan que las balas proletarias han sido fundidas para sus sienes!

Una vez proferida la amenaza al término de su diatriba, se paró en seco; concluyó bruscamente con una afirmación tranquilizadora que estuvo a punto de arrancar aplausos (y él bien se dio cuenta):

—¡Pero juro que no hay ni un traidor entre nosotros!

Arkadi escuchaba con admiración. Antónov llevaba hasta el límite su ventaja:

—¿Saben ustedes que esta semana hemos encontrado cincuenta fusiles en los sótanos de la iglesia de San Nicolás?

Se trataba de viejas armas depositadas entre las tumbas en los tiempos de la

primera campaña de Turquía.

—¿Saben que los agentes de la Entente están planeando volar los fuertes de Kronstadt?

Sin duda, les habría gustado hacerlo, pero la única evidencia al respecto eran los informes interesados de un agente doble.

—¿Saben que la Checa acaba de descubrir un nuevo complot?

La Comisión Extraordinaria, en efecto, buscaba ese complot...

La reunión estaba terminando en medio de la confusión y la derrota. Un obrero leyó con voz áspera un texto de resolución:

—Las poderosas manos del proletariado aplastarán sin piedad...

«Siempre los mismos clichés», pensó Timoféi. Encaramado en los hombros de dos hombres a los que la marea humana mecía suavemente, gritó:

—¡El taller B se reunirá aparte!

Y es que, a pesar de la debacle, había que intentar unir a los hombres de fiar. Goldin abrió el camino.

La noche iba a tragárselos en el límite del tumulto y del silencio, cuando una especie de gigante barbudo, con las sienes y el cuello recorridos por venas azules, se lanzó a su encuentro con grandes gestos. Parecía que estaba borracho. Con el torso desnudo y los ojos vidriosos, alzó unas manos negras semejantes a raíces endurecidas dispuestas a aferrarse a todo.

—¡Esto es lo que somos! —gritó—. ¡Como perros! Gruñen cuando tienen la panza vacía. Se callan si les tiran un hueso. Mírenme bien, camaradas, hermanos, también yo soy así. No nos guarden rencor, hermanos, ¡es la miseria la que nos ha hecho así!

Se aferraba con las dos manos a las solapas del abrigo de Goldin. Su desolación se parecía a la furia. Hundía una mirada turbia y fuerte, como un agua revuelta en sus profundidades, en los ojos negros que estaban delante de él.

—Y, sin embargo —balbuceó de pronto, soltando el abrigo de Goldin—, estas manos, si supiera usted lo que han hecho estas manos, si supiera lo que pueden hacer todavía, camarada...

Por un instante, los tres hombres no vieron ante sí más que esas dos grandes manos, manos temibles pero que temblaban de fatiga, y que parecían calcinadas.

Arkadi se levantó tarde, al morir el día. Jirones de azul aparecían en el cielo cubierto de nubes blancas y plomizas que huían hacia el oeste. Un asunto oscuro, al que había que ponerle fin, lo había mantenido despierto hasta el alba frente a María Pávlovna, silenciosa, con la boca contraída, la mirada directa cuando caía sobre uno pero evasiva cuando se la buscaba, y ese bruto de Teréntiev, con su gruesa cara rubia, su asquerosa manera de relamerse y de levantar el labio superior por encima de unas encías muy rojas cuando reía. El expediente del asunto Schwaber pasaba de mano en mano. Teréntiev, con la uña negruzca de un gordo dedo, señaló la conclusión del juez de instrucción: «Culpables y peligrosos». Pero ¿y si esos Schwaber decían la verdad? El padre, la madre, el hijo mayor, la hija de diecinueve años: todos, con idéntica obstinación, daban la misma respuesta, que, alternativamente, podía parecer deslumbrante de sinceridad o absurda como cualquier negación de lo evidente. El espía había vivido en su casa. Y ellos habían pasado sus cartas y recibido mensajes para él, habían mentido para cubrir sus indiscreciones y habían guardado una maleta que contenía su código. Declaraban ignorarlo todo; que simplemente habían creído que se trataba de un hombre corriente, bastante simpático. ¿Quiénes eran? Ninguno de los tres jueces los había visto nunca. Arkadi estudió sus firmas con una extraña tensión interior. La muchacha, con una escritura de colegiala, había garabateado junto a su firma: «Juro ante la Virgen que somos inocentes». Esa evocación de la Virgen hizo que el labio de Teréntiev se curvase:

—¡Entonces —dijo—, serían cuatro coincidencias!

—Cuatro coincidencias —repitió María Pávlovna alzando las cejas.

—¡Y no sabían nada! Nunca ha habido en la Tierra imbéciles como ellos —continuó Teréntiev.

—Se dejaron engañar —dijo Arkadi.

—¡Sí, por las cuatro coincidencias!

—Una cabeza por coincidencia: diecinueve años, veintiuno («alumno del Instituto

de Tecnología, católico»), cuarenta y cuatro («exalumna de la escuela de Hijas de la Nobleza, pía, monárquica»), cincuenta y tres («noble, rentista, antiguo propietario, afiliado al Partido Democrático Constitucional»). Nobles, ricos, creyentes, «enemigos de clase por todas las fibras de su ser», escribió el juez de instrucción. A propósito, ¿quién era ese juez? Ah, sí, Zvéreva, esa mujercita fea, todavía joven, siempre bien vestida, llena de celo.

—En fin —prosiguió Arkadi—, la maleta del código, sin la cual no habría asunto, la entregaron ellos mismos al final de la pesquisa. Babin estaba a punto de irse con las manos vacías.

Teréntiev soltó una risotada profunda:

—¡Pero si ese era su supremo engaño! Estaban convencidos de que lo sabíamos todo por Procopio. ¿Qué te parece el informe que él hizo?

—Procopio tiene interés personal en el asunto.

Aquí intervino María Pávlovna, con voz reflexiva, como lejana.

—Procopio es un canalla, es cierto. Pero hasta ahora ha sido un agente de fiar. Y está controlado por Zachary.

—Bien sabéis que Zachary es un canalla todavía peor.

Se trataba del undécimo caso juzgado esa noche. El alba asomaba en los cristales. María Pávlovna dijo:

—Lo someto a votación. ¿Teréntiev?

—Pena de muerte.

—¿Arkadi?

Arkadi, con los ojos bajados sobre el expediente de tapas azules, sintió pesar sobre él dos miradas (una carnal, burlona, odiosa, como un grosero empujón; la otra, fría, severa, triste) que tal vez detectaban en su indecisión una debilidad, un cansancio nervioso, una rebeldía involuntaria contra la tarea... Las palabras se desprendieron de sus labios sin que él tuviera plena conciencia, y cayeron sobre el expediente como un sello invisible:

—Pena de muerte.

—Pena muerte —dijo María Pávlovna, impasible—. Firmo.

Teréntiev también firmó.

Se había terminado, la pesadilla interior se disipó. María Pávlovna proponía aplazar los asuntos siguientes para la sesión del miércoles. Se levantaron. Teréntiev, devuelto a su apatía, no era ahora más que una cara gorda de tinte de ladrillo, de cejas poco pobladas, casi incoloras. Pareció encorvarse lentamente, mirando por la ventana los techos blancos, y, en respuesta a la mirada interrogante y amistosa de María Pávlovna, respondió a media voz:

—Mi hijo menor tiene la escarlatina.

Arkadi, antes de regresar a su casa, deambuló un rato por la vasta plaza desierta, bañada por un extraño resplandor de alba de un azul muy pálido. Le pareció que la gran calma de las piedras, de la nieve y del día naciente entraba en él por todos los

poros. Aquello era como la frescura del agua cuando el nadador se ha zambullido con la piel ardiente. Pensó, serenado: «Mañana iré a ver a Olga». Entonces se dio cuenta de que una coincidencia de nombres había pesado un momento antes sobre su fuerza. Olga. Pensó en ella mientras se acostaba en su cuarto descuidado, donde algunas armas de Daguestán con vainas de plata soberbiamente cinceladas estaban tiradas sobre el diván. Olga. Le bastaba con cerrar los ojos para que ella estuviera presente. Sentía una frescura muy distinta a la que causaba el alba que azuleaba sobre la plaza, era una frescura rubia, tan tranquila y luminosa como el reflejo del sol sobre las vidrieras al final de una tarde.

Olga aplaudió cuando él entró.

—Sabía que vendrías hoy. ¡Lo sabía! ¿Lo ves? Te esperaba...

Con las dos manos en los hombros de él, y mirándolo a los ojos, dijo:

—Anoche desperté sobre las cuatro. Sentí que pensabas en mí. Di la verdad: ¿pensaste en mí a esa hora?

Estaba demasiado oscuro para que ella pudiese discernir bien la sonrisa un poco forzada con la que él mintió:

—Sí.

Olga volvió a aplaudir:

—¡Lo sabía, lo sabía!

Ella iba a arrojarle en sus brazos, pero él la detuvo con un gesto. Olga lo vio sonreír mejor. Sintió la flexibilidad y la dureza de Arkadi, su alma tan fuerte como sus músculos, cuyos menores movimientos eran de una precisión perfecta. Él se dejó caer en el diván, cruzó las piernas (haciendo que las altas botas reluciesen) y dijo:

—Deja que te mire, me siento tan bien.

—Voy a hacer té —contestó Olga.

Ella se sintió feliz de percibir en la penumbra la punta roja del cigarrillo de Arkadi. Le gustaba moverse en la indiscernible luz de esos ojos que la seguían de un extremo a otro de la habitación débilmente alumbrada. Nadie, en ningún lugar del mundo, daría jamás a ese hombre una calma mayor, un reposo más seguro, una alegría más cierta. Y ella lo sabía. El calor de esa mirada posada sobre ella, suave al principio e imperioso como un magnetismo después, la envolvía por completo, comunicando a sus gestos una nueva flexibilidad. En algún profundo lugar, todo su ser exclamaba que aquello era una inmensa dicha. Cuando estaba segura de que él no podía distinguir su rostro, reía silenciosamente, mostrando todos sus preciosos dientes y haciendo que sus profundos ojos se llenasen de reflejos. Luego los cerraba un instante, limitándose a pensar «él está aquí», quieta, en éxtasis, con el delicioso presentimiento de las manos prontas a posarse sobre ella.

Olga era alta y ágil, estaba iluminada toda ella por la luz de sus propios ojos, cuyas largas pestañas doradas se movían como para velar su propia mirada, su cuello

esbelto, sus cabellos bien alisados, sobre los que se había posado para siempre un toque de sol. Arkadi fumaba. Esa figura de mujer llenaba sus ojos y, mucho más allá de sus ojos, su pensamiento, que se olvidaba de sí mismo. Y lentamente nacía en él un calor salvaje.

Gracias a Olga, Arkadi emergía de una oscuridad que aterraba solo con pensar en ella. Reinaba en aquella oscuridad una ley de la sangre, inexplicable pero necesaria, puesto que él también la cumplía; él, que era tan puro y tan fuerte, y que estaba tan tranquilo después de su misteriosa labor nocturna. (Olga solo le había preguntado al respecto en una ocasión, en la que él tomó la cabeza de ella entre las dos manos y dijo: «Ni una palabra sobre esas cosas, cariño. Nunca. Hacemos la Revolución. Es algo grande, muy grande...». Y Olga repitió: «Algo grande, muy grande». Esas palabras se grabaron en su mente. Siempre que se enteraba de algo, siempre que le contaban alguna cosa, se repetía a sí misma esas palabras para recuperar la confianza. Entre los dos había mucho silencio al respecto).

—Prometí a Fuchs que iríamos a verlo juntos. Ha dibujado un gran mapa, figúrate —dijo ella.

—Vayamos —respondió él alegremente.

Arkadi se sentía ligero y vibrante, al igual que cuando, a los dieciocho años, en su pueblo en la ribera del Adjaris-Tsjahi, bailaba, con mayor agilidad y resistencia que nadie, rodeado de un círculo de palmadas, con una mano en la cadera y la otra en la nuca, y el puñal atravesado en el cinturón.

En la puerta del vecino estaba pegada una tarjeta de visita que rezaba: *Johann-Appolinarius Fuchs. Artista*. Bajo el antiguo régimen, aquel viejo había vivido bastante bien gracias a su modesto talento. Los mejores marchantes conocían perfectamente el camino a su estudio. Sus obras podían encontrarse en las casas de los mecenas. A Rasputín le habían gustado. Fuchs era el creador de aquellas bañistas de gestos etéreos que, acercándose y alejándose de las olas, parecían ofrecerse al amor, vestidas de modo que estaban más desnudas que cuando no llevaban ninguna ropa, cargadas de luz, sonrientes y carnales. Se había pasado más de veinte años pintándolas una y otra vez, consciente de que era un trabajo mediocre hecho correctamente, sabiendo bien que aquel hombro que estaba terminando con una pincelada retendría la mirada de hombres de avanzada edad y encendería en ella chispas furtivas, cuya aparición él esperaba en los ojos prudentes de sus visitantes. «¡Ah, signor!», se decía a sí mismo frotándose las manos, «¡esto también es arte!».

A ese oscuro cuarto, donde apenas algunos tapices y baratijas invendibles de mal gusto recordaban tiempos mejores, todavía hoy llegaban a veces antiguos vendedores de cuadros, naturalmente arruinados, que vivían del tráfico ilícito, vendedores que encargaban, para algún cliente misterioso, «una bañista pelirroja un poco Rubens, ya me entiende». Y es que, al otro lado del río, al final de una calle desierta, en un vasto

apartamento gélido, había un hombre envejecido que vendía los vestidos pasados de moda de sus antiguas amantes para poder alimentar al último de sus grandes perros daneses, único ser que permanecía cerca de él, y ese hombre esperaba ansiosamente a la «bañista pelirroja un poco Rubens» como en otro tiempo había esperado a una bañista de carne y hueso.

Fuchs cambió enseguida el caballete y dejó a un lado el emblema de los trabajadores coronado por una figura de la Revolución con recta nariz de diosa griega, que había estado pintando para el sindicato de los trabajadores de la porcelana. Pintaba ahora de memoria. Precisamente una de sus modelos había tenido una complexión estilo Rubens, pero la había visto por última vez en 1917, más gruesa y quemada por el sol, bajo el uniforme del Batallón de Mujeres al que, según contaban, los marinos depararon un triste sino la noche de la victoriosa insurrección. Otra de sus modelos, flaca y morena, que posaba para las pinturas de sevillanas, se paseaba por las noches entre la calle de las Caravanas y el puente del Fontanka, guardado por sus nobles domadores de caballos. A menudo estaba sola en esa acera poco frecuentada. Se veía del otro lado la fachada roja, toda en líneas rectas, del palacio Aníchkov, coronado en una de las esquinas por el delicioso bulbo dorado de su capilla. Fuchs abordaba a la paseante besándole la mano un poco más arriba de lo debido. Ella vivía en un pequeño cuarto interior en lo alto de un edificio ordinario. Encajes ajados cubrían los muebles. Retratos de jóvenes oficiales se apoyaban en frascos de colonia vacíos. Tenía siempre ropa bastante limpia que lavaba ella misma en la cocina; no se quitaba sus altos botines de lazos para hacer el amor (habría tardado demasiado), pero a cambio con los tacones sabía espolear suavemente al macho... Fuchs le tenía cariño a Lyda.

Llamaron a la puerta. Fuchs giró rápidamente contra la pared la imagen de la chica con tez Rubens. Olga y Arkadi llenaron el cuarto de una gracia viril. Arkadi, completamente distendido, con una amable sonrisa que revelaba sus dientes finos, escrutó al solícito anciano. Era bajo, con rasgos menudos y una perilla blanca de viejo fauno.

—Este camarada —dijo Olga señalando a Arkadi— está interesado en su crónica de la Revolución...

—Pienso en el porvenir —respondió seriamente Fuchs.

Todos los días conseguía los periódicos, cosa nada fácil, porque se vendían muy pocos. A veces, no sin riesgos, hábil y desconfiado como un ladrón, tenía que despegar las ediciones recién pegadas en los muros. Analizar esos periódicos era el trabajo preferido de su jornada, el que confería un sentido a la indigencia cotidiana. Los recortaba y subrayaba en rojo y azul, con rayas hechas con regla, los pasajes notables de los textos seleccionados, que pegaba después en las grandes hojas de los clasificadores mensuales.

Fuchs tuvo que agacharse para sacar sus expedientes de un baúl. Olga y Arkadi intercambiaron la misma sonrisa divertida. El pequeño hombre se irguió de nuevo y dijo de pronto:

—La mayor felicidad de un hombre consiste en vivir una gran época.

—Cierto —replicó Arkadi.

—Cierto —repitió Olga con voz más baja.

—Incluso —prosiguió Fuchs— si es duro, incluso...

Tres pensamientos detenidos delante de un umbral repitieron ese «incluso» inacabado.

—Es verdad —respondió Arkadi con el tono grave que usaba para dictar sentencia en la Checa.

—Este es mi nuevo mapa —dijo Fuchs.

Europa se dividía en dos colores: blanco y rojo. La Europa roja invadía la Europa blanca. El Mediterráneo quedaba aprisionado en una tenaza roja. Flechas rojas en Italia, atravesando en todas direcciones un país todavía blanco, flechas rojas en Marruecos, en Argelia, en Tripolitania, en Egipto, ¡flechas rojas!

—Las flechas —explicó Fuchs— indican los movimientos revolucionarios que todavía no han triunfado.

Los países rojos cubrían todo el Este, desde la embocadura del Pechora en el mar Blanco hasta las puertas de Crimea, hasta Odesa reconquistada a costa de los franceses y los griegos, hasta Daguestán, dividido en su centro por una frontera de sangre. Los países rojos, cada uno con su fecha del año 1919, se extendían en el corazón de Europa. Baviera, República de los Soviets desde el 7 de abril. Galitzia, República de los Soviets desde el 25 de abril. Hungría, República de los Soviets desde el 22 de marzo. Serbia (este país mordía los Balcanes como un diente), República Socialista desde el 14 de abril. Asia Menor hacía avanzar su cabeza roja de paquidermo: Turquía, República Social desde el 10 de abril.

—Vaya —observó Arkadi—, la isla de Creta también es roja.

—¡Sí, ha llegado un telegrama de la agencia ROSTA!

Flechas rojas estallaban en Alemania. Flechas rojas dispersas apuntaban hacia París, Lyon, Copenhague, Rotterdam, Londres, Edimburgo, Dublín, Barcelona.

—¡Qué hermoso! ¿Verdad? —dijo Fuchs.

—Creo que Baviera no resistirá mucho más tiempo. Parece que Toller ha muerto en las primeras líneas —replicó Arkadi.

Fuchs hojeó los recortes de periódicos.

—¿Y esto!? —exclamó triunfalmente.

Era un comunicado escrito con gruesos caracteres:

Estambul, 27 de abril

El Comité Central Ejecutivo de los Revolucionarios Musulmanes de Turquía, Arabia, Persia, Indostán, Argelia, Marruecos y Constantinopla anuncia con

profunda alegría que la República de los Estados Unidos de Oriente pronto será proclamada en Constantinopla.

La lucha prosigue con energía. Un cuerpo revolucionario soviético de 2000 hombres se ha formado en Odesa.

*El cónsul de Turquía en Odesa,
Ajú-Ato-Baj-Eddin*

Arkadi se echó a reír.

—Su Ajú-Ato-Baj-Eddin me parece una broma. Yo creo... creo que lo mejor sería encerrarlo.

—¿Cree usted?

Los ojos de J. A. Fuchs iban y venían de la cara de Arkadi al mapa, cuya veracidad estaba siendo puesta en tela de juicio.

—Así que piensa usted que yo debería borrar todo esto.

Se refería a las flechas rojas que acribillaban el África mediterránea de Suez a Casablanca.

—No, claro que no. La fermentación revolucionaria de las colonias está fuera de duda. Vea sino el manifiesto de la Tercera Internacional.

Después de que los visitantes se marchasen, Fuchs inscribió (a lápiz, para poder borrarlo más tarde) en la esquina del mapa, en letra pequeña de una regularidad perfecta: «Cf Manifiesto de la Tercera Internacional».

Olga y Arkadi solo tenían que dar algunos pasos para regresar a su cuarto. Antes de llegar, en la oscuridad del pasillo, ella se volvió hacia él para decirle: «Vaya personaje, ¿verdad?». Pero en lugar de obtener una respuesta sintió sobre sus labios el aliento de Arkadi, que la cogió por la cintura con un brazo de hierro. Ella se curvó entera frente a él, y fue como si la llevaran hacia una dicha desconocida.

Arkadi nunca podía quedarse mucho rato. Sus jornadas de trabajo nocturno empezaban temprano. Se fue, dejando tras él, en la habitación donde flotaba el olor de sus cigarrillos, una estela de alegría, de turbación y de fuerza; pero en esa estela Olga sentía que su alma y su carne estaban vacías. Un extraño desierto de labios gastados y nervios distendidos... Se adormeció. El timbre sonó dos veces. «Para mí... ¿Quién puede ser?».

Mientras el joven soldado de piel curtida entraba, ella sintió una mezcla de sorpresa y malestar:

—¿Tú? ¿Tú? ¿Cómo es posible?

Se besaron en las frías mejillas.

—Hermanita, estoy reventado. Vengo de Rostov dando rodeos increíbles. Los hombres de Majnó^[15] me hicieron prisionero en el camino. Les dije que yo era casi anarquista. No me quitaron más que la pelliza y mil rublos. Nada grave.

—¿Eres soldado?, ¿comandante?

En su hombro había una estrella roja.

—No. Sí. Lo que prefieras. ¿Cómo está mamá? ¿Puedo dormir aquí? ¿Es segura esta casa? Mis papeles no están en regla.

—¿No están en regla? ¿Por qué?

—No lo entenderías, hermanita. No te preocupes. ¿Dónde crees que podría meterme algunos días?

—No sé, Kolia. Quizás en casa de Andréi Vasílievich. O en casa del profesor Lytaev.

—Cómo cambian las cosas, hermanita. Ahora me llamo Danil.

Se sentó. Bebió el té que Arkadi no había llegado a probar. Cómo había madurado. Tenía manos de trabajador. A medida que hablaba y se reía, la inquietud se iba apoderando de Olga.

—Estoy sucio, ¿eh? Lo que hueles es ese olor específico de los trenes. Y, sin embargo, me he lavado. Cuatro semanas en vagón, Olguita. Y qué vagones, no te puedes imaginar. Sin vidrios, desfondados por todas partes, malolientes como pocilgas... ¡Hasta he viajado en los techos! Escucha, hermanita, te vas a reír. En Járkov, en un hotel lleno de chinches gordas (porque se alimentan de los miembros del Gobierno) me encontré a unos franceses salidos de Dios sabe dónde. Uno de ellos era un viejo loco socialista, Durand-Pépin, que nos trae «la obra de su vida», todo un proyecto de organización de la nueva sociedad...

Ante esa idea le dio tal ataque de risa que se atragantó y tuvo que posar su vaso de té.

—Quería enseñar la cultura racional a los campesinos ucranianos mediante ilustraciones en color...

Olga, contagiada, también se reía.

—Cuando vio que los campesinos se ocupan más bien de parar los trenes en la noche para desvalijar a los viajeros y agarrar a los judíos, declaró que tenía que regresar a casa inmediatamente debido a una enfermedad del corazón. Pero lo hicieron miembro de una academia inexistente, le dieron una batería de cocina de aluminio y se quedó... ¡Y con él, su preciosa sobrina, que se preguntaba si tendría bastantes vestidos para presentarse a la sociedad de Járkov! La sociedad de Járkov, la más perfecta colección de bandidos que puedas imaginarte...

Sus papeles, muy bien hechos, decían: Danil... comandante de compañía en el Primer Regimiento de Kubán, enviado al centro por el Estado Mayor de la División con el objetivo de obtener mapas del teatro de operaciones. Firmado: el comandante del regimiento, Sháposhnikov^[16]; el secretario, Shutko. No faltaban tampoco las faltas de ortografía (bien se habían reído con ello), que autentificaban un texto mejor que los sellos... El verdadero mandato, ese sin faltas, mecanografiado en código sobre un pedazo de seda, estaba cosido con otros mensajes en el dobladillo del cuello de la guerrera. Llevaba también, en el fondo de un bolsillo aparentemente descuidado, una preciosa bola de papel arrugado.

Al salir de la estación de Octubre, que gracias a Dios todo el mundo seguía llamando la estación Nicolás, Danil volvió a encontrarse con la ciudad, magnífica después de tantas aldeas devastadas y tantas pequeñas ciudades de provincia sobre las que pasaban sin interrupción los huracanes de la caballería, los bombardeos, el horrible estremecimiento de las ejecuciones, las epidemias. Las salas de espera de tercera clase, que se desbordaban por los pasillos, parecían el campamento de un pueblo nómada. Las masas humanas que vivían allí formaban montones tan compactos que algunos senderos se abrían por sí mismos entre los cuerpos sentados o tumbados sobre bultos, unos bultos que parecían menos deformes que las gentes en su sopor. En una sombra acre y parda, las madres amamantaban a criaturas que dejaban oír sus llantos; mujeres de pechos flácidos mecían niños lívidos, cuyos ojos cerrados estaban rodeados de un feo color rojo y cuyos pequeños cráneos, sembrados de pelos dorados o negros, estaban manchados de placas verduzcas; para dormir a esos pequeños pedazos de carne inexplicablemente aferrados a la vida, las madres cantaban canciones de cuna de un ritmo tan dulce que, en medio de toda esa miseria y ese hedor animal, sus voces amargadas por una ira y una tristeza sin fondo volvían a encontrar un rastro de encanto. Campesinos barbudos esperaban desde hacía semanas Dios sabe qué tren. Otros parecían esperar a que muriese su vecino, quien era presa

del delirio de la fiebre tifoidea; pero cada vez que se acercaban a él, recobraba una chispa de conciencia para decir, con infames injurias, que una mierda, que ese hatajo de cabrones (y todo lo demás) no se lo llevarían vivo al lazareto, porque bien sabía él lo que era ese lazareto del demonio donde un montón de cerdos no pensaban más que en robar las botas de los desdichados. Y aquel enfermo saldaba allí sus cuentas con esa cosa sagrada llamada vida a la que han cantado tan grandes poetas. Con la cabeza sudorosa volcada sobre un saco (de sal y harina) y el cuerpo hecho un ovillo, dormía como duermen los animales y las criaturas humanas en el seno materno; babeaba, tenía estertores. Sus vecinos, toda una familia de Kaluga con hermosos niños mugrientos, le vertían agua hervida en la boca tres veces al día. «Tiene que beber, pobrecito», decía la mujer, «¡ay, cómo le atormenta el Maligno! ¡Que Dios se apiade de nosotros!». El padre apartaba con precaución la gruesa cabeza piojosa que encontraba a veces apoyada en la cadera de su hija mayor, Marusia, de trece años, dormida con su muñeca de trapo entre los brazos. «¡Qué hermosas botas!», observaban los vecinos del enfermo, que se juraban firmemente quitárselas cuando estuviese muerto, para que los canallas de la ciudad no se aprovecharan.

La atmósfera nauseabunda de esa oscuridad hacía pensar en una caverna de hombres primitivos. Se hablaban allí dieciséis lenguas: el polaco, el ruso blanco, el carelio, el mari, el mordviano, el búlgaro, el finés, el chuvash, el tártaro, el ucraniano, el georgiano, el kirguiz, el aissor, el gitano, el yiddish, el alemán. Unos gitanos, rodeados de miradas desconfiadas —¡esos ladrones de caballos! (pero ¿dónde estaban los caballos?)— custodiaban celosamente un rincón donde reinaban una hermosa muchacha de un dorado sombrío y un barbudo magnífico que debía de ser un bandido. Mandaban a viejas brujas y a niñas en harapos a leer la mano y echar las cartas en los mercados. Se murmuraba que desvalijaban las criptas de los cementerios.

En medio de esa multitud era posible comprar sal, tocino de la Pequeña Rusia, mantequilla salada que se conservaba maravillosamente en trapos indescritibles, grano, documentos de identidad y fusiles (con la culata y el cañón recortados) fáciles de disimular bajo la ropa. Por la noche, hombres y mujeres se apareaban sin alegría: se oían los jadeos ahogados de la procreación de futuros infortunios. Solo uno de cada cien sobreviviría, pero ¿no podría tratarse de aquel al que esperan millones de hombres? Desde que las viejas ciudades eslavas rodeadas de empalizadas de estacas puntiagudas habían sido invadidas por las hordas, no habían vuelto a juntarse en la miseria semejantes multitudes; pero en cada montón de seres se encontraba la eterna voluntad de vivir.

Danil se dirigió hacia una puerta al fondo del campamento. Allí, una bandera hecha jirones proclamaba: «¡Quien trabaja no come!» (habían suprimido el *no*: «Quien *no* trabaja no come»). Danil sonrió satisfecho. *Oficina de Agitación. Registro de los Servicios Encomendados.*

—¿De dónde? —le espetó un hombre vestido de cuero negro.

—De Armavir.

—¿Órdenes?

Un sello verde cayó sobre sus órdenes. Listo.

—¿Cuál es la situación allí?

—No es nada buena.

—Lo de siempre, entonces.

El hombre bostezó.

—Cuatro muertos de tifus en la sala de espera principal desde ayer. Un vago ahogado con las mantas por sus compañeros cerca de los retretes.

En un cartel en la pared, un soldado con una túnica escarlata y una especie de casco de paño (que el artista había hecho parecido al jefe del Ejército) señalaba imperiosamente a todo recién llegado a la sala: «¿Te has alistado en el Ejército de Obreros y Campesinos?».

—¿Se alista la gente? —inquirió Danil.

—Se alistan. Sobre todo los jóvenes. En el ejército los alimentan. Y además les dan unas botas y un fusil.

La enorme plaza circular estaba prácticamente desierta. En el otro extremo, junto a las cúpulas bajas de una pequeña iglesia blanca, se abría la avenida central, recta, sin vehículos, fundida en las brumas de la lejanía... Vagabundos cubiertos de harapos merodeaban por el umbral de la estación arrastrando tras ellos pequeños trineos. La niebla sucia difuminaba los contornos de las cosas. Un trineo, atado a un caballo negro que dejaba ver sus costillas, esperaba. Danil vio salir de la estación, desdeñoso de la pobre chusma que lo rodeaba, a un marino bien vestido que llevaba un maletín de cuero rojo con un monograma de plata; una mujer iba cogida a su brazo, vestida con un abrigo de paño de ancho cuello de visón, pero con altas botas de fieltro y con un chal de lana alrededor de la cabeza como las campesinas. La pareja se abrió paso brutalmente a través de la multitud. Algunas mujeres flacas, gastadas hasta el alma, se volvían hacia ellos con mirada envidiosa. «¡Venga, arrogante, compañera de marineros, sabemos lo que eres!».

—¡*Ira, Iris, Odalisca!* —gritaba un niño que tiritaba envuelto en un viejo abrigo de soldado.

Sus oscuros dedos ofrecían a los transeúntes dos paquetes de cigarrillos y una pequeña caja de bombones. Cerca de él, una anciana rígida y esquelética, con un viejo sombrero trenzado y con las manos dentro de un manguito sin pelo, ofrecía tres terrones de azúcar en un pequeño plato.

—¿Cuánto, señora? —le preguntó Danil.

Ella contestó sin apartar la vista de las manos de Danil, ya que a veces los clientes intentaban robarle la tercera parte de la mercancía con un movimiento rápido.

—Cuarenta.

Danil siguió su camino, pero según se alejaba oyó al chaval decir a la vieja:

—Tía, abre tus ojos. No viste muchos hombres como ese marino en tus salones burgueses. Es Yegor, ¿sabes? El hombre que escapó.

Danil se volvió rápidamente. El trineo se deslizaba ya, llevando al marino y a su compañera. Ella miró un momento hacia Danil, y este vio que tenía largos ojos oblicuos bien formados y de mirada oscura, acariciadora y cálida como un rayo de sol que se filtra a través de la persiana cerrada. En medio de la plaza, sobre un enorme pedestal de granito rectangular, se hallaba un emperador macizo de la nuca a las botas, de espaldas y de barbas cuadradas, con la toca pesadamente atornillada sobre una frente bovina y con el puño en la cadera. Más derrengado que montado sobre un caballo formidable, que husmeaba sin inquietud un abismo, el emperador parecía contemplar un mundo para siempre obtuso. La pesadez de su poder implicaba una impotencia inconmensurable.

El tren de Moscú había llegado con cerca de seis horas de retraso. La tarde se acababa. Danil siguió la Avenida Nevski, que no había pisado desde hacía un año, desde el día de su arresto. «Ciudad del zar Pedro —pensaba—, “ventana abierta a Europa”, qué grandeza la tuya, y qué miseria, qué miseria...».

La nobleza y la grandeza todavía asomaban bajo los andrajos. Ropa tendida en las ventanas sucias en plena avenida central. Ventanas agujereadas para dejar pasar los tubos de las pequeñas estufas de hierro que escupían sobre las fachadas bocanadas de humo negruzco. Fachadas deterioradas, vidrieras de escaparates llenas de agujeros de bala y pegadas con tiras de papel, postigos desnudos, aparadores de relojeros que exhibían tres relojes, un viejo despertador, un péndulo de salón; tiendas incalificables; hierbas empaquetadas como té real, como si todavía quedasen gentes tan bobas como para dejarse engañar por esas etiquetas, tubos de sacarina, dudosos vinagres, polvos dentífricos (¡limpiaos bien los dientes, ciudadanos, puesto que no tenéis nada en que hincarlos!). Una alegre maldad se despertaba en Danil.

—¡Ah, qué han hecho de ti, ciudad del zar Pedro! ¡En tan poco tiempo!

Allí había estado el café italiano, el cuarteto Salzetti; a la derecha de la entrada, en el rincón de los espejos, con los ojos pintados bajo sombreros encantadores, habían sonreído las más bellas prostitutas; algunas hablaban francés con un acento gracioso, y hasta en la cama se hacían las parisinas... La mitad de las persianas metálicas estaban bajadas, la bella puerta blanca se había ennegrecido al contacto de las manos sucias. *El cuartel del Segundo Batallón Especial se traslada a la calle Karl Liebknecht. Cooperativa de consumo. Cuarto Comedor Infantil.*

Al empujar la puerta, Danil, en la penumbra que hedía a arenques, solo vio espejos rajados. Más lejos se abría la calle de las modistas: *Marie-Louise, Eliane, Madame Sylvie, Sélysette*, nombres aristocráticos sacados de novelas o motes de mujerzuelas... Había sido una calle encantadora, recorrida mañana y tarde por mujeres elegantes y hombres presumidos. Ahora, obstruida por altos montones de nieve, resultaba siniestra.

Allí había trabajado el orfebre Léger. ¿Por qué demonios habían metido incluso allí su Marx barbudo de yeso mohoso, fantasmal detrás de la vitrina medio helada? *Club de los Comités de Pobres del Primer Distrito*.

Ni un solo automóvil. ¡Y, sin embargo, qué hermosa ciudad todavía! El teatro Alexandra alzaba sus nobles columnatas. Finalmente, no habían derribado la gran silueta de la emperatriz Catalina, que, vestida de corte, sostenía un cetro; pero algún imbécil había escalado las figuras de bronce para colgar del cetro un trapo rojo, un trapo rojo ahora ennegrecido como la sangre vieja, el verdadero rojo de ellos.

La elegancia de una morena delgada vestida con jirones atrajo a Danil. Sus ojos eran de gacela triste; su voz, más vulgar que su aspecto.

—¿Cómo te llamas?

—Lyda.

Danil la tomó del brazo. Subieron por la devastada calle de las modistas hacia el cuartucho de la joven, en el quinto piso de una gran casa blanca. Había encajes envejecidos sobre los muebles. Retratos de jóvenes oficiales se apoyaban en frascos de colonia vacíos. Hacía meses que aquel hombre no había tenido entre sus brazos a una mujer con la ropa interior limpia, complaciente y bella, echada sobre una sábana bien estirada.

La estrecha cama de hierro con bolas doradas le hizo acordarse de otra cama semejante, pero que solo estaba cubierta con un colchón rosa muy sucio, reventado en varios lugares, en esa ciudad saqueada de los alrededores de Krasnodar, donde el hedor a descomposición brotaba de los sótanos cuidadosamente cerrados con tablones. Dunia, una pequeña cosaca de piel cálida y seca, se reunía con él allí, descalza, desnuda bajo su viejo sarafán^[17] rojo con flores azules. La ventana se abría sobre noches suaves en las que llovían estrellas fugaces. La frescura del salón de mármol, la vaga ansiedad de puertas echadas abajo. Las voces de los compañeros, que bebían no lejos de allí en una taberna georgiana, hacían llegar estrofas de canciones obscenas. Se trataba de las canciones que los escuadrones, borrachos, cantaban a veces a grito pelado cuando entraban al trote en las aldeas conquistadas cuyo silencio parecía el de un cementerio: *¿Quién nos pega la gonorrea? ¡La Serafita, la Se-ra-fi-ta!* («Todas mis águilas blancas están blenorragicas», decía un alegre coronel). En la mente de Danil, este recuerdo estaba ligado al sabor de la sandía fresca.

—¿Te molesta que no me quite los botones? —preguntó Lyda—. Fíjate el tiempo que lleva desatarlos.

Danil dijo que *no* con la cabeza, distraídamente. Otras imágenes, emergiendo desde lejos, llenas de fango, más pesadas que piedras, afluían en su conciencia. Ni siquiera el frenesí de los minutos siguientes logró disiparlas. Lyda vio cómo caía sobre ella un terrible rostro joven, ausente, cerrado por una convulsión interior. Tuvo miedo. Por fin, el gran cuerpo masculino, vaciado, con el olor animal en las axilas, se hundió junto a ella. Pero ninguna paz había regresado a ese rostro.

—¿De dónde vienes? —preguntó ella para romper el silencio.

—Del sur.

Habló en fragmentos, poco a poco, con vaguedad. Nosotros. Ellos. ¿Quiénes, los blancos, los rojos?

—En la guerra todos son iguales: bestias. Escucha esto. Un recuerdo espantoso: capturaron a un hombre que se había escondido en un cuarto secreto oculto entre dos paredes. Uno del Comité, ¿entiendes? Lo ataron a un poste, en la plaza. La muchedumbre observaba, en calma, como él, creyendo que iba a ser fusilado. Pasaron una cuerda gruesa alrededor de su frente; luego, por detrás, la apretaron suavemente como un tornillo, con la ayuda de un mango de hacha. Solo entonces el hombre comprendió; en un impulso desesperado, estuvo a punto de romper sus ligaduras; su cuello se tensó y se puso azul con el esfuerzo. La cuerda ceñía de manera horrible su frente. «Más despacio», gritó el gordo Shutko, bien firme en su montura a pesar de estar borracho. Un tipo curioso ese Shutko, capaz de sentarse perfectamente sobre el caballo cuando no hubiera podido mantenerse en pie... El cráneo estalló como una nuez, la cuerda se puso roja, el cuerpo se desplomó entre sus ligaduras, como un saco. ¡Qué vocerío se levantó en la plaza! La gente huía, los largos gritos penetrantes de las mujeres enloquecían a los caballos... («Mi caballo...»).

—¿Tú estabas allí?

Lyda se acordó de que estaba desnuda, desnuda delante de un hombre que había visto esas cosas, y de que las huellas de los brazos y de los labios de ese hombre y la semilla de su carne estaban sobre ella, en ella; de repente se sentía manchada de sangre, de sesos, de fluidos corporales: una revulsión física vertiginosa. Tiró bruscamente de su abrigo y se cubrió con él, estremecida, con los ojos muy abiertos, ya no castaños sino negros.

Si, en el tercer rellano de esa escalera, al otro lado de la puerta, apareciesen de pronto los abrigos de cuero («¡Sus papeles!», «¡arriba las manos!», o lo que digan en esos casos), todo se habría terminado irremediablemente. Todo. Cada paso posterior sería un paso hacia... ¿Hacia qué? Si no eres capaz de afrontarlo, no sirves para nada. Seguramente, hacia el extremo de un revólver sostenido por un puño monstruoso, en un sótano espantosamente alumbrado, donde se entra desnudo, agitado por un último temblor. Porque *ellos* han inventado eso: el desnudamiento. No tienen vergüenza. No dudan en cometer cualquier infamia. Bueno, las ropas son valiosas, sin duda. ¿Acaso nuestras ejecuciones con sable junto a fosas de dos pies de profundidad, cavadas por prisioneros tambaleantes, son menos abominables? Lo son. Nuestras balas son preciosas. Los sables relucientes al sol recuerdan a las masacres de la Antigüedad... ¿Y qué pasa si no brilla el sol, bocazas? Danil seguía discutiendo consigo mismo delante de la puerta que iba a abrirse irrevocablemente sobre su destino: el final de la aventura o el final de todo.

Los ritos siguieron con sencillez. Preguntar por el camarada Valerián: bigote de estilo americano, nariz carnosa, cabello muy corto. Decir «Vengo de parte de Prógor». Una vez dentro, añadir: «Permítame encender un cigarrillo», y, al sacar los cigarrillos, dejar caer sobre la mesa una bola de papel de periódico. Esperar.

Valerián empujó descuidadamente la bola hacia un cenicero, que acto seguido se llevó con él al cuarto de al lado. Luego reapareció sonriente, tras haber pegado los dos fragmentos de un titular de diario.

—¿Es verdad que Kazán ha sido tomada?

Parecía probable. En la bolsa de valores clandestina, la cotización de las acciones estaba en alza desde la caída de Perm y la derrota de los consejos obreros de Baviera. El rumor del asesinato de Lenin, seguido de un desmentido, había enriquecido recientemente a algunos operadores astutos.

Las acciones de las sociedades anónimas, a pesar de haber caído en el triple anonimato de la ilegalidad, la emigración y la muerte en las mazmorras, seguían representando el valor de las fábricas nacionalizadas, las existencias saqueadas hacía mucho tiempo y los capitales fantasmas. Ante cualquier rumor, algunos jugadores, que tenían menos que perder que quienes se suicidan en los alrededores de los casinos, apostaban por la guerra civil.

Una idea atravesó el pensamiento de Danil como una cuchillada. «Nosotros vertemos la sangre y esta gente especula sobre cada batalla, sobre los fusilamientos y los ahorcamientos, sobre...». Y, dado que necesitaba responderse a sí mismo continuamente, acabó su pensamiento: «pero ni siquiera saben especular, saquean».

Ofreció su informe a los tres: a Valerián, al profesor y a Nikita. El samovar ronroneaba encima de la mesa, que había sido servida como si se tratase de una ceremonia.

—¿Cuántos trenes blindados dice usted? —volvió a preguntar el profesor, un poco sordo, con anteojos de oro y espeso perfil de macho cabrío envejecido. ¿Era posible que ese burócrata asmático fuese uno de los líderes aquí del movimiento liberador?

—¿Cuántos aviones dice usted?

¿Acaso no preguntaba únicamente para dar la impresión de que comprendía? Las preguntas podían denunciar una inconsciencia infantil. ¿Qué importancia atribuir a esas cifras inciertas? Hacía un momento, el profesor había dicho con tono de desprecio: «los judíos...».

Nikita, de barba rasurada, frente lisa y ojos de porcelana, fumaba mientras tomaba notas. Los tres hablaron poco, pero Danil averiguó mucho. Un regimiento estonio se había pasado a los blancos. La flotilla del lago Peipus también. Y pronto se darían otros grandes golpes: una fortaleza (otra más), un regimiento, un acorazado... Valerián examinaba antiguos mapas de ferrocarril, en los que ríos tan azules como la tinta fresca y rectas vías férreas destacaban sobre el fondo blanco.

Entonces, por la forma en que el profesor inclinó sobre Rusia su rostro de madera

con la barbilla prematuramente despegada y la nariz afilada, Danil descubrió en él una viejísima fuerza oculta que debía de hacerlo valioso para los demás. Comprendió que las cifras se ordenaban en su pensamiento del mismo modo que los cristales se forman alrededor de un primer cristal. Para ese hombre no existía la duda, la vacilación, no había error posible. Ningún sofisma haría mella en él. Ninguna verdad que no fuese la suya. «Si yo le gritara —pensó Danil—: “¡Mire lo que ellos hacen, mire lo que nosotros mismos hacemos! ¡Esto es lo que yo he visto: he visto a un hombre con el cráneo reventado por una cuerda! ¡Ese suplicio no había sido reeditado desde 1650! ¿En serio cree que somos mejores que ellos?”, entonces él simplemente contestaría con un tono absolutamente neutro: “Señor subteniente, creo que a su guerrera le falta un botón. Vigile su atuendo”. Y eso sería más aplastante que cualquier réplica vehemente...».

—Están en las últimas —concluyó el profesor—. Sin pan. Sin metales. Sin combustibles. Sin tejidos. Sin medicamentos. En el norte, los americanos, los ingleses, los serbios, los italianos. Aquí, los finlandeses, los estonios, los blancos. En el este, el jefe supremo. En el oeste, los polacos. En el sur, los blancos. Nosotros estamos en todas partes: en el ejército, en la flota, en las universidades, en los consejos, en las cooperativas. Contra nosotros, las potencias. Con nosotros, el pueblo, todos aquellos que no son la escoria de las masas incultas. Nosotros, la única esperanza.

Danil seguía pensando: «¡Nacionalizan las mercerías! ¡Hay que hacer cola durante diecisiete horas en cuatro lugares distintos para conseguir el séptimo y último papel: un bono por cuatro carretes de hilo! Y cuando llegas al almacén ya no hay hilo, porque lo que quedaba ha sido robado durante la noche, ¡ja, ja, ja! ¿Sabe por qué establecieron la gratuidad del correo? ¡Porque la impresión de los sellos salía demasiado cara! Establecieron un programa de alimentación gratuita para los niños, ¡pero los pequeños ataúdes se cotizan al alza y hay colas en el cementerio! ¡Y cómo nos copian! En las trincheras, los soldados ya no saludan a los superiores diciendo “señor”, sino que, palabra de honor, gritan todos con la misma voz: “¡Al servicio de la Revolución!”. ¡Dichosa Revolución! Todas las noches grupos de hombres desertan y huyen hacia el enemigo, que tiene pan».

La conversación se había animado. El profesor explicaba a Nikita que cuando el orden fuese restablecido los juristas afrontarían un problema arduo. ¿Qué ley aplicar a los cabecillas? Crímenes contra el derecho común, sacrilegios, tienen que responder por todo; pero el ejercicio del poder ha creado una situación jurídica nueva. La usurpación...

Valerían se echó a reír:

—¡La ley marcial, por Dios! El menor número posible de trámites.

El profesor, levantando su rostro de madera, a ambos lados del cual sus anteojos multiplicaban los reflejos geométricos, negó con la cabeza.

—El Estado descansa sobre la noción de derecho. Los sacrílegos, los regicidas y

los parricidas tienen derecho a la garantía de las leyes. Según la ley romana...

Nikita pensó en los bosques. El año pasado había caminado durante cinco semanas por los bosques del Dviná, siguiendo a veces el rastro en la nieve fresca de grandes osos hambrientos, escuchando al crepúsculo el aullido de los lobos, guareciéndose bajo los abetos en medio de un frío terrible, haciendo de una hoguera una fiesta (una fiesta peligrosa, porque el fuego podía atraer al hombre), aprendiendo a devorar la carne cruda de los lobos y los cuervos. El silencio del bosque era tan grande que parecía cubrir la tierra entera, borrar todo recuerdo; los abetos envueltos por las primeras nieves eran, según la hora y la luz, blancos, irisados, azules, sombríos, más sombríos que la noche. Aleteos, gritos de animales indistintos, caídas de ramas rotas, respiraciones que se eternizaban un instante y se desvanecían dejando en el alma del hombre una huella nítida y frágil, como la huella en la nieve de un viejo lobo flaco que había pasado un momento antes, hambriento, con la lengua colgante, los colmillos acerados, siguiendo también él su misterioso camino a través de los bosques, del frío, hacia su presa o hacia la muerte. Sobre ese rastro se inclinaba, atento, el hombre que conocía la trigonometría y que en los claros del bosque recitaba de memoria los poemas de André Chénier. El decimoséptimo día, en medio de una helada mortal, cuando ya solo le quedaban siete cartuchos, Nikita vio a lo lejos líneas de humo que se alzaban sobre cabañas grises que parecían verrugas de la tierra rusa. Entonces, con paso precipitado, dio media vuelta y comenzó a desandar el camino a través de las nieves profundas y blandas donde los esquís se hundían. Mejor tumbarse solo bajo uno de esos viejos abetos piramidales, todos cubiertos de diamantes cuando los tocaba un rayo de luna, y morir allí en paz, de lento agotamiento, ¡mejor ese fin que el encuentro con el hombre! Pero, sin poder evitarlo, dio con un hombre, y fue un encuentro afortunado: de manera inexplicable, se encontraron frente a frente, en pleno bosque, dos fusiles, dos instintos desconfiados vencidos por la sorpresa, olfateándose a veinte metros de distancia como dos bestias del bosque. El otro era un viejo guardabosques olvidado que no sabía nada de la guerra, nada de la Revolución, nada de la muerte del zar, nada de nada. Todos los veranos viajaba cien verstas hacia el noroeste, a un pueblo de Syzran, a buscar pólvora, aguardiente y fósforos. A su vuelta, a solas como siempre con la criatura silenciosa que dormía al fondo de su cabaña, bebía durante días. En esos momentos hablaba en voz alta, diciendo palabras sin ilación, soñando cosas, probando a cantar pero sin recordar más que las primeras palabras de una oración («Padre nuestro que estás en los cielos») y fragmentos una triste canción carcelera («Abridme la puerta del calabozo...»). También la criatura, con el alma caldeada por el alcohol, se ponía a canturrear en su lengua komi lentas canciones de cuna. Entonces se quedaban dormidos, acurrucados juntos sobre la tierra batida. La puerta de la cabaña quedaba abierta a la inmensidad verde. Algunos pájaros entraban dando pequeños brincos. Ardillas pelirrojas, adornadas de colas magníficas, venían a mirar con sus ojillos chispeantes el extraño sueño desarmado de dos seres humanos. Aquel hombre vivía

así, sin nombre, sin edad, desde hacía años. Apenas sabía ya hablar. Ignoraba lo que era un periódico. Le impresionó tanto la visión del mechero de Nikita que este por un momento temió que, mientras se deslizaban el uno detrás del otro en sus esquís, el hombre lo matase por la espalda para quitarle el objeto maravilloso que hacía nacer el fuego con un movimiento del dedo. Pero aquel solitario había vivido demasiado tiempo lejos de los hombres como para pensar todavía en golpear a un semejante. Amaestraba ardillas. En las tardes cálidas experimentaba una gran alegría jugueteando con esos animalillos inteligentes, «tan inteligentes», decía, que gracias a ellos conservaba la noción de la inteligencia. Gracias a él, Nikita supo que se había equivocado de camino. Cnenkursk, el puesto avanzado británico, estaba todavía a veinte días de marcha, hacia allá, hacia aquellas constelaciones, y siguiendo luego el río: «Tenga cuidado con los osos...». En esos bosques era necesario orientarse con el sextante, como en pleno mar. Nikita desanduvo el camino. Ahora ya no sabía si aquello había sido una pesadilla o una inigualable ráfaga de luz en su vida.

Yegor, echado sobre el vientre a lo ancho de la gran cama, observaba a Danil, que, enfrente de él, estaba sentado a horcajadas en una silla. Yegor llevaba una camisa azul, ceñida en la cintura por un cordón de seda, y largos pantalones de marino. Sus pies, calzados con unas babuchas de cuero rojo, golpeaban rítmicamente una almohada. Su cabeza parecía enorme. Tenía nariz de camorrista, boca grande y una frente alta, coronada de mechones rubios. Una especie de embriaguez, que no era sin embargo tal cosa, sino más bien una inestabilidad interior preñada de tormentas a punto de estallar, se estancaba en su mirada, en el pliegue acentuado de su boca, en las pulsaciones rápidas de las venas de su cuello.

Viendo aquella expresión de jugador experimentado a punto de hacer su apuesta, Danil sintió que se acercaba un oscuro peligro. Había venido a pedirle a ese bandido armas, municiones y dinero para los verdes^[18] refugiados en los bosques.

—Tus verdes —dijo por fin, pesadamente, Yegor— son demasiado verdes. ¿Entendido?

Unos candelabros dorados, colocados sobre el piano, lanzaban por la habitación la luz azafranada de doce velas. Algunas cajas de conservas abrían la boca sobre la mesa de madera blanca. Había pan negro, restos de pescado seco extendidos sobre periódicos arrugados, cajetillas de cigarrillos y pequeños vasos de cristal adornados con hojas de vid. El suelo estaba plagado de colillas. Unos fusiles se apoyaban en una butaca en la que serpenteaba una larga media de seda negra. Sobre la chimenea de mármol blanco había una palangana llena de agua. Las ventanas, cerradas con tablas en el exterior, y cubiertas de tapices de Bujará en el interior, no dejaban ver si era de noche o de día. Desde afuera la gran casa muerta debía de parecer abandonada. Los sellos rojos de la Checa cubrían las puertas. Solo se podía entrar allí atravesando patios desiertos y de mala fama o por la apertura secreta de la pared de la casa vecina.

—No —dijo Danil—. Usted...

Yegor miró al vacío. Sus pies golpearon con más fuerza la almohada. Buscaba

una idea del mismo modo en que, en una pelea, habría buscado un proyectil, ya fuese un vaso, un tintero o un cuchillo. Con una voz cambiada, llamó: «¡Shura!».

Silenciosamente, apareció al pie de la cama una mujer ataviada con un largo vestido turkmeno de seda, de anchas rayas rojas y azules.

—¿Qué?

—Descálzame. Pronto.

Siguió golpeando nerviosamente con un pie el tapiz que cubría la cama, mientras ella, en un silencio pesado, le quitaba las babuchas y los calcetines de seda. Un pie desnudo, rojo, de uñas aplanadas, se hundió en la almohada. Yegor refrenó sus ojos. Danil sentía un extraño frío.

—¿Qué más? —preguntó Shura, ignorando al parecer la presencia de otro hombre a tres pasos de ella. Tenía un rostro compacto y ancho a la altura de los pómulos, los ojos estirados hacia las sienes, los labios espesos y pintados de forma que el carmín hacía pensar en un grito aplastado contra esa boca. Cabellos negros estirados a ambos lados de la frente, brazos desnudos. Era de Asia.

—Coñac.

Él bebió de un trago el licor.

—¿Qué más?

—Siéntate ahí.

Sentada al borde de la cama, miró tranquilamente a Danil. Yegor agarró la rodilla de la mujer con una mano cerrada como una tenaza.

—¿Ves cómo agarro esta rodilla? —le dijo a Danil—. Así he tenido ganas de agarrarte a ti por el cuello. Me habrías descalzado, me habrías traído de beber y, si te hubiese escupido en la cara, te habrías limpiado sin decir nada. Los hay que incluso sonríen cuando les hago eso. ¡Bueno! Recuerda que Yegor está de buen humor esta noche. Has escogido bien el momento para venir a mentirle a la cara. Sé lo que valen tus verdes. Que se vayan al infierno, y tú con ellos. Ahora bebamos. Sírvenos, Shura. Esos vasos no...

Un pequeño vaso de cristal fue a romperse en algún sitio sobre el piso. Shura echó el coñac en vasos de té. De perfil ella tenía una forma extrañamente atigrada, con un brazo desnudo, liso y moreno y una frente china bajo trenzas intensamente negras.

—¡Bebe también! —le dijo Yegor.

Bebió lentamente, con el codo levantado, como los carreteros en las tabernas. Una media sonrisa ambigua arrugó su rostro. En sus pupilas, Danil vio cálidas chispas doradas. Tal vez no eran más que el reflejo de las velas. Yegor reanudó su monólogo:

—¿Qué hacían tus verdes mientras yo tomaba el Palacio de Invierno? Quizás fui el primero en entrar, con la culata por delante. La marca de mi fusil todavía se puede ver en la pared. Fusilé a Pablo I en efígie. Aún puedes ver los agujeros en sus calzones blancos. Ahí es donde apunto yo. ¿No te gusta?

—Me da igual.

—Ah, vale. Pues tomé Pavlogrado, yo, ¿me oyes?

La ira sorda que se acumulaba en su interior se apagó instantáneamente, barrida por una especie de ternura alegre.

—¿Cómo te llamas? ¿Danil? Escucha, Danil, yo incendié la cárcel de Pavlogrado. Fue un verdadero placer... Eh, Shura, ¿recuerdas aquel trabajo nocturno en la plaza durante el mes de diciembre? Aquello también estuvo bien.

En una de aquellas noches de diciembre, su alegre banda fue a una enorme plaza bordeada por una medialuna de edificios cuyas ventanas hacían pensar en ojos apagados. Allí, el arco del cuartel general del ejército, coronado por un carro de cuatro caballos, se abría, como una puerta triunfal, a una oscuridad más profunda. La brisa arrastraba la nieve que, de pronto, se puso a brillar, suspendida en los límites de la visibilidad, cuando el ancho rayo rectilíneo de un reflector se alzó sobre el Palacio de Invierno. Aquella inmensa espada luminosa hendía inútilmente el cielo polar. Al fondo de la plaza, el antiguo Ministerio de Asuntos Exteriores se doblaba hacia el puente como un decorado de cartón. La banda se dirigió al pie de la alta comuna de granito erigida en memoria de una batalla olvidada, para serrar unas rejas de bronce. Ciertos compradores las pagaban bien. ¡Un material excelente! Yegor pensó en robar también los cañones turcos plantados boca abajo en las esquinas, pero no ofrecían casi nada por ellos. Las ventanas de la milicia brillaban a cien metros. Había allí algunos buenos amigos. Yegor bostezó.

—Danil, puedes ir a decir a los tuyos que Yegor los manda a la mierda. Yegor está con la Revolución, no con la de los comisarios, sino con la suya propia, a la cual todavía le esperan buenos días y buenas noches. Sírvele otro vaso, Shura, y que se vaya al diablo.

Danil se fue. Shura lo precedía, llevando un candelabro. Enormes sombras danzaban silenciosamente alrededor de ellos. La joven acercó la luz a sus labios, cuyo rojo irritante era como un grito. La llama se apagó, y el frío nocturno sopló en el súbito resplandor de la luz estelar.

—¡Qué estrellas! —dijo Danil a su pesar.

—¡Qué estrellas! —murmuraron tras él los labios irritantes que acababan de desaparecer.

El sonido de los acordes tempestuosos de un piano estalló en alguna parte, como si se tratase de una sinfonía subterránea.

Yegor iba de un lado a otro de la habitación con un ligero balanceo de caderas, gesticulando. Dijo en voz alta:

—Sí, sí, sí... tomé Pavlogrado, sí. Prendí fuego a la prisión. Un pequeño gato pardo quedó atrapado en la oficina de los archivos, y Brik y yo nos lanzamos a la escalera llena de humo y sacamos de las llamas a aquel pobre animalito, sí. Y luego trabajé toda una mañana detrás de la tapia blanca de una pequeña estación (pero ¡qué

estación!, ¿qué estación?) fusilando a los oficiales que se habían rendido la noche anterior. Qué cansados estábamos al terminar. Después tuve que cruzar el Dniéper anado. Mataron a Brik. ¿Cómo se llamaba ese viejo y simpático *mujik* que me secó, me vistió, me dio de comer y me escondió? Tenía un nombre cómico, un nombre de yegua... Hicimos chocar dos locomotoras para obstruir las vías del tren. Eso fue en Matveevka, sí. ¡Qué magnífico aquel choque de las dos máquinas, la velocidad, el impulso, la fuerza, las calderas aullantes y aquella explosión negra, roja, blanca! Salté de la cabina justo a tiempo, sí. ¡En el segundo preciso! Sentí el aliento caliente de la explosión en mi espalda, sí, sí. Casi tuve ganas de quedarme... ¡Yo, yo, nosotros, sí, sí, sí!

De pronto pensó: «Si te llegan a coger en ese momento, tendrías una bala en la nuca y todo habría terminado, Yegor».

Gritó en medio de un largo bostezo, el bostezo de un animal enjaulado:

—Shura, me aburro...

Abrió el piano de forma casi inconsciente. Su cabeza estaba a punto de explotar, estaba llena de cosas. ¿Cómo decirlas, cómo callarlas? ¿Qué gritar, qué romper? Golpeó el teclado con ambas manos, buscando las notas profundas y retumbantes, y desencadenó acordes salvajes, todo un estruendo de batalla, una tormenta fantástica, mezclada con cantos inarticulados, con delirios y sollozos.

Con el paso seguro de un borracho, Yegor siguió el largo y oscuro corredor hasta el final, hasta la habitación de las mujeres («la Subsección de las Zorras»). Por la puerta entreabierta se filtraban susurros.

—¿Has oído? —preguntó Dunia-la-Víbora.

Katka-Pequeña-Manzana suspiró:

—Sí, es Yegor, que pierde los estribos. Me da lástima, mucha lástima...

Seguramente las tres mujeres estaban acucilladas, como de costumbre, sobre cojines alrededor de la estufa. Entre las dos jóvenes, Mania-la-Vieja, con sus largas manos arrugadas, jugaba al solitario bajo la vela. Mania, con su hedor a vejez y sus párpados de lagarto centenario, aferrada a la vida. ¿Para qué seguir viviendo, bruja? Yegor deseaba agarrar con ambas manos esa vida llena de fuerza roja, retorcerla como un trapo inútil y tirársela a la cara a... ¿ja la cara a quién!? ¡Mierda!

La respuesta de Mania-la-Vieja se filtró por la puerta del cuarto junto con un vago resplandor rojizo:

—No te preocupes por él, Katka. Los hombres son todos unos cerdos. Escúpele. Y además tiene a su Shura. Peor para ella. Dios se apiade de esa mujer.

Yegor sonrió, relajado, con los omóplatos pegados contra la pared, el cuerpo pesado.

—Mania —prosiguió Dunia-la-Víbora—, cuéntanos más cosas de Niza...

—¿Otra vez? Eran otros tiempos, hijitas, los buenos tiempos... Pero ahora nos las

arreglamos, ¿no es cierto? ¿Saben lo que hace Tata? Con su nariz rota y su voz de zapatilla vieja, no puede acostarse con los comisarios. Pero ha descubierto un truco. Le quita la ropa a los críos. «Muchacho, muchacho, ven que te enseñe una cosa muy interesante...». Agarra al crío por la mano, con mucha amabilidad, lo lleva a un corredor, le da dos bofetadas en su carita y recoge el abrigo, el sombrero, los guantes. Y un día redondo para Tata...

—Me da asco —respondió Katka—, pobres criaturas.

—En los tiempos que corren, van a palmar de todas formas —dijo suavemente Mania.

—Y, además —aventuró Dunia-la-Víbora—, si son críos de burgueses, les está bien empleado.

—Cállate, babosa, que parece que eres del Departamento para la Agitación y la Propaganda. ¿Has visto esa casa grande que están construyendo al borde del canal? Toda una pandilla de chavales está escondida allí, con Olenka-la-Fugitiva como jefa, ¿qué te parece? Ay, hijitas, esa es alguien, y eso que tan solo tiene trece años; un aire de corderita, dulce, bien educada y todo lo que quieras, pero astuta. Seguramente fue ella la que mató al niño del Mercado de Avenas. ¿Sabéis lo que han inventado? Agarran a los gatos, se los zampan y venden las pieles a los chinos... También roban los cepillos de las iglesias, y las cartillas de racionamiento a la gente en las colas...

—Háblanos de Niza, dulce Mania, háblanos de Niza —suplicó Dunia.

Yegor se alejó sin hacer ruido, con la cabeza baja.

Stásik llegó muy tarde. Cristales de hielo se pegaban a su barba naciente y el frío había puesto tieso su viejo abrigo de soldado. Se sentó frente a Yegor, y ambos bebieron coñac y té. Stásik traía los últimos números de *Tocsin*, publicados en una ciudad de Ucrania por la que había pasado cantando un ejército motorizado (en cada coche una ametralladora y un acordeón) que portaba banderas negras.^[19] Yegor echó un ojo a un titular: *Resoluciones de la Conferencia Extraordinaria de la Confederación...*

¡Más resoluciones, más organizaciones, más conferencias, incluso bajo esas banderas de medianoche! Yegor bebió y, de un modo extraño, ese trago de alcohol abrasador pareció desembriagarlo al mismo tiempo que lo emborrachaba por completo.

—Esconde tus gacetas, Stásik —dijo—, no quiero verlas. Yo no soy un creyente. Yo solo sé una cosa: las nieves derretidas, las aguas de los manantiales, los ríos crecidos con bloques de hielo duros como granito, los perros muertos, la basura del año pasado, las viejas bromas... es una inundación, ¿entiendes?, todos rodamos hacia el mar, ¡y qué bello es dejarse llevar y llevarse todo por delante! Yo soy un bloque de hielo. Tengo que tumbar los arcos de los puentes, tengo que oír cómo suena el casco de las barcas bajo mis golpes.

—¿Y después? —preguntó Stásik.

—Me importa una mierda lo que venga después. Guarda tus gacetas, Stásik, no creo en ellas.

Tomó otro trago.

—Me aburro, Stásik. ¿Tú sí crees?

—¿En qué?

—En lo que dices.

Yegor sentía su pesada cabeza a punto de caerse. La sostenía con las dos manos. ¿No iría a caerse de todas formas, a rodar por el piso, rebotar como una gran pelota de fútbol y golpear con la frente el teclado blanco y negro para desencadenar en él tormentas y perderse en ellas? Stásik, tieso, blanco y negro como las teclas del piano (piel blanca y barba negra), no estaba borracho. Con las dos manos apoyadas en la mesa, esas manos tan nítidas en medio del desorden general, contestó con palabras tan bruscas como hechos:

—Tienes el cerebro de un niño en un cráneo de atleta, Yegor. *Creer* es una palabra vieja, Yegor. Yo sé. Sé que los hombres serán libres sobre la tierra libre. Sé que nos matarán mucho antes. Sé que nos olvidarán. Sé que el porvenir será magnífico. Sé que hay que empezar.

—Sí, sí —gritó Yegor—, tienes razón. Yo también creo, Stásik.

Se echó a reír.

—Con tal de que nos maten antes. ¿Estás seguro de ello?

—Estoy seguro —respondió gravemente Stásik.

Yegor creyó que su frente chocaba con el teclado. Una tormenta espléndida tronó a su alrededor. Sonreía, extasiado, ante una inmensa certeza. Era como contemplar el sol de julio en el Báltico, estallando a través de las nubes y vertiendo sobre el mar raudales de luz. Certeza. Buscaba algo en ese caos, al igual que, ante aquel paisaje marino, había buscado en su memoria un nombre de mujer casi olvidado.

—Stásik, ¿quieres dinero para la organización? Toma.

El dinero estaba en el cajón de la mesa. Se había derramado té sobre los fajos de billetes, que estaban mezclados con postales obscenas. Stásik se puso a ordenar metódicamente los billetes secos.

Danil se alojaba en casa del profesor Lytaev, en un cuarto de criada. Por las noches, antes de dormirse, leía las cartas de amor que una morena había dejado en el cajón de la mesilla. Las había formales, escritas sobre papel decorado en la esquina superior con flores coloreadas: «Señorita Agraféna Prójorovna, permita usted a su muy humilde servidor...». Y aquello terminaba con una invitación alambicada a una fiesta de cumpleaños. «Con respeto, su sincero y eterno admirador...». La caligrafía era la de uno de esos escribientes públicos que tenían sus puestos en los alrededores de los mercados.

Como siempre que regresaba temprano, Danil encontró a dos ancianos absortos en su meditación hablada ante una ventana todavía lechosa. El té tomaba en los vasos un tinte de vino. Vadim Mijáilovich Lytaev decía:

—La montura de Pedro ha recobrado su impulso. Rusia vuelve a comenzar su Revolución. Después de Pedro, recae poco a poco en su pasado. Los zares no toman de Occidente más que uniformes y dinero: detrás de su decorado subsiste la vieja tierra rusa, creyente y encorvada bajo el yugo, haciendo flotar sus grandes balsas sobre el Volga con las mismas canciones que en el siglo XVI, arrastrando todavía en los campos el arado de madera, construyendo las casas como hace mil años, emborrachándose como entonces, celebrando cristianamente fiestas paganas durante la Pascua, gustando de las mujeres gordas y pintarrajeadas a las que se apalea de vez en cuando, deportando o emparedando a los herejes... Este viejo país todavía sigue ahí, en el fondo, bajo la delgada capa de lava ardiente.

El historiador Platón Nikoláievich respondió:

—Es verdad. Y la lava se enfriará. Y cuando la lava se haya enfriado, la vieja tierra, por su sola fermentación, hará que salte la delgada capa de cenizas y que broten de nuevo a la luz del día sus viejas hierbas eternamente jóvenes. Las cenizas son buen abono. Después de cada era de perturbaciones, Rusia comienza a vivir de nuevo según su ley interior, como las plantas que regresan después de una tormenta.

Este país, «donde Cristo ha hollado cada pedazo de tierra», cura sus llagas y prosigue su misión, que no es ni la de Occidente ni la de Oriente, sino la suya propia. Incluso durante esas perturbaciones, que se parecen de un siglo a otro, la vieja Rusia sigue fiel a su ley...

—¡Platón Nikoláievich! Este año, mientras Lenin hablaba en las asambleas, quemaron viva a una bruja a ciento dieciocho verstas de Moscú. A doscientas treinta verstas, para proteger a un pueblo de una epidemia, unas cuantas vírgenes desnudas fueron atadas a un arado, según una costumbre que se remonta quizás a los escitas, y trazaron un surco alrededor de los campos y de las moradas. Somos el Asia más tenebrosa, que solo puede ser sacada de sí misma con un puño de hierro. Pedro es el modelo y el precursor de la Revolución. Recuerde: «Todo se hace bajo coerción». Él fundo industrias, ministerios, un ejército, una flota, una capital y unas costumbres a golpe de decretos y ejecuciones. Dio la orden de cortar las barbas, de vestirse a la europea, de abrir en los pantanos de Ingria esa ventana hacia Europa. La tierra estaba desnuda, pero él dijo: «Aquí se levantará una ciudad». Apaleaba a sus cortesanos, se emborrachaba como un soldado, terminó su vida sumido en la sospecha, la duda y la angustia, oliendo la traición en todas partes (y estaba en todas partes, como hoy), no fiándose ya más que de su gran inquisidor, pensando incluso en arremeter contra la emperatriz. Y tenía razón. Dejó un país despoblado en muchos lugares, un país que sangraba y gemía bajo el esfuerzo, pero ¡construyó San Petersburgo! Y sigue siendo el Grande, el más grande, porque persiguió al viejo hombre ruso hasta en su propio hijo, porque agarró a este viejo país pasivo, ignorante y sucio, y lo enderezó hacia el porvenir al igual que se endereza un caballo con el bocado y las espuelas. Oigo en los decretos de hoy un eco de sus ordenanzas. Todo eso podría incluso expresarse en términos marxistas: el surgimiento de nuevas clases.

Platón Nikoláievich se parecía a Lytaev por su inmovilidad y por una multitud de contrastes: su rostro estaba tan lleno como afilado el del otro, su fe era tan sólida como ansiosa la otra. Y es que el molde de un rostro se parece a dicho rostro porque reproduce al revés sus armonías. Platón Nikoláievich contestaba lentamente, porque hablaban entre sí sobre todo para afirmar un pensamiento vivo que, no esperando nada de los hombres, experimentaba sin embargo la necesidad de la efímera expresión.

—No, Vadim Mijáilovich, al igual que las gentes del Kremlin, Pedro no es más que un accidente (tal vez necesario) en la historia de Rusia. Es Alexis^[20] quien tiene razón contra Pedro, como el Cristo crucificado tiene eternamente razón contra el Anticristo eternamente derrotado. Pedro solo es grande en la medida en que, a su pesar, se convierte en el instrumento de una causa que no es la suya, pues renueva las razones para vivir de la vieja Rusia a la que ataca. Este tiempo de perturbaciones terminará. Los eslavos del sur, que han permanecido más sanos, más cerca de la tierra, traerán de nuevo el orden y la unidad a las ciudades enfermas. Atravesamos una especie de Edad Media y renaceremos. Y una vez más llevaremos la luz a

Occidente.

—La cuestión será decidida por la espada —dijo Danil.

—No. Por el espíritu.

La respuesta provino del pensamiento común de ambos historiadores, así que no supieron bien cuál de los dos había contestado.

—Pero ¿qué es el espíritu sin la espada?

—¿Y qué es la espada sin el espíritu?

Danil vio en los ojos de los dos eruditos la misma ironía indulgente. Miró los libros alineados en la biblioteca, los viejos libros llenos de hechos, de ideas, de cosas tan inútiles cuando se trata de pan, de piojos, de sangre. Algunos manuscritos dormían en un escritorio de caoba: la historia, esa vil mentira de los académicos donde no se encuentra ya, bajo las líneas impresas, ni una gota de la sangre vertida, donde no queda nada de la pasión, el dolor, el miedo y la violencia de los hombres. Danil experimentó una especie de odio hacia esos dos viejos mandarines que conocían tantas fechas y teorías, pero que no tenían la menor idea del hedor de un pueblo saqueado o del aspecto de un vientre abierto, lleno de gruesas moscas verdes y rodeado de amapolas.

—Dostoyevski... —empezó Platón Nikoláievich.

Danil lo interrumpió:

—Yo no lo leo. No tengo tiempo, comprende. Los Karamázov se dedicaban a la casuística con sus bellas almas; nosotros estamos tallando la carne viva, y la bella alma nos importa una mierda. Lo serio es comer, dormir, que no te maten y matar bien. Ahí se halla la verdad. La cuestión ya ha sido decidida por la espada y el espíritu. Una espada más fuerte que la nuestra, un espíritu que no comprendemos. Y no necesitamos comprender para morir. Moriremos todos junto con estos libros, estas ideas. Todos, Dostoyevski y los demás, precisamente quizás por culpa de estos libros, de estas ideas, de Dostoyevski, de los escrúpulos y de las matanzas incompletas. Y la Tierra seguirá dando vueltas. Eso es todo. Buenas noches.

Los días se alargaron anunciando noches blancas. La nieve se derretía en las estepas y dejaba al descubierto trechos de tierra negra con puntiagudas yerbas amarillas. Arroyos que cantaban como los pájaros corrían en todas direcciones. Relucían en cada pliegue de la tierra. Los ríos crecidos reflejaban cielos puros, de un azul todavía frío. Se oían risas dispersas en los bosques, entre los frágiles troncos blancos de los abedules. Motas plateadas carentes de brillo flotaban en el aire. Los primeros días cálidos dejaban sentir su caricia, los peatones les ofrecían su rostro y su alma en las húmedas calles. Su mirada se dejaba seducir por bellas nubes blancas que pasaban de largo como sinsabores barridos por una gran confianza. El encanto de la vida despertó con los juegos de los niños en las esquinas de las calles, y planeó por una plaza desierta, sobre el esqueleto de un caballo devorado por perros callejeros. El

cráneo del animal, de color de marfil fresco, emergía de un montón de nieve a medio derretir. Jirones de piel oscura y peluda, limpiada por las heladas, se aferraban a sus costillas. Los cinco pequeños bulbos de una iglesia de estilo rococó se alzaban en un cielo pálido, de un azul convertido en blanco, pero un blanco aéreo de límpida frescura. Parecía increíble que todavía hubiese guerra, muerte, hambre, miedo, piojos. El río, inmenso y libre entre sus riberas de granito, arrastraba enormes bloques de hielo. Los témpanos, con el suave sonido de sus crujidos, bajaban desde los lagos septentrionales hacia el mar que ahora volvía a ser mecido por las olas, hacia las vivas luces que rezumaban entre la espuma, hacia las cálidas brisas de la corriente del Golfo que, desde Yucatán y Florida, venían a parar a nuestras heladas costas pasando por el Atlántico, los fiordos de Noruega y las llanuras de Suecia. En el edificio del Almirantazgo podía verse la veleta situada en la cima de la famosa aguja dorada: un pequeño barco, distinto y leve como una idea, que navegaba en pleno cielo. Los colores de las banderas rojas revivieron.

Los primeros retoños se abrieron en los jardines. Luego vino una explosión de frescos follajes verdes sobre los ríos y los canales que atraviesan la ciudad. El placer de vivir, bruscamente recuperado, tenía un sabor ácido. Los atardeceres eran fríos bajo aquellos cielos azulados, semejantes al reflejo lejano de un enorme iceberg. Después ya no hubo noches; los crepúsculos se eternizaron en colores grises, azules, malvas, nacarados, cada vez más claros; el cielo, que tenía un resplandor blanco hasta el amanecer, cautivaba las miradas en los espumosos canales, a través de las negras ramas de los árboles, sobre las cabezas de las esculturas ecuestres... Las parejas recorrían las riberas... El cielo derramaba su brillo sobre ellas, el río las rodeaba de soledad. Se cruzaban con otras parejas que esbozaban una sonrisa. Se detenían delante de las barcazas abandonadas por los barqueros el otoño anterior, cuando los transportes fluviales habían sido nacionalizados, barcazas que ahora se pudrían y que pronto serían desmanteladas para hacer leña. Sería un trabajo duro. Los Comités de los Pobres se disputaban amargamente esas osamentas de los barcos.

Una alta muchacha rubia, con profundos ojos azules que brillaban como riachuelos de nieve derretida, preguntó a su amante que llevaba el uniforme raído de una academia desaparecida:

—¿Vendrás a ayudarme?

Él susurró que sí mientras la besaba en la oreja, pues unos días atrás ella se le había entregado, ingenua y dispuesta, confusa y febril, en un rincón acogedor de esa barcaza podrida. Habían ido allí por curiosidad, sin pensar en su dicha, puesto que la dicha los conducía. El insulso olor del río impregnaba el gris plateado del interminable atardecer. Los tablones empapados se tambaleaban bajo los pasos. Las ondas que rozaban el casco producían un ligero silbido. Ella estuvo a punto de caerse en un agujero cuadrado, en cuyo fondo chapoteaba el agua.

—¡Ves, ves! —dijo él, alarmado.

—¡Si hubiera que contar todas las desgracias que nos pasan cerca! —respondió

ella riéndose.

De repente se encontraron solos. No había más que el vasto cielo prodigiosamente vacío sobre sus cabezas, y el agua que, a través de una brecha en las tablas desunidas, mostraba ondas irisadas.

—¡Qué bien se está! —dijo ella ofreciéndole los labios, y la asaltó la idea de que en el amor uno tiene que entregar su cuerpo; debe de doler, y da un poco de vergüenza, pero es preciso hacerlo, con los ojos cerrados y los labios entrelazados; y después, solo con pensar en ello nos estremecemos de dicha... Pero ¿cómo se hace? Los libros no lo dicen claramente. «No sé, estoy confusa, perdóname, haz conmigo lo que quieras, te amo, te amo...».

Ahora sus labios rosados como pétalos mezclaban los asuntos habituales con las grandes preocupaciones:

—Haremos una provisión de leña para el invierno... Oye, quiero desarrollar una mayor conciencia política, dime qué debo leer.

Otra pareja: ella, de cabellos cortos bajo la gorra de cuero negro, lo que le daba un aspecto ligeramente deportivo. Sienes, cejas y ojos dorados. Él, soldado, con la estrella roja incrustada en cuero negro sobre la frente. Ella acababa de salir del Comité del Distrito, él de la oficina política del Vigésimotercer Regimiento. Se encontraron en un banco del Jardín de Verano, a algunos pasos de la casa holandesa construida por el zar Pedro para que le sirviese de residencia cuando esa ciudad emergía de los pantanos y de los bosques, con aceras de tablones que bordeaban calles fangosas, con vastos terrenos y parques que eran en realidad la punta extrema de los bosques. En el jardín, Diana y Artemisa suspendían bajo los árboles sus gestos graciosos. Las rejas sobriamente trabajadas se destacaban en negro contra la gran luz pálida del norte. Allí fluía el río.

Su apretón de manos fue firme. Sin ternura aparente. Los dos tenían casi la misma estatura, y respiraban con la misma fuerza. Ella seguía con los ojos los brincos de los gorriones cuando dijo:

—He reflexionado sobre la teoría del imperialismo. Tenías razón la otra noche. Basta leer el cuarto capítulo de Hilferding. Pero, con respecto al problema de la libertad, soy yo la que tiene razón. Mira...

Sacó dos hojas de notas de un panfleto, en cuya cubierta había un globo terrestre cubierto de cadenas rotas por un rayo rojo que caía de la Vía Láctea:

—Marx escribe: «El valor transforma todo producto del trabajo en un jeroglífico social...». «La acción social de quienes intercambian sus productos toma la forma de un movimiento de los objetos que ellos no controlan, pero cuyo control sufren». Creen ser libres porque están sometidos al movimiento mismo de las cosas anónimas y no a hombres. Se creen libres porque no ven amo por encima de ellos. Pero «la independencia recíproca de las personas se logra mediante un sistema de dependencia

material que existe en todas partes».

—Eso era válido en el pasado. Al tomar conciencia de la necesidad nos hacemos libres. La conciencia es la libertad. Lee el capítulo undécimo del *Anti-Dühring*. El proletariado, al comprender el desarrollo histórico ineluctable, al cumplir lo que debe ser cumplido, pasa del reino de la necesidad al reino de la libertad. Lee el capítulo segundo y la tercera parte.

—Vamos —dijo ella.

Él, de pie, rodeó con un brazo extendido los hombros de ella y, con voz más baja, dijo:

—¡Xenia!

Ella sabía lo que iba a decir él, pero ¿con qué palabras? Esperó esas palabras y le pareció que la dicha llenaba su pecho:

—Xenia, somos necesarios el uno para el otro y somos libres porque...

Siguieron en silencio hasta que llegaron a una parte del jardín donde un gran jarrón de pórfido se alzaba sobre un pedestal gris. Solo allí se atrevió él a preguntar con un torpe desapego:

—¿Vendrás, Xenia?

Ella simplemente dijo que sí con la cabeza, y para que él no viese la dicha reír en sus ojos, miró a lo lejos los bulbos abigarrados de la Iglesia de la Resurrección de Cristo. Se había preparado para ello esa mañana, pasando un largo rato en la bañera, poniéndose lencería fina y vacilando en llevarse con ella el frasco de perfume francés. ¿No era indigno usar esos productos de lujo inventados por la depravación de los ricos? Lo cierto es que el Comité del Distrito repartía entre las militantes que ocupaban los puestos más importantes los perfumes confiscados en la aduana. Ella decidió usarlo basándose en este argumento engañoso: no es lujo, sino higiene. Se preguntó si él se enfadaría ante este refinamiento, pero ahora él respiraba el frescor de sus brazos desnudos...

Salían del jardín cuando un automóvil pasó por delante y se detuvo en seco. Un hombre con altas botas y el revólver a su lado corrió hacia ellos. Solo cuando estuvo a tres pasos logró Xenia reconocerlo. Era Ryzhik, quien dijo:

—¿De paseo? ¿No sabes lo que está pasando? Ven enseguida, todo el mundo está movilizado.

Ryzhik volvió a subir al automóvil. Allí, como se siente una bala un instante después de haberla recibido, sintió en el corazón el agudo pinchazo que acababa de traspasarle al ver a esa pareja. Derrumbado en el grasiento tapizado del Ford, no pensó en la Revolución, sino en que era demasiado viejo y eso era irreparable.

El Primer Regimiento Estonio se pasó al enemigo el 24 de mayo. El Tercero de Infantería de la Segunda Brigada cometió traición el 28 de mayo. Este batallón, acompañado del comisario de la brigada, Rákov, estaba acampado en Vyra. Al amanecer, un antiguo oficial de la guardia que ahora era miembro del Partido Comunista, respaldado por un destacamento de soldados, hizo detener a todos los comunistas. Rákov se defendió solo en una cabaña, luchó desesperadamente y se reservó la última bala para sí mismo. Los demás comunistas fueron exterminados. Fusilaron a cinco mujeres en camisón en un campo húmedo. Por la mañana llegó un general. Tras la masacre, los hombres habían pasado una hora descosiendo las estrellas rojas para remplazarlas por escarapelas nacionales. Precedidos por la música, desfilaron para sus nuevos comandantes como tropas de un cuadro militar. Pasaron algunos días. Por debajo de Gátchina, a las puertas de la ciudad, un regimiento estableció un frente defensivo. Los refuerzos llamados apresuradamente se concentraban con lentitud, sin municiones, sin víveres, sin calzado, sin ropa. Un equipo de inspección fue enviado al Fuerte de la Colina, que completaba en la costa meridional del golfo de Finlandia el sistema defensivo de Kronstadt, e hizo un informe de lo más tranquilizador: «Guarnición concienciada políticamente y disciplinada, ningún indicio de traición». Había que alimentar a la tropa hambrienta, a las grandes fábricas, a la población diezmada por el tifus y por el cólera, de los que los periódicos tenían orden de no hablar. Los trenes de víveres anunciados no llegaban, bien porque no habían partido o bien porque en el camino los habían detenido las ciudades hambrientas. El Consejo de Defensa autorizó extraoficialmente la requisita de alimentos en los campos de los alrededores.

Los campesinos se armaban de hoces, desenterraban viejas ametralladoras, sacaban de los escondites pedazos de fusiles y ponían en fuga a los destacamentos obreros, si es que no habían destripado ya a los agitadores durante la noche. Los popes anunciaban el fin del Anticristo. La gente se reunía en las veladas para leer los

llamamientos del Ejército Blanco que prometía el orden, la paz, el respeto de las propiedades, el castigo de los judíos y el reparto de pan blanco. Hogazas blancas traídas del frente pasaban de mano en mano levantando la admiración. En cada pueblo se confeccionaban listas de sospechosos a los que denunciar cuando llegaran los blancos. Cualquiera que tenía viejas cuentas que saldar con su vecino se aseguraba de que este fuese incluido en dicha lista. Los verdes dominaban regiones enteras. Obedecían a un único cuartel general, formado por comandantes capacitados. Esos desertores, que se negaban a pelear por cualquiera de los dos bandos y que, no siendo ni blancos ni rojos, blandían el color de los bosques que eran su refugio, terminaron formando un ejército tan regular como los otros, inclinado a coordinar sus acciones con los blancos contra los rojos, puesto que estos eran aún los más fuertes. Cuatro mil verdes ocuparon la región de Velíkiye Luki. Había probablemente quince mil en la región de Pskov. Libraban batallas ordenadas. Fusilaban con naturalidad a los comunistas.

Aviones enemigos volaban sobre Kronstadt, dejando caer sobre la ciudad bombas relucientes ceñidas de cobre rojo. Las enormes flores de las explosiones blancas nacían entonces sobre la tierra y se abrían en el cielo de mayo. El 4 de junio un gran submarino británico atacó a unos torpederos rojos y fue hundido. ¡Cincuenta hombres al fondo, vieja Inglaterra! Y con ellos el alegre Ted que sabía cantar tan graciosamente sobre una melodía negra: «Todos los barcos se irán a pique, / A setecientas yardas de profundidad / ¿Ya quién le importa? ¿A quién le importa?». El incidente fue completamente silenciado. Un almuerzo del primer lord del Almirantazgo resultó sombrío por ese motivo. La ciudad descubrió misteriosamente que los fuertes de la Colina, del Caballo gris y de Óbruchev habían cometido traición. La brisa trajo de alta mar el jadeo de los cañones.

Al lado de los pequeños carteles blancos que anunciaban las raciones gratuitas para los niños, aparecieron pequeñas pancartas firmadas por el jefe de la defensa interior: *Criminal — Pena de muerte — Será fusilado sin juicio*. La muerte se deslizó en cada hogar. Delante de esos letreros frescos, algunos hombres se encorvaban sintiendo que los fusiles bajaban lentamente hacia ellos. El comandante de la plaza, rodeado de teléfonos, llamó a su subjefe de Estado Mayor para que le informara. El camarada Valerián, con el bigote entrecano de estilo americano, la nariz carnosa y cabellos cortos, dirigió una mirada franca al comandante («bastante listo, después de todo, para ser un antiguo maquinista ascendido a suboficial tras quince meses en el frente») y recitó:

—Dos acorazados responden al fuego del frente. Los batallones comunistas están en los cuarteles. Los Comités de Tres y de Cinco de los servicios de evacuación y de destrucción están en sesión permanente. La fábrica de Aviación puede ser destruida en siete horas. Supervisaré esa operación personalmente...

Una nota con el sello rojo de la Checa central trajo las noticias de mayor gravedad. La organización contrarrevolucionaria del centro-derecha podía contar en la ciudad con ciento cuarenta y seis afiliados repartidos en grupos de cinco, y tenía un millar de simpatizantes. Esas fuerzas podían movilizarse en una noche. Según un plan marcado con círculos azules, capturado durante una redada en Moscú, la organización planeaba ocupar una veintena de puntos estratégicos en el momento en que los blancos amenazasen directamente la ciudad. Al parecer, el comité regional del centro-derecha estaba presidido por un hombre de edad, conocido como El Profesor, tal vez un profesor de verdad («Investiguen los círculos universitarios y la antigua Academia de Teología»). Una carta interceptada hacía suponer que un emisario llegado del sur con mensajes importantes se encontraba todavía en la ciudad.

El expediente 42, sobre el asunto del centro-derecha, estaba en manos de la camarada Zvéreva, una mujercita bastante fea, siempre bien vestida, a las órdenes de los miembros de la Checa Teréntiev y Arkadi. A las dos de la mañana, cuando Zvéreva, como de costumbre, se desnudaba frente el espejo y se acariciaba los pechos flácidos con una sonrisa distraída, comenzó a sonar el teléfono colocado sobre la mesilla.

—Hola. El presidente al aparato. ¿No se ha acostado aún? ¿Quiere pasar a verme al cuarto 12?

Nunca hasta entonces el presidente había dirigido la palabra a la camarada Zvéreva. Un orgullo mezclado de inquietud hizo erguirse a aquella mujercita de ojos angostos, de caderas poderosas, atormentada por el deseo y los escrúpulos, que veía en cada hombre a un macho, no sabía darse a ninguno y vivía obsesionada por el hambre carnal. Se empolvó deprisa, pero poco, para que el maquillaje no resultase evidente; verificó el acabado de la indiscernible raya negra al borde de sus pestañas y vaciló un momento entre su vestido negro de pliegues rectos, que la hacía parecer más delgada, y la guerrera que se ponía para los interrogatorios. Finalmente optó por el vestido. Lamentó no encontrarse con nadie en el largo corredor de alfombras rojas, porque nadie hubiera dejado de notar por su aspecto que ciertos asuntos (secretos) de la mayor importancia la ocupaban todavía a esas horas de la noche.

El presidente iba vestido con una vieja chaqueta gastada en los codos. Gruesos cordones de seda color perla colgaban del cuello de su camisa a grandes cuadros. De cerca, la cabeza parecía muy voluminosa y abotargada. Tenía los ojos hinchados, los párpados espesos y un pequeño grano rosa en el borde de uno de los agujeros de la nariz.

—Siéntese, camarada. ¿Es usted quien se ocupa del asunto del centro-derecha? Bien, ¿qué pasa con ese complot?

Su voz era baja e indiferente, como lo era su mirada, que se paseaba por el pequeño salón blanco. Parecía cumplir una tarea sin importancia. La lámpara de

techo chispeaba, aunque era completamente de día en la plaza, donde se veía una estatua ecuestre coronada con un casco de alas desplegadas.

—Bueno, active ese asunto. Usted conoce la situación. Tráigame un informe detallado el lunes a las cuatro.

Zvéreva se inclinó, con los ojos brillantes, feliz de estrechar aquella mano blanda. «Bien, bien, así lo haré, camarada». Se puso la guerrera que le moldeaba el talle y corrió a la Comisión. La plaza, rodeada de palacios, era inmensa a esa hora de la mañana. Cada adoquín se dibujaba con una nitidez perfecta, como en una obra de ebanistería. Se oyeron pasos. Su eco fue de una extraña sonoridad. Un grupo de comunistas, sin duda en camino hacia los registros domiciliarios, dobló la esquina. Un marino marchaba a la cabeza, hablando con animación a una obrera tocada con un pañuelo blanco. Luego venía un anciano en chaqueta, con el cigarrillo colgando de los labios y el fusil al hombro. Una pareja de jóvenes cerraba la marcha. Zvéreva creyó notar que estaban alegres. Tintes rosados se esparcían en el cielo, sobre la enorme cúpula dorada de San Isaac. Una pureza magnífica descendía sobre la ciudad.

Las luces eléctricas, sin embargo, ardían en los locales de la Comisión. Camiones decrepitos, motocicletas y una limusina negra estaban alineados a la entrada. Dos soldados se cruzaron con Zvéreva en la escalera: arrastraban a una anciana llorosa, con los cabellos despeinados. Al fondo de un corredor estaban apiladas unas máquinas de escribir, algunas volcadas como enormes crustáceos patas arriba, mostrando el mecanismo extraño de sus vientres. Flotaba allí el olor a fenol; un herido, con la cabeza vendada, salió del cuarto 28 y, apoyándose en las paredes, se dirigió hacia el aseo. Zvéreva divisó por la ventana unos féretros blancos alineados en un pequeño patio. Abrió la caja fuerte y sacó el expediente 42.

Casi ningún dato. La Comisión Central no sabía de lo que hablaba. Una organización descentralizada. Un agente doble de primera categoría no había logrado pasar del escalón inferior. No conocía más que a tres hombres tan poco informados como él: dos antiguos oficiales, un farmacéutico y su jefe de grupo, cuyo arresto le parecía inútil. Era un hombre demasiado firme que no diría nada a menos que se le sometiese a tortura. Zvéreva había sugerido este método a Teréntiev, quien lo propuso a la Comisión: en vano, los prejuicios prevalecían. ¿Qué más? A lo sumo, se podían añadir dos nuevas piezas de información al expediente 42: otro informador señalaba que, según le había contado su amante, una prostituta, recientemente un joven militar había llegado a la ciudad desde el sur, donde había presenciado las espantosas ejecuciones de prisioneros rojos. La descripción de ese militar era bastante precisa. Su nombre empezaba con D. Una denuncia firmada por «Johann-Appolinarius Fuchs, artista leal a la Revolución», ofrecía detalles que concordaban, evidentemente tomados de la misma fuente. «D: Damián, Daniel, David, Demid, Denis, Dimitri, Dosifei...».

Arkadi, consultado al respecto, sonrió ante el nombre de Fuchs.

—Detengan mañana mismo a los miembros conocidos del grupo. Busquen a

ese D., aunque la información no parece sólida. No hay que descuidar nada. Envíen su descripción a todos los hombres de confianza de los comités y pónganla en conocimiento de los líderes de las patrullas de búsqueda casa por casa.

—Es el fin. Kronstadt en llamas. Los regimientos se pasan uno tras otro al enemigo. La ciudad sobrevive a base de avena. ¡No hay anestesia en el gran hospital militar! Mientras os dedicabais a hablar de la sociedad futura, habéis resbalado hasta el fondo del abismo. Los soldados ya no quieren pelear, ¿comprendes? Tú sueñas con sacrificarte porque eres hija de burgueses, estás impregnada de idealismo burgués, de ese estúpido idealismo que tan bien cultivamos y que os enseña a estrangularnos con ojos cándidos y conciencias serenas... ¡Haz que te manden al frente, tonta, ve junto a esos *mujiks* piojosos, esos Ivanes, esos Timoshkis, esos Matvéis que pelean desde hace cinco años contra alemanes, turcos, búlgaros, austriacos, checoslovacos, polacos, ingleses, franceses, serbios, rumanos, japoneses y otros Matvéis, otros Timoshkis, otros Ivanes movilizados como lo están ellos, ve y diles que deben seguir viviendo así durante dos años, diez años, sin pan ni calzado, para instalar el socialismo en la Tierra! ¡Y que, cuando haya que sacar una bala del muslo de Iván, no podrán dormirlo por falta de cloroformo! Y que cuando vuelva el invierno se helará como se heló su hermano el año pasado. ¡Yo he visto cadáveres congelados, apilados como leña, lo he visto! Todos ellos Ivanes, Timoshkis, Matvéis, rubios o morenos, con sus narices anchas de jóvenes Tolstóis.

Xenia se abrochaba el cinturón apretando los dientes. Un mortecino relámpago inmóvil cubría el cielo. En el fondo de la habitación, junto al icono (ante el cual, en ausencia de Xenia, se mantenía encendida una pequeña lámpara roja), la madre fingía dormir, echada sobre el diván, con la cara contra el cuero. Andréi Vasílievich continuó su monólogo en voz baja; y las palabras ahogadas entre la barba sonaban como un hechizo.

—Vuestra Revolución es un cadáver. No queda más por hacer que enterrarlo.

Prohibición de salir después de las ocho de la noche sin autorización especial. Obligación de hacer guardia en las puertas de las viviendas. Obligación de trabajar. Obligación de entregar todas las armas, incluso las decorativas, en un plazo de 24

horas, so pena de muerte. Orden telegráfica del presidente del Consejo Revolucionario de la Guerra, que prescribe que se confeccionen listas de los miembros de las familias de los antiguos oficiales que sirven en el Ejército Rojo y que se considere a esas familias como responsables de la lealtad de esos hombres. Arresto de los rehenes. Vigilancia extraordinaria de la circulación de automóviles y motocicletas. Búsquedas casa por casa, controles de identidad, arresto de los sospechosos. División de la ciudad en distritos de la defensa interior. Movilización de los batallones comunistas. Muerte a los especuladores. Muerte a los espías. Muerte a los desertores. Muerte a los dilapidadores de los fondos públicos. Muerte a los propagadores de noticias falsas. Pena de muerte.

—Andréi Vasílievich, acaban de exhibir una lista de diecisiete fusilados. Leí en ella el nombre de Aaron Mirónovich.

Xenia vio la imagen de Andréi Vasílievich reflejada en un vaso que cubría un gran retrato infantil (su retrato de niña). Después de lo que él le había dicho, ella deseaba no volver a verlo. Ese espectro vacilante y barbudo, que tenía unos huecos oscuros en el lugar de los ojos, se llevó las manos al cuello como alguien al que están asfixiando; su corbata, que siempre estaba ajustada correctamente, se deslizó a un lado; parecía el mismo Aaron Mirónovich, cuyos rasgos se habían reflejado muchas veces en ese lugar.

«¡Basta!», se dijo Xenia brutalmente a sí misma en la escalera. La imagen familiar de un judío barbudo y entrado en carnes, de sonrisa grasienta, flotaba ante ella, inconsistente y tenaz. Su sonrisa convulsa se apagaba en un charco de sangre. Xenia se detuvo en la escalera gris, con la mano fuertemente apoyada en la barandilla. Su garganta estaba seca. Hizo un gran esfuerzo para pensar fríamente, con claridad. «Tenemos razón. Yo quiero lo que es necesario. Haré lo que es necesario hacer». Y fue para ella un alivio añadir mentalmente: «Sea lo que sea y suceda lo que suceda».

Eran las dos de la madrugada. En la calle, de un blanco ceniciento, aparecían a intervalos las siluetas de los vigilantes en los huecos de las puertas. Una miliciana se paseaba de un lado a otro en la esquina, con el cañón del fusil plantado sobre el hombro. Xenia se sintió espiada por miradas hostiles. Esas casas eran enemigas. El lejano jadeo de los cañones vibraba casi imperceptiblemente en el aire fresco.

... Los Timoshkis, los Matvéis, los Ivanes tienen mucha razón, pobres gentes, en no querer pelear más. Pero es su Revolución lo que nosotros estamos haciendo; es para que nadie pelee más para lo que peleamos, y por lo que es preciso que la sangre de esos hombres todavía se derrame. Sufren, quieren vivir, tienen los ojos bien abiertos y no ven qué necesidad humana los dobliga. Nosotros vemos por ellos, pero la ley es demasiado dura, se rebelan contra nosotros, huyen. Su flaqueza se vuelve contra ellos mismos. Así, en la obra de teatro de Andréiev, *El hambre coronada*, que reina sobre los pobres, arrastra a la plebe al motín y luego la traiciona y se inclina ante los ricos, porque siempre es su criada. Los Ivanes no saben lo que es la historia.

La historia, sin embargo, los empuja, los arrastra, los pulveriza, los saca por millones de sus cabañas al toque a rebato de las movilizaciones, los amontona en vagones de ganado, pone fusiles de repetición en sus manos (manos que manejan el arado de madera o vuelcan las colmenas con movimientos lentos consagrados desde el poblamiento de Eurasia), lanza a esas masas humanas contra Europa en Prusia, contra Asia en Armenia, las hace desfilar en puertos franceses y esparce sus huesos en la campiña, los alza, a Iván, a Matvéi, a Timoshki, al lado de senegaleses con cascos, de sijs con turbantes, de Tommies con la pipa entre los dientes, contra alemanes metódicos cuyos jefes son todos médicos y que van a la batalla con máscaras porcinas, precedidos de oleadas de gas... ¿Quién los salvará si no se salvan ellos mismos, quién los guiará si no lo hacemos nosotros? Mañana, si somos vencidos, volverán a convertirse en bestias. Tendrán que devolver la tierra. Los ahorcarán, los azotarán, los movilizarán. Fundaran periódicos y escuelas para inculcarles que así es la ley eterna. Los alinearán, como soldados mecánicos, en las plazas de las ciudades obreras, y cuando aparezcan las banderas rojas los Ivanos dispararán. Dispararán contra *nosotros* que somos *ellos*.

Se formaban filas delante del Comité del Distrito, un palacete principesco, lleno ahora de expedientes, de máquinas de escribir, de ametralladoras y de hombres acostados sobre jergones. La gente se empujaba alrededor de las mesas de las secretarías en habitaciones tapizadas de seda blanca sembrada de acianos. «Los camaradas de la fábrica Meyer, Segunda Compañía, delante de la iglesia». «Los de la fábrica Kostrov y de la red de suministro de agua, enfrente». «Formen las columnas, ¡descansen!». Una calma asombrosa dominaba en la plaza la actividad de ese hormiguero.

Los comandantes del distrito (un hombre vestido de cuero negro, una anciana que parecía radiante a causa de sus cabellos blancos y un hombre fornido, con gorra, chaqueta y el pecho cruzado de cartucheras) se dirigieron hacia la compañía especial. Allí se alineaban hombres y mujeres de todas las edades, en su mayoría mal vestidos. Algunos sombreros de fieltro. Gorras aplanadas sobre las nucas. Obreras de abrigo y pañuelo anudado alrededor de la cabeza. Algunos anteojos. Cuellos duros. La melena de un artista. Manos apoyadas sobre los fusiles.

—Los jefes de equipo, a la derecha.

Xenia siguió el movimiento y se encontró en un patio atiborrado de gente. En el cielo azulado se levantaban tres bulbos dorados, coronados por cruces finamente labradas (la cruz victoriosa sobre la media luna postrada). Las piedras tenían una pátina clara. Las cruces flotaban en una serenidad inaudita. Las caras expresaban preocupación, se hablaba poco. En el corredor, cada uno firmaba y recibía sus papeles. *Mandato: Instrucciones para la búsqueda casa por casa. Descripción de los sospechosos (secreto).*

«Preste especial atención a los alojamientos de los intelectuales...».

«X., militar, entre 22 y 24 años, castaño, altura media, cejas espesas, ríe con facilidad, suele cruzar los brazos sobre el pecho, acento moscovita, recién llegado del sur. Larga cicatriz en la parte exterior de la muñeca izquierda. El nombre de pila comienza por D.».

Un viejo obrero, alto y amarillento, roído por alguna enfermedad, con la ropa sucia, le susurró a Xenia:

—Parece que nos darán media libra de pan y un arenque. Creo que nos vamos a aficionar a estas operaciones de búsqueda, ¿eh?

Apareció Kondrati y se subió a una silla. En la transparencia cristalina de la mañana, su voz se destacó como las tres cruces de oro desplegadas en pleno cielo sobre su cabeza.

—... Desarmar al enemigo interior. Orden, disciplina, firmeza... Nuestros marinos se lanzan en este momento al asalto del Fuerte de la Colina... Son días decisivos... el proletariado... aguantaremos, aguantaremos, ay de aquellos que...

—Hay cada canalla. Ayer, en mi escuadrón, un tipo birló un reloj de oro mientras registraba la casa de un abogado. Lo mandé cachear. Y yo mismo le partí la cara. Tendrías que haber visto cómo me daba las gracias después.

—¿Y el reloj?

—En el fondo para los heridos. A mí los burgueses me importan una mierda, ¿entiendes?

—¡Acuérdense —remachaba Kondrati— de los treinta mil muertos de la Comuna de París! ¡Acuérdense de los quince mil muertos de la Comuna de Finlandia! ¡Acuérdense de los trescientos ahorcados de Yamburgo! Ni uno solo de nosotros, ni uno solo...

Xenia se fue, cargada de pan y arenques para los suyos. Los escuadrones se reunían en la plaza en un desorden aparente que era el nacimiento del orden. En su escuadrón, ella coincidió con un marino del *Buitre*, una obrera cansada, de unos treinta años, con las trenzas graciosamente anudadas en moño detrás de la cabeza, un joven soldado malhumorado, casi pelirrojo, de boca fuerte y nariz aplastada, al que preguntó su nombre y que contestó «Matvéi», y dos jóvenes obreros de la fábrica Meyer, ambos imberbes, uno de ellos cojo y con un hombro deforme. El grupo se fue por las calles vacías. El marino fumaba en silencio. El soldado llevaba su fusil en bandolera, con una correa hecha con una cuerda. La obrera dijo:

—¿Las cuatro? No acabaremos antes de las siete.

Se explicó:

—Quisiera regresar a tiempo para hacerle la comida a mi marido. No es miembro del Partido, pero es buen trabajador. ¡Qué vida!

—Es aquí —dijo Xenia.

La casa dormida no los esperaba. Un gato blanco con manchas rojizas se metió en el sótano al acercarse ellos. En el cielo, matices rosas luchaban contra tonos turquesa.

Un día espléndido se levantaba sobre la ciudad, sobre el estuario, el mar, los fuertes, las columnas enemigas en marcha. En la puerta de aquella gran casa de ventanas muertas tras las cortinas, hacía guardia un hombre muy viejo, ataviado, en esa mañana de junio, con un viejo abrigo que se había vuelto verde en los hombros. Su rostro arrugado, alargado por una perilla blanca, desaparecía bajo el cuello de piel.

—A este deberían haberlo dejado con sus bolas de naftalina —bromeó el obrero cojo.

Con las manos en los bolsillos, ese antiguo consejero real que vivía en el apartamento 26 esperaba a que le dirigieran la palabra. Tenía la mirada despierta, aguda y llena de odio que es propia de los pequeños animales de presa sorprendidos al borde de sus guaridas.

—Vamos, abre —ordenó el marino del *Buitre*—, ya sabes quién soy.

—Muestren sus órdenes —contestó el hombre sin inmutarse.

Xenia alargó su papel. Sello del Comité Extraordinario de los Tres. Válido para seis personas.

—Bueno, pasen.

Cuando ya habían entrado, el anciano se estremeció. En el patio, el equipo se dividió en tres parejas. Xenia se llevó con ella al soldado Matvéi.

Golpeaban las puertas en una penumbra hostil. Llamaban durante un buen rato, porque la gente dormía o, presa de la angustia, fingía dormir. Finalmente, unos pies desnudos se acercaban corriendo por el pasillo. Unas voces atemorizadas preguntaban: «¿Quién es?». Ellos contestaban imperiosamente: «¡Abran!». Se levantaban barras de hierro y cadenas, se corrían cerrojos; las llaves rechinaban y ellos entraban. El aire empobrecido de los interiores se agarraba a la garganta después de la fresca vivificante de las noches claras. La miseria o el relativo confort de los alojamientos se abrían bruscamente a esos intrusos, un marino, una obrera, un joven jorobado, Xenia... Allí, sobre una cama de campamento, dormía un hombre esquelético, de unos cincuenta años, con un cráneo liso de viejo cobre pardo. Unos enormes zapatos abrían la boca bajo la cama; en el reborde de la ventana, una pequeña estufa, un cactus en un tiesto y un frasco de veneno con una calavera en la etiqueta. El hombre se parecía a esa calavera.

—¿Quién es usted?

—Médico asignado al lazareto de los tísicos número 4.

Papeles en regla.

—Discúlpenos, ciudadano.

—Está bien, está bien.

En la cabecera de su cama había un pequeño icono, una antiquísima Virgen con el Niño pintada por los primeros maestros miniaturistas de Pálej y vestida de plata cincelada. En las habitaciones contiguas, unas mujeres aterradas, madre e hija, de largas trenzas colgantes sobre las batas, temblaron al revelar su tesoro: treinta kilos de patatas guardados en la bañera. Después, ya en el salón, mientras los papeles eran

verificados, la hija, levantando los brazos azulados para ajustarse las trenzas, no quitaba ojo a sus pendientes adornados de brillantes, que estaban en una estantería.

Matvéi se detenía en medio de las habitaciones y, lleno de curiosidad, contemplaba los objetos que le resultaban desconocidos. El escuadrón hizo una pausa para coger aire mientras subía una escalera que hedía a orín. Un silencio sepulcral se extendía tras la puerta a la que habían llamado. Matvéi se limitó a decir:

—¡Acabemos ya con esto!

Sobre las cinco de la madrugada llegaron al alojamiento del profesor Vadim Mijáilovich Lytaev. Danil, sonriente, con los brazos cruzados, delante de una ventana ampliamente abierta, le preguntó a Matvéi (quien iba cargado ahora con un viejo sable de caballería incautado en el piso de abajo, en la casa de una anciana paralítica):

—¿Qué tal, amigo?

En ese instante, Xenia, que estaba a punto de despedirse, se acordó de una frase leída o escuchada hacía ya rato, mucho antes del cansancio de esas horas y de ese esplendor azul del cielo en la ventana, una frase importante, sin embargo, y que caracterizaba a alguien: «Suele cruzar los brazos sobre el pecho...». ¿Quién, pues? Tal vez Kondrati. Xenia luchaba contra una especie de embriaguez que era resultado de la tensión nerviosa, de la fatiga y del vago bienestar físico que derramaba la claridad matinal más y más irisada, porque el sol empezaba a subir. Se acordó de Kondrati, con su tez fresca, sus cabellos color de trigo y su boca de orador de dientes sanos; y recordó también los tres esbeltos bulbos que flotaban sobre aquella cabeza en la tribuna. Él ignoraba los bulbos mientras hablaba con la mano tendida. No obstante, el cielo, más profundo que todo pensamiento, y esas cruces luminosas resultaban tan necesarios como el gesto de Kondrati, porque no existe el azar. Avanzamos por la vida sin llegar a conocer nunca todas las riquezas, todo el poder y toda la belleza que hay a nuestro alrededor.

—Qué hermosa mañana se está levantando —dijo Matvéi con voz soñadora de prisionero—. Debe de ser agradable estar a esta hora en los campos.

Danil soltó una gran risa jovial.

—¡Y tanto! ¡Escuche a los pájaros!

Se los oía piar, innumerables, en el jardín de la escuela vecina. Xenia también escuchó un momento. Luego tendió bruscamente la mano a Danil:

—Hasta la vista, camarada.

Dirigió un saludo con la cabeza a los Lytaev, a quienes entreveía en el cuarto vecino, una pareja de ancianos muy simpáticos, y salió.

Cuando ya se había ido, María Borísofna Lytaeva dijo:

—Qué simpática era esa pequeña comunista. Me tranquilicé enseguida al verla. ¿No te vas a acostar, Vadim?

—No, esa visita inesperada me ha sentado bien. Y ya es de día. Las ideas me vienen en tropel, voy a escribir. Trata de volverte a dormir, María.

Una vez finalizada la búsqueda, Xenia decidió pasarse por el Comité y seguir así caminando por la ciudad en la luz creciente. Nuevas vistas se abrían a la vuelta de cada esquina. En un ligero puente sostenido por cables sobre la curva de un canal, unos leones rojos en cuclillas desplegaban unas llameantes alas doradas. La frescura verde de los árboles, bañada por una sombra transparente, estallaba a lo lejos. Las columnas blancas de un palacete se reflejaban en el canal sin que el movimiento del agua turbase su dibujo. Una sola nube blanca flotaba en el cielo de esa agua así como sobre la ciudad.

«Cuando estemos muertos», pensó Xenia, «cuando todo haya terminado, una nube similar pasará tal vez por un cielo semejante, aquí mismo. ¿Qué ojos la verán en esta agua, qué ojos que no habrán conocido ni la guerra, ni el hambre, ni el miedo, ni la angustia, ni las patrullas nocturnas, que no habrán visto al hombre herir al hombre? Ni siquiera puedo imaginarlo. No veo nada de ese porvenir. Soy como alguien que sale de una cueva y es deslumbrado por la luz en el umbral. No puede ver el paisaje. Es preciso que aprenda. Tal vez cuando lo haga entrevea el mundo que está ahí. Aprenderé si vivo».

»Pero ¿es necesario que viva? Debemos destruirlo todo. Purificarlo todo mediante el fuego. Hace un momento he visto cómo el miedo temblaba en unos ojos de anciana cuando he entrado en esa casa. Sentí pena. Aplasté mi compasión como se aplasta un gusano sobre la tierra refrescada por la lluvia. El amor más elevado excluye la compasión. ¡Haz sitio a los hombres, anciana, los hombres se levantan! Los obreros están transformando el mundo del mismo modo que derriban, construyen, forjan y tienden puentes sobre los ríos. Tenderemos puentes de un universo a otro. Allá lejos, los pueblos negros y amarillos, los pueblos morenos, los pueblos esclavos...».

Las palabras ya no seguían a su pensamiento en ese vuelo inefable. Las cruces chispeantes de las iglesias atraieron su mirada.

«Vieja fe, también a ti te destruiremos. Descolgaremos al crucificado y nos lo llevaremos. Queremos que la gente lo olvide. No más símbolos de humillación y de sufrimiento sobre la Tierra, no más ceguera; conocimiento, la mirada clara del hombre, dueño de sí mismo y de las cosas, que vuelve a descubrir el universo...».

Del fondo de una calle surgieron unos camiones erizados de bayonetas. Bóldos enormes hechos de masa humana y de una pesada máquina exhausta, chirriante, alimentada de aceites infames, bóldos que brincaban, daban tumbos y hacían temblar el pavimento lleno de baches. Cada uno llevaba sesenta anchos pechos lavados por el aire libre, sesenta cabezas listas para reventar como inútiles granadas maduras bajo la lluvia de metralla, sesenta cabezas aún más listas para embestir en línea recta, con la muerte y la victoria en los ojos, sesenta fusiles cubiertos de acero brillante como fríos rayos de luz, novecientos cartuchos apretados contra los vientres cálidos y los pechos viriles. Las cintas de las boinas negras de los marinos bailaban alrededor de las cabezas. Al desaparecer aquellos bóldos, el silencio vibró durante un buen rato.

Xenia escuchó decrecer en ella el intenso clamor de esa pasajera masa de

hombres y máquinas. Una misma voluntad los conducía a ellos hacia el peligro y la hacía caminar a ella, sola, una vez terminada la tarea. La misma alma imperiosa coordinaba todos los gestos, reprimiendo las flaquezas, ahogando las vacilaciones, reduciendo todas las fuerzas a un común denominador, encuadrando a los hombres en una especie de legión mucho más flexible y apasionada que un ejército.

«Quédate en tu puesto, haz tu trabajo. Somos multitudes animadas por un solo pensamiento, que no es otra cosa que la ley de la historia descubierta por la más segura de las ciencias. Cumplimos lo que no puede dejar de cumplirse. Masas más grandes aún están detrás de nosotros, masas cuya conciencia nos encargamos de encarnar, masas que piensan, quieren, actúan a través de nosotros y no pueden actuar de otra manera. Aunque sucumbamos, las leyes que regulan el devenir de los hombres no serán modificadas, la misma lucha seguirá enfrentando a las mismas clases; la misma conquista se preparará para mañana. Las olas pueden necesitar siglos para socavar un acantilado. Aquel que sabe cómo se opera el lento deslizamiento de un continente, aunque ignore qué esfuerzo de las aguas dará el empuje definitivo a las rocas disgregadas por las filtraciones, no duda de que el acantilado terminará por desmoronarse. Cada uno de nosotros, Xenia, y tú también, no es más que una gota del oleaje. Una gota que antes de disolverse refleja todo el paisaje, los cielos, las rocas, las ondulaciones de la tierra, el polvo, el arcoíris. Todo está muy claro cuando lo piensas bien. Me alegro de ser una mera gota que golpea aquí contra viejas piedras derribadas. Acepto hacer cualquier cosa. Aquí estoy».

En el Comité, el olor rancio de los cigarrillos apagados llenaba los cuartos en desorden. El hombre de guardia, con el fusil entre las rodillas, dormía sentado en la gran escalinata de mármol. Unos osos disecados hacían muecas en el rellano. Ryzhik, solo, caminaba de un lado a otro dando grandes zancadas ante las ventanas abiertas sobre el jardín soleado. Ambos vieron la alegría en los ojos del otro.

—El fuerte ha sido recuperado —dijo Ryzhik.

Y estiró los brazos. Y, nunca supo cómo ocurrió, pero la abrazó y sus labios se encontraron alegremente. Luego, para disipar la incomodidad creciente entre ellos, para disipar ese rubor que le subía a la frente junto con el deseo de apagar la sed de todo su ser en ese manantial de alegría, Ryzhik dijo:

—¿Ningún sospechoso?

—No —respondió ella—, no.

Entonces su frente infantil se arrugó, la atención deformó penosamente todo su rostro.

—Sin embargo, me parece...

Buscó en su bolsillo la hoja con la descripción de los sospechosos: «... ríe con facilidad, suele cruzar los brazos sobre el pecho, acento moscovita... El nombre de pila comienza por D».

—¿Cómo pude...? Ryzhik, hay que telefonar enseguida.

—Puedo privarme de todo —dijo la camarada Zvéreva con una suave entonación—, menos de las flores. No se rían de mí, llevo una vida tan triste.

Los expedientes azules se acumulaban en su mesita de trabajo, entre un florero lleno de azaleas, el teléfono conectado por hilo directo con la Checa y el retrato de Rosa Luxemburgo en el óvalo oscuro de un marco estilo imperio, con filete de oro y cintas. Como de costumbre, con amable familiaridad, telefoneó al director de los antiguos invernaderos imperiales:

—No me ha olvidado usted del todo, ¿verdad, Jacobsen? Pues sí, amigo mío, mándeme algunas flores mañana.

Jacobsen, con la cara reblandecida por el reumatismo, tomó su bastón y se fue hacia los invernaderos desolados. Ya solo se mantenía una parte, y con gran esfuerzo: por amor a algunas plantas raras, él tenía que renunciar al fuego durante las noches de invierno. En la humedad de una galería defendida por un heroísmo ignorado, encontró al único hombre que había permanecido en su puesto, el silencioso Gavril, todavía ágil a sus setenta años, que había creado muchas obras maestras en su larga vida como horticultor, Gavril, quien conocía todas las variedades de rosas, ya fuesen de Bulgaria, de Italia, de California, de Japón o de las Indias, y que todavía inventaba nuevas variedades.

—Gavril Petróvich, *esa mujer*, usted ya sabe quién, pide flores otra vez.

Los dos hombres se observaron un momento con tristeza. Eran los únicos que sobrevivían al desastre de los invernaderos más hermosos del imperio, de Europa, del mundo quizás, visitados en 1918... por el príncipe heredero de Japón, que se había maravillado de encontrar allí una rarísima familia de crisantemos... Ellos ya ni siquiera en verano traspasaban el umbral de las galerías cerradas, entregadas al invierno asesino, galerías que contenían helechos indonesios, lianas brasileñas y delgadas palmeras de Ceilán que habían muerto en el frío polar y permanecían en pie, trágicas a la vista como cadáveres de niños.

—Pues bien, volveré a ir —murmuró Gavril—. Es preciso. ¡Pobres de nosotros! ¡Pobres de nosotros!

Jacobsen descubrió entonces, en minúsculos tiestos rojos, unos pequeños brotes verdes de plumaje tierno, alineados alrededor de un grano amarillo.

—¿¡Cómo!? ¡Las salvó usted, Gavril!

La mano agrietada de Gavril acarició amorosamente el pequeño tiesto.

—No ha sido fácil, Yákov Yákovich, pero ¡mire qué bien se dan!

Contemplaron juntos, inclinados, esos brotes ínfimos. Pero el soplo terrible del exterior volvió a agarrarlos.

—Yákov Yákovich, nuestros peces se están muriendo...

Jacobsen se lo esperaba.

—¡No es posible!

—Mueren de hambre, Yákov Yákovich. Han cerrado la tienda del alemán; parece que especulaba. Los acuarios, en sus escaparates, están llenos de angelitos muertos, ¡qué dolor! Ayer subí todas las escaleras del Comisariado de Instrucción Pública. Esperé cuatro horas a que me recibiera el miembro del colegio en persona. Le dije a la cara: «¡Tienen que alimentar a mis peces! ¡Los han nacionalizado, tienen que alimentarlos! ¡Yo también soy un viejo proletario! ¿Me oye?! Le digo que mis peces ángel se están muriendo; mis peces mariposa...». Me puso de patitas en la calle, Yákov Yákovich, ¡a eso hemos llegado!

—¿Y si hablara usted de los peces a *esa mujer*, Gavril Petróvich? —propuso Jacobsen.

El viejo Gavril caminó una hora entera por las calles, cargado con cuatro macetas de hortensias casi blancas que llevaba sobre una pequeña tabla suspendida delante del pecho por una gruesa correa. Las gentes, intrigadas, miraban pasar aquellas flores cubiertas de papel de seda. Les recordaban a las fiestas de gala, las bodas, los santos, otros tiempos. ¿De dónde salían, para qué afortunados eran? Cuando Gavril llegó, la camarada Zvéreva estaba feliz. Una nota del Comité del Distrito informaba del arresto de dos sospechosos reclamados por el expediente 42: X, nombre de pila Danil, descubierto en casa del profesor Lytaev con papeles probablemente falsos... «¡El Profesor!». Qué golpe maestro para su primera investigación política de calibre. Más de un colega estaría resentido viéndola manejar ese asunto. Oía por anticipado las felicitaciones de esos hipócritas, y ella, llena de un austero desapego, les contestaba: «Para mí, ya ven ustedes, no hay ni pequeños ni grandes asuntos, nunca hay más que el servicio al Partido». Eso les cerraría la boca a todos esos neófitos, tan orgullosos de ser jueces de instrucción en la Comisión. Esa misma noche haría un informe al presidente. «He movido el caso, como usted me pidió...».

Gavril la encontró de excelente humor. Las sobras de un almuerzo suntuoso (queso gruyer, salami, té verdadero) atraieron la mirada del viejo horticultor. Así que era verdad lo que contaban de las raciones extraordinarias reservadas a aquellas gentes. En fin, puesto que son los amos...

—Gavril, es usted mi mejor amigo, se lo aseguro. ¡Son maravillosas sus hortensias! ¿Y cómo sigue Jacobsen?

A la muy cerda no se le ocurriría ofrecerle a ese hombre una taza de té, aunque bien podía imaginarse que tenía sed con aquel calor. Desde hacía diez meses, Gavril no bebía más que una porquería de falso té de mondas de zanahorias. Qué miserables somos. Gavril suspiró. Las innumerables arrugas de su rostro parecían manchadas de tierra húmeda. Sus ojos brillaban como las oscuras alas de los diminutos coleópteros.

—Tengo que pedirle que me haga un gran, gran favor, camarada Zvéreva, a mí y también a Yákov Yákovich...

«Hay que saber negarse. No somos sensibleros. El deber primero. Debo negarme cortésmente, pero de manera irrevocable. Que no se crea que puede enternecerme porque soy mujer». La sonrisa complaciente de la camarada Zvéreva dio paso lentamente a una expresión de autoridad distante.

—Veremos, amigo mío.

Gavril tuvo frío de pronto. Le vinieron ganas de recoger su gorra tirada sobre una silla y largarse sin decir nada; pero iba en ello la vida de sus peces ángel y de sus peces mariposa.

—Bueno, mis peces se mueren...

Una buena sonrisa iluminó la mirada de *esa mujer*.

—¿De veras? ¿Sus peces? ¿Y qué puedo hacer yo, mi querido Gavril?

Los granos, la harina, la tierra y los gusanos necesarios se hallaban en la tienda del alemán. Este se había fugado o estaba encarcelado, y el almacén estaba sellado. Todo aquello se pudría. Y los peces se estaban muriendo. Zvéreva, encantada, tomaba nota de la dirección.

—Vale, pues se los voy a salvar, amigo mío. Le abrirán hoy mismo la tienda del alemán... Voy a telefonear ahora mismo, ya verá.

Le encantaba coger el teléfono e insistir en órdenes o peticiones imperativas. Ya ven ustedes, existen los organizadores natos, quienes saben hacerse escuchar, manejar las palancas del mando, dar instrucciones precisas. Y también hay otros tipos, temperamentos anárquicos y románticos a los que, en el fondo, el Partido solo necesita durante algún tiempo.

Gavril regresó con la alegría en el alma. Camiones erizados de armas centelleantes sacudían enormes ramos de torsos negros y de cabezas ardientes. Algunas manos agitaban sus boinas junto a la punta de las bayonetas: sombríos tulipanes sostenidos por tallos rectos de un azul celeste. Los cabellos flotaban alrededor de las frentes, las bocas clamaban, los ojos lanzaban breves relámpagos radiantes. El coro de voces poderosas se mezclaba con el estruendo de los motores:

*Desplegaremos sobre el mundo
la bandera roja de los trabajadores.*

Gavril comprendió que aquellos hombres acababan de obtener una victoria. Por primera vez, la alegría de él y la de ellos coincidieron. Se persignó, porque esto sucedía delante de la catedral de Kazán. «Que viva, que viva después de todo nuestra República hambrienta... Cuando la guerra termine, los invernaderos resucitarán. Tal vez nosotros lo veamos, Yákov Yákovich...».

Kirk vivía en la habitación 218, Frumkin en la 311 y Arkadi y Ryzhik más arriba. El presidente del Ejecutivo ocupaba la mejor habitación, en el primer piso. Un nudo de cables perforaba el muro al lado de su puerta. Kirk parecía fuera de lugar en medio de aquellos hombres más o menos intercambiables. Él solo amaba la Revolución, la energía y, secretamente, a los hombres que vivían al margen de la ley. Los había conocido a fondo en las carreteras de América, cuando él mismo había sido un vagabundo que recorría los Estados del norte al sur y del sur al norte según las estaciones, pasando el invierno en Florida, la primavera en Manhattan y el verano a la orilla de los Grandes Lagos. Dormía en casa de los amigos, en los bosques, en los jardines, en las granjas, en las cárceles (porque las hay buenas). ¡Las huelgas de la industria de la madera, con el gordo Bill-Frente-de-Cíclope! ¡Aquello era vida! Conservaba como recuerdo una cicatriz en la ceja derecha, que tenía gruesa y parda, dividida ahora por una línea rosa. Sus voluminosos ojos redondos se apoderaban fácilmente de las cosas, superaban la desconfianza del prójimo con un desenfado insolente y bonachón.

—¿Qué demonios harán conmigo cuando me hayan vaciado? —preguntó mientras ponía los pies sobre una silla.

Su boca ampliamente hendida remedaba la sonrisa forzada del hombre que ha hecho un mal negocio y es consciente de ello.

—¿Qué será de mí cuando haya uniformes nuevos para todo el ejército?

Zvéreva estaba ocupada admirándose a sí misma, algo que hacía continuamente: en casa siempre se sentaba de manera que un gran espejo le devolvía sus gestos bañados en una pureza plateada. «Histérica», pensó Kirk, «tiene el temperamento de una puta y un hocico de monja perversa salida de un drama de Maeterlinck...». Ella contestó:

—Servirá usted al Partido, Kirk.

No por mucho tiempo, sin embargo; un semianarquista, no es un verdadero proletario, sino más bien un lumpenproletario recién llegado al Partido, inclinado a criticarlo todo: llama «estampitas de santos» a los retratos de nuestros líderes y arroja un gran frío sobre la mesa del Ejecutivo cuando declara que el último discurso del presidente ha sido «sumamente aburrido y, por lo que se refiere a las cifras, completamente falso». Zvéreva se imaginaba a sí misma interrogándolo un buen día, acusado de chapotear en alguna aventura insensata de la tercera revolución...

«Ortodoxa, por supuesto, hasta la punta de las uñas. Se arrastra delante de las

zapatillas del presidente. Ahora bien, si mañana la camarilla de Kondrati tiene las de ganar, puf, se le llenará la boca con “el camarada Kondrati”. ¿De dónde saca esas flores? Apuesto a que en el Ejecutivo le dan una ración extraordinaria con cacao, avellanas y leche condensada, una ración que le quitan a mis heridos...».

—Hay quienes hacen la Revolución como si estuviesen recibiendo patadas en el culo —dijo Kirk—. En el frente de Óbruchev, al enterarse de lo que había ocurrido en el Fuerte la Colina, detuvieron a los comunistas, discutieron durante horas si había que fusilarlos y, para no comprometerse, los encerraron en un sótano a la espera de las órdenes de los blancos. Después, nosotros tomamos el Fuerte de la Colina. Telefoneo a esa escoria: diez minutos para rendirse, sin condiciones. Liberan enseguida a los comunistas y encierran a los oficiales. ¡Qué cerdos!

Escupió con fuerza sobre la alfombra azul.

—Por cierto, camarada Zvéreva, el Comité me ha encargado trabajar con usted en el asunto del centro-derecha.

Zvéreva recibió ese golpe directo sin pestañear. Sabía que hay que tragarse muchas humillaciones antes de poder infligirlas.

La detención de los cinco miembros del centro-derecha hizo que por casualidad también se detuviese a un desconocido llamado simplemente Nikita, quien se negó a responder a los interrogatorios. Se le tenía bajo vigilancia en una celda especial de la Comisión. Debía de ser un hombre de una resistencia poco común. Kirk lo observó por la mirilla: estaba echado sobre el suelo, con los brazos bajo la cabeza y los ojos cerrados. «Este no dirá nada». Sin embargo, en el cuello de la guerrera de Danil habían encontrado un trozo de papel plagado de cifras.

Bobrov recibió el papel directamente de Zvéreva. Era un hombrecillo de unos sesenta años, pulcro, meticuloso, vestido exactamente como si todavía siguiese yendo todas las mañanas a su oficina del Ministerio del Interior. Vivía con una matrona luterana y con dos niñas feas que eran educadas por una niñera alemana. La caída de un imperio y de dos regímenes solo había hecho cambiar, en los hábitos de este hombre, el trayecto matinal, que hacía en invierno con la misma pelliza y en verano con el mismo abrigo ligero, negro, con forro de seda, y tocado con un sombrero color perla y bien cepillado, quizás el único que aún podía verse en aquella ciudad. Apático e ingenioso, sonreía de vez en cuando mientras caminaba; sus patillas blancas, que caían hasta los lados de una corbata de seda china, le daban en esos momentos un aire de viejo verde de opereta. Conservaba desde hacía mucho tiempo aquella elegancia «parisina», aprendida en Viena en los alrededores de los burdeles de clase alta. Para distraerse un poco, como un espectador sumamente desinteresado, iba leyendo por el camino las primeras líneas de los carteles (*Movilización de los trabajadores. Registro obligatorio de los no trabajadores, llamados a ejecutar trabajos de utilidad pública. ¡Paz a los creyentes!*). Entonces, un pobre diablo con gorra de ingeniero caminó

junto a él por un momento, murmurando: «Funcionario arruinado, veinticuatro años de servicio irreprochable, dos hijos muertos en el frente, cuatro meses de cárcel, no me queda ni una piedra donde descansar la cabeza, como al Hijo del Hombre». Bobrov se detuvo, abrió lentamente su cartera y sacó un fajo de rublos, que daban para media libra de pan, lo que él consideraba una limosna cristiana. Solo daba a los mendigos muy limpios que parecían haber pertenecido a la burguesía. Este tipo de consignas ocultas le evitaban todo sinsabor, tanto ahora bajo la dictadura del proletariado como antes bajo el antiguo régimen. El mobiliario y la disposición de su oficina, en un edificio junto a la Comisión, habían permanecido más o menos invariables desde hacía un cuarto de siglo: él mismo había vigilado que no cambiasen nada al mudarlo desde los locales de la Policía Política. Había cartones de colores, cajas, ficheros, expedientes, registros alfabéticos, planos, numeraciones complicadas, gruesos volúmenes anotados, las obras clásicas de la literatura, las *Vidas de los santos*, periódicos, álbumes de fotografías. El *Código secreto* de la marina británica se codeaba con *Almas muertas* de Gógol. Había varias ediciones útiles del gran poema de Lérmontov *El demonio*. Bobrov era capaz de descifrar los textos mejor codificados. Poseía las llaves para todas las cerraduras de la inteligencia. Cuando leía «I. 81. V.» a la cabeza de un enigma, adivinaba fácilmente que la clave debía buscarse en el tomo I de las *Obras* de Lérmontov, edición de 1873, en la página 81, en la quinta estrofa de *El novicio*. Conocía los nombres de pila preferidos por los terroristas, los moteados adoptados con más frecuencia por personas cuyo nombre empieza con K, los códigos predilectos de los amantes, de los locos, de los asesinos, de los chantajistas, de los agentes secretos, de los grandes idealistas, de los organizadores del mundo. Si le traían una tarjeta postal del lago de Constanza (velas blancas, hotel del lago, montañas) en la que se había escrito «Tiempo espléndido, afectuosos recuerdos, Linette», él traducía: «Cheque recibido, suma insuficiente, agente 131». Y era verdad, habría podido demostrarlo por los yates en el lago, el número de ventanas del hotel, el perfil dentado de la montaña y el sello de correos. Bajo el antiguo régimen, los jefes de la policía lo introducían en las casas de los grandes ministros para servicios muy particulares: hacer de mediador con la alcahueta del zar, a quien le reservaban delgadas muchachitas viciosas que él desfloraba trabajosamente cada mes, el día 25, de cinco a ocho. Bajo el nuevo régimen, mensajeros especiales le traían sobres cerrados con cinco sellos rojos; la camarada Zvéreva vigilaba personalmente que recibiese una ración de víveres más opulenta que la de los miembros del Comité Ejecutivo y que solo podía compararse con la del presidente. Si el mecanismo de su memoria no se había reducido a una función exclusivamente técnica, debía de recordar haber descifrado antaño para la policía los criptogramas del Comité Central ilegal refugiado en Cracovia. Ahora descifraba para el Comité Central los criptogramas de los antiguos ministros refugiados en Danzig. Los sistemas no eran muy diferentes.

Necesitó poco tiempo para penetrar el sentido de esta línea: 21. 2. 2. M. B. 6. 4. H.

O. 6. 2. 4. 60. 2. R. II. A. 4. M. 9. 10? 4. 2. R. 9. s. Había que leerla así: *Kaas, muelle de los Ingleses 8, de confianza*. Además, estaba convencido de que el codificador había cometido dos errores. Lo que temía por encima de todo en la astucia de los demás eran las complicaciones irracionales fruto del error. Este hombre, antes de haber naufragado en una asombrosa imbecilidad que cada día rozaba la genialidad pero nunca la alcanzaba, había soñado con escribir un *Tratado del error*, en el que la estupidez y las masas se habrían revelado como los únicos enemigos invencibles del espíritu humano.

Gracias a él fue detenido Kaas, que se le parecía curiosamente. Se trataba de un hombre de negocios desafortunado, a quien los expedientes de la antigua Policía Política presentaban como un agente doble. Apenas estuvo sentado delante de Zvéreva (Kirk lo estudiaba de perfil), su voz trémula soltó un discurso preparado:

—Ciudadana, la admirable vigilancia de la Checa me ha convencido de la justicia de la gran causa del proletariado. Confieso que conspiré, pero lo hice como adversario leal de la dictadura y por un error profundo. No me queda sino el deseo de rectificar dicho error ofreciéndoles a ustedes las pruebas de mi arrepentimiento. Se me reservaba un puesto importante en el gobierno de la contrarrevolución; estoy dispuesto a revelarles todos los hilos de la conspiración, empezando por los nombres de los treinta miembros de la *Liga de la Resurrección*.

La criatura lastimera, jugando su última carta con una lucidez aguijoneada por un miedo tan enorme, parecía a punto de desfallecer. Mantenía las manos bajo el borde de la mesa para que no se viese su temblor. Pero la cabeza entera temblaba.

—Conozco muy bien su organización. Usted es Kirk, el del Comité de Salud Pública, del Consejo Económico, de la Dirección de Metalurgia, de la Comisión Especial de Abastecimiento del Séptimo Ejército...

—Basta, ciudadano —dijo Zvéreva—. La Comisión encontrará maneras de poner a prueba su sinceridad.

—¿Te imaginas a Zvéreva frente a Kaas, ese títere con perilla, cagado en los pantalones, que apesta a traición (a todo tipo de traición imaginable) tal como el estiércol huele a mierda? Y, detrás de ellos, la sombra obesa de un Bobrov satisfecho de sí mismo y satisfecho con nosotros. Le pagamos bien. Si mañana nos ahorcan, siempre habrá alguien para pagarle bien a ese. La idea de que a Zvéreva muy probablemente la colgarán de la misma rama que a nosotros no me consuela. Me importa una mierda tener malas compañías en la ultratumba. Sé que la horca transforma en héroes de muy buen ver y perfectamente históricos a personajes bastante grotescos. Pero esa mujer, bajo cualquier régimen, seguirá haciéndose carantoñas en los espejos, tendrá su automóvil y le pondrá caviar a su pan blanco mientras los trabajadores de la Gran Fábrica solo reciben en un papel su ración extraordinaria de leche. A mí me da vergüenza hablarles a esos hombres cuando veo sus caras esqueléticas, hundidas en las mejillas. Como en la mesa del Ejecutivo y luego voy a darles bellos discursos. ¡Hay que aguantar, camaradas!, ¡aguantar, aguantar, aguantar! Lo saben mejor que yo, se mueren de hambre.

»Te digo que mientras el hombre no sea transformado por completo las Zvérevas lograrán hacerse indispensables bajo todos los regímenes. Nosotros estamos dando un buen empujón, es cierto, pero falta todavía que la cosa resulte. ¿Te la imaginas conduciendo su Renault con sus piernas finamente calzadas, mientras suelta su perorata: “El orador del Comité Central ha hablado tan bien, estas cuatro horas se me han pasado volando, a ese camarada le espera un brillante porvenir”? ¿Has notado el olfato que tiene para estar siempre del lado del más fuerte? Nunca vota con una minoría. Cuando se presentan cuestiones difíciles no se la ve. Pero, apenas se ha formado una mayoría un poco estable, descubres que ella ya estaba allí el día anterior, que forma parte de la vieja guardia, que sigue perfectamente la línea marcada. Solo de pensarlo me dan ganas de escupir, me provoca exactamente el mismo efecto que el mal tabaco que mascábamos en los barcos de la Blue Star Line...

»Ya ves, amigo, este tipo de gente siempre cae de pie. Si la República aguanta, Zvéreva nos enterrará a todos. Acabaremos por partirnos la cabeza contra algún problema insoluble, suponiendo que no nos suceda algo peor. Diremos tonterías, haremos tonterías. Tú eres capaz de dejarte matar por dar ejemplo. Yo soy capaz de mandar a la mierda al portavoz más autorizado de la mayoría más influyente del CC. A la hora de votar, puedo ser el único en hacerlo en contra de la mayoría. Así que a la larga nos llegará la hora, está en la naturaleza de las cosas y es incluso bueno que así sea. Hacen falta los de nuestra especie; no somos desdeñables. Pero Zvéreva nos sobrevivirá, amigo.

»Bobrov también, o sus hijos. Kaas, tal vez, porque al fin y al cabo ya no pueden fusilar a ese canalla. Se le necesita. Es valioso. Se ha convertido en una pieza importante de nuestro sistema de defensa interior. Incluso el mejor batallón obrero puede ser sacrificado en una operación sin importancia en el frente, pero Kaas no, ¡a él no se le puede sacrificar! ¿Acaso todos esos gusanos que utilizamos, que hacemos trabajar para nosotros, que nos resultan necesarios, que hacen con nosotros un montón de tareas necesarias no terminarán por devorarnos? ¿Acaso no nos roen mientras nos obedecen?

Kirk dejó de hablar. Tenía ante sí el rostro seco de Ósipov, quien apoyaba la espalda en un árbol. El campo emergía a lo lejos entre la niebla.

—Devorados o no —dijo Ósipov—, lo importante es que seamos útiles. Se trata de hacer lo que debe hacerse. En este sentido, nadie puede hacernos daño. El hecho de que esos gusanos, los Bobrov y los Kaas, se pongan a nuestro servicio ya es un gran éxito, pues su destino natural es en definitiva servir a las clases ricas, y hoy nos sirven a nosotros. Más adelante, ya intentaremos librar a la tierra de esos gusanos: primero tenemos que vencer. Todas las armas son buenas. No me malinterpretes: no todas las armas son buenas en todo momento. No todos los medios conducen al fin; un fin determinado exige siempre medios específicos; la elección de las armas depende del objetivo del combate.

»Zvéreva te ataca demasiado los nervios, amigo. Ella no es importante. Es necesario que alguien llene los expedientes, coteje las denuncias, interroge a los Kaas. ¿Quién quieres que lo haga si no es ella? Los seres de otro temple escogen otras tareas. Tenemos pocos hombres. Somos unos cuantos puñados. Millones de hombres, las masas más formidables que existen, están detrás de nosotros, y solo somos unos pocos, mortales, vulnerables, sujetos a la gripe, sujetos a las crisis de conciencia (más graves que la gripe, ten cuidado con ellas, sí, sí, no te rías). ¿Dices que el Partido se está contaminando? Es inevitable. ¿Te acuerdas de la entrada de los anarquistas en Ekaterinoslav? Llevaban un gran estandarte negro con estas palabras: “No hay veneno más temible que el poder”. Es una afirmación bastante exacta. Pero se trata de un veneno que nos es necesario. Desde tiempo inmemorial ha sido utilizado contra nosotros sin saber que se trataba de un veneno. Nosotros lo sabemos. Queremos suprimirlo. Eso es un progreso. Por cierto, hablando de los anarquistas:

detrás de la bandera venía Popov a caballo, rodeado de su guardia personal, un dictador como cualquier otro, un dictador a pesar de sí mismo, que no sabía cuál era su papel.

»A la larga, ya veremos qué ocurre. Ni tú ni yo lo veremos, claro está: lo verá la clase obrera. Yo soy optimista con respecto al largo plazo; en cuanto al presente, tengo reservas, soy más bien pesimista. No estoy seguro de que logremos sobrevivir al invierno. Pero tenemos tiempo, medio siglo, un siglo. El mecanismo del mundo ha quedado expuesto, se ve muy bien cómo se mueve. Eso es lo que nos da nuestra fuerza. Empujamos en la dirección correcta. Tal vez seamos arrastrados, pero no por ello dejará esa dirección de ser la correcta.

»Nuestro error es pensar demasiado en nosotros mismos. Decimos yo a cada instante. Tenemos esa mitología del *ego* en la sangre, no es culpa nuestra. Todavía no sabemos qué nuevo lugar corresponde al individuo en la era de las masas. Un lugar sin duda muy grande y casi insignificante al mismo tiempo. En este lugar del frente, entre estos árboles y aquella pequeña casa de allí, nosotros tres (tú, ese que está durmiendo ahí y yo) podemos hacer que los doscientos hombres agazapados en las trincheras resistan algunos días más, y esos pocos días pueden bastar para salvar el porvenir, y este lugar puede ser precisamente el punto donde se decida la victoria. Así que somos grandes, contamos. Pienso en los lugares donde he resistido a lo largo de mi vida: en 1905, en la imprenta clandestina; en 1907, en la organización de combate, y luego en la cárcel; después en el Irtysh, donde éramos solo cinco desterrados, con Sonia, que se volvía loca; había que conservar la propia razón y la propia fuerza, no perder toda esperanza. Era lo más duro. A veces, en las noches de verano, íbamos a la estepa a encender grandes fogatas que eran para nosotros una extraña fiesta interior; yo saltaba sobre las brasas con el secreto deseo de caer en un abismo. Conservé mi razón, ya ves, todavía funciona. Luego vino la Gran Fábrica, en 1917, ¡qué días, hermano! Días inauditos. ¿Dónde estabas tú? ¿En La Chaux-de-Fonds? ¿Dónde es eso? Ah. Luego las luchas en el interior del Partido, a favor y en contra de la insurrección; hay momentos en que todo depende del voto de una resolución en un comité, porque si se deja pasar la ocasión, el enemigo no la dejará pasar. Y, dado que los comités dependen de las organizaciones, todo depende de cada uno y hay que luchar por cada convicción...

—Por eso, Ósipov, hay buenos organizadores que falsean los votos y se imaginan que hacen un gran favor a la Revolución cuando han fabricado en el papel una falsa mayoría...

—Déjalos. Se puede engañar a un hombre, a cien hombres, a mil hombres, a millones de hombres, durante cierto tiempo, con montones de papel impreso y engañándose a uno mismo; pero no se puede engañar a las clases en lucha, no se pueden forzar los acontecimientos como si fueran cerraduras. Ya ves que cada uno de nosotros sirve, que cada uno es grande. También nosotros somos grandes. No veo tu cara en la oscuridad, pero sé que no sonríes. Sí, eres grande, tú también, a pesar de

tus hemorroides, tus dudas, tu inútil rebeldía. Resistes en tu esquina, resistirás mientras puedas... Pero si nosotros no estuviéramos aquí esta mañana, amigo mío, el Comité habría enviado a otros que habrían cumplido igual de bien. Si yo no hubiera sido bibliotecario en la cárcel, habrían encontrado a otro para hacer mi trabajo, ¿no es cierto? No somos necesarios. Piensa en los muertos: Sasha, Bokine, Vlášov, Grégor, Fugger, y solo entre nosotros, solo en un año. Y, sin embargo, resistimos sin ellos. Llegan nuevos hombres. Entre los que duermen ahí, hay quizás varios que están a punto de valer tanto como nosotros y de reemplazarnos. Y si a la clase obrera le faltan hombres, si llegado el momento no surge a la cabeza de las masas el hombre necesario, que encarna a los millones que vacilan y callan, si no surge ese hombre, si no surgen esos hombres en la cantidad necesaria, entonces el proletariado no está maduro para la victoria. ¡Que vuelva a bajar a la mina que pertenece a otros! Que vuelva a ponerse las cadenas, que se emborrache, que combata por otros. Nosotros o bien estaremos muertos o continuaremos la lucha. Mañana o pasado sabremos qué camino toman las cosas.

»Kirk, de lo que se trata es del proletariado. Lo que él valga es lo que vale el Partido, lo que vale la Revolución. De momento somos bastante sólidos. Tengo confianza en los puños de los obreros.

—Yo no tanto. Si dejásemos votar una sola vez a la gente de la Gran Fábrica, sin vigilar las manos que se levantan, sin que sientan que somos los más fuertes y estamos dispuestos a pasarles por encima, qué lío se armaría.

—Entonces no hay que hacerlos votar. Ellos saben que tienen hambre y que están hartos. Nosotros sabemos que los mejores de ellos se han ido. Estamos en un momento en el que las votaciones ya no son apropiadas. ¿Acaso la gente vota cuando un barco hace agua? No, achica el agua. Y el capitán debe partirle la cabeza a aquel que, por querer conservar su vida como cualquier otro, grite “sálvese quien pueda”. La Gran Fábrica acaba de ofrecer otros cuarenta y ocho hombres para la movilización especial en el sur. Eso es más que un voto.

»Nosotros estamos mejor alimentados, es verdad. Yo también siento vergüenza a veces. Pero ¿qué quieres? Es la ley de los ejércitos: quienes mandan están mejor alimentados y menos expuestos. Nuestros privilegios son más bien modestos, reconócelo. ¿Acaso tienes otro par de botas?

—Yo no, pero Zvéreva, que vive con el automóvil pegado al culo, tiene un armario lleno. Las Zvéreva hicieron que el *stock* del *Select* se repartiese entre las militantes que ocupan las posiciones más elevadas, ya ves, mientras que en la fábrica Wahl la mitad de las obreras van descalzas...

—Te digo que nuestros comandantes valen más que el resto de los hombres. Cuestión de material humano. Que los cerdos engorden a costa de la clase obrera siempre y cuando esta aguante. Al fin y al cabo, la clase obrera vive más que los cerdos. Ya se encargará de ellos cuando hayamos conquistado la mitad de Europa, que es lo que necesitamos para no ahogarnos...

Alguien se movió en la penumbra, donde nacían formas de árboles. Jirones de bruma blanca marcaban el lecho de un río.

—Y ese que duerme —dijo Kirk— es otro hombre sin rostro, sin espíritu, un X, Y, Z, el tipo que se pierde cuando dobla una esquina. Deberías haberlo oído la otra noche, cuando Goldin le preguntó: “A fin de cuentas, ¿qué es hacer la Revolución?”. Y nuestro Antónov, sin pensarlo ni un instante, como una máquina expendedora que devuelve el dinero cuando el producto está agotado, va y contesta: “Cumplir las tareas que me asigna el Comité Central”. ¿Qué te parece? De eso se trata para él: mandatos, instrucciones. “Orden al camarada Antónov de nacionalizar la manufactura Titov”: sin dicha orden, tal vez pasaría de largo sin que se le ocurriese nacionalizarla. ¿Y si las órdenes empiezan a ser estúpidas? ¿Y si alguien se apodera del gran sello del CC sin que nadie se dé cuenta?

—Vas demasiado lejos con tus suposiciones. Me alegro de que el batallón no te oiga. Tú mismo arrestarías a cualquiera que las formulase en voz alta delante de estos hombres. Antónov no está equivocado. Es una voz. No sabe pensar por sí mismo, pero sabe decir lo que piensa el Partido. Vale más que Goldin, que piensa demasiado, no piensa más que por sí mismo, se emborracha con su pensamiento, quiere comprender, redescubrir e inventar el mundo porque es un poeta, porque en el fondo no es más que un borracho romántico, alguien que resulta peligroso cuando la seguridad depende del orden, del método, de la cohesión. La cohesión de una clase, incluso en el error, puede ser más fuerte que el aislamiento de unos cuantos hombres de la mayor clarividencia (siempre y cuando no se trate de un error de principio). La historia no ha forjado mejor instrumento de combate que la organización; los hombres no han inventado nada mejor. Lo sabes tan bien como yo. No hay arma que no envejezca, no hay instrumento que no falle algún día. Quienes vivan lo verán. Si el proletariado tiene en sí mismo recursos suficientes (y los tendrá, te lo garantizo, en cuanto estemos sobre el Rin en lugar de estar aquí a orillas del Narova), no lo desborden ni los parásitos ni los aventureros. Si todavía no es capaz de levantar el mundo sobre sus hombros y llevárselo, ¿acaso debemos desdeñar su mejor arma para evitarle un Bonaparte? Además, amigo mío, los Bonapartes hicieron un buen trabajo para la burguesía. ¿Quién sabe si el proletariado también los necesitará?

Ósipov pareció asustarse de lo que acababa de decir. Su mano, la sombra de una mano, buscó en el aire opaco una rama muerta que colgaba y la arrancó. La rama hizo un ruido seco. Entonces, con una risa calmada, prosiguió:

—No hay que agarrarse, ni siquiera en el pensamiento, a las ramas podridas. Yo no aceptaría un Bonaparte más que con la firme intención de fusilarlo algún día en recompensa por los servicios prestados, porque...

Los dos se quedaron callados un momento. Un vasto paisaje de campos, erizado a poca distancia de alambradas de púas, empezaba a tomar forma.

—Porque —terminó Kirk— no hemos venido a recomenzar la vieja historia. No valdría la pena, no... Más valdría, por la Revolución, morir dejando una memoria

limpia. ¿La sangre? La sangre nunca se desperdicia del todo.

Ósipov casi gritaba, aunque su voz era baja:

—¡No, no, no, no! Deshazte de esas ideas, camarada. Nos las han inculcado a palos, quiero decir, a base de derrotas. ¡Nada de hermosos suicidios, eso sí que no! Inventos de literatos que nunca se suicidan, ni hermosamente ni de otra manera. Filosofía de apaleados. No se trata de eso, sino de aguantar, ¡joder!, se trata de aguantar, de trabajar, de organizar, de usarlo todo a fondo, incluido el estiércol. También el estiércol es necesario. Y si al final nos rompemos el cuello, será una cosa grande, siempre y cuando nos importen una mierda nuestras poses para la historia, la grandeza, la epopeya, etcétera. Vivir, eso es lo que quiere la clase obrera de carne y hueso, ese montón de gente hambrienta que tenemos detrás de nosotros, que parece que conducimos y que en realidad nos empuja. En cuanto se trata de escoger entre renunciar o seguir, siguen. Sigamos. Acostumbrémonos a vivir.

El sol se levantó de repente. Cantó un gallo. Ladraron unos perros. Las nubes blancas se abrieron y mágicos caudales de oro chorrearon sobre la hierba pálida. Ósipov estaba sentado al pie de un manzano. Kirk cogió del suelo una manzana verde, la mordió y la arrojó a lo lejos con un gesto aprendido cuando era niño.

—Eso es, acostumbrémonos a vivir. Buena costumbre, hermano. ¡Ah!

Kirk hubiera querido galopar como un potro en la llanura verde. Ósipov fumaba, con la mirada lejana y los labios entreabiertos en una sonrisa joven que devolvía al óvalo atormentado de su rostro una expresión casi infantil. De no ser por los uniformes y por la indefinible pesadez de los años en algún lugar al fondo de sus pensamientos, aquellos dos hombres habrían podido creerse por un instante devueltos a esa frontera entre la adolescencia y la infancia, donde la vida es nueva a cada despertar.

—Creo —murmuró Ósipov— que me van a nombrar para la Checa.

—Amigo mío, tengo un gran caso para ti. ¡Una fábrica entera desaparecida: los terrenos, las construcciones, las herramientas, veintisiete obreros (que no valían nada) y un subdirector incluidos! Acabo de descubrir la clave del asunto. No fue nacionalizada porque no dependía de ninguna Administración. ¡Simplemente desapareció!

El hombre que dormía echado cerca de ellos sacudió sus mantas. Asomó el rostro cuadrado, colorado y lleno de pelos rojizos de Antónov, iluminado por una cálida mirada azul. A cien pasos, unos hombres salieron de la trinchera. Un soldado famélico, vestido con una guerrera deforme, caminando torcido a causa del peso de la funda de madera de su pistola que le iba azotando el flanco, se dirigió hacia los tres enviados de los comités. Una gorra demasiado grande cubría su cráneo estrecho. Podía ser un muchacho, pero estaba tan arrugado como ciertos campesinos viejos.

—Ahí está Parfénov, el comisario del batallón —dijo Antónov—. Trabajaba en la

imprensa Wildborg.

Ósipov lo puso al corriente con pocas palabras:

—No habrá relevo antes de una semana...

(Debería haber dicho dos).

—Ni ropa ni municiones antes de cuatro o cinco días. ¿Resistirán?

El pequeño hombre sin edad tenía una nariz puntiaguda ligeramente desviada, mejillas hundidas que los pómulos parecían a punto de perforar y labios apergaminados.

—Lo intentaremos —respondió.

Antónov fue el primero que habló a los hombres reunidos al borde de la trinchera (ciento cuarenta caras sucias):

—¡Camaradas! La Tercera Internacional...

Ósipov, sentado a los pies del orador, tomaba notas.

«Segundo Batallón, 140 hombres: 8 obreros, 4 funcionarios, 103 campesinos, 15 hombres de origen social indeterminado y 40 desertores retornados o capturados. Comandante y cuatro hombres pasados al enemigo a nuestra llegada. En el primer mitin, gritos de “¡Abajo la guerra civil! ¡Queremos botas!”. Todos carecen de ropa y de víveres. Hay 27 que no tienen botas. Escasez de municiones». Al llegar a la cuestión de la *Moral*, vaciló. Sobre esas ciento cuarenta cabezas surgidas de la tierra y que se confundían todavía con la tierra, Antónov lanzaba frases claras, bien martilladas, repetidas tres veces cada una, para que se implantasen en todos los cerebros. La Entente, empeñada en matarnos, todopoderosa y, sin embargo, impotente; Alemania, donde vuestros hermanos de Hamburgo (¡el puerto más grande del mundo!) ganan victorias; el mundo a punto de explotar en un 1917 mucho más poderoso que el nuestro; paz, la paz que declaramos, la paz que impondremos a fuerza de victorias y de insurrecciones en todos los países; tierra, la tierra que conservaremos, la tierra que los generales y su séquito de banqueros, terratenientes y traidores quieren arrebatarlos («pero todos esos perros hambrientos se romperán los dientes...»). Las palabras, nítidas, chasqueaban a veces como la detonación seca de un revólver y a veces como una bandera azotada por el gran viento. La rabia concentrada se convertía en fría exaltación; el orador, como un imán, atraía bromas amistosas y miradas tenaces. Apenas se calló, alguien que esperaba ese instante gritó:

—¡No tenemos ropa interior, nos están comiendo los piojos!

Otra voz se elevó:

—¿Es verdad que los Soviets de Hungría han caído?

—Así es —soltó Antónov—. ¡Vivan los Soviets de Hungría! ¡Vivan!

Sus dos puños y su garganta lanzaron esa aclamación a los derrotados como si se tratase de una victoria. Algunas voces dispersas le hicieron eco, se buscaron por un momento y acabaron por aglomerarse.

—¡Vivan!

Era el rumor de la tierra de la que habían emergido aquellos ciento cuarenta

soldados. La mayoría desconocían la existencia de Hungría. Creían que se estaba hablando de una victoria desconocida. Saludaban en ella una esperanza de liberación. «Están en lo cierto», pensó Ósipov. Y, bajo la rúbrica *Moral*, anotó lo siguiente: «Satisfactoria».

Los últimos días hermosos del otoño pasaron arrastrados por una ola de acontecimientos —todos fatales, porque todos traían, apartaban, conjuraban o certificaban la muerte—, acontecimientos cuya sucesión misma se convertía en una especie de calma. Así, bajo el estruendo continuo de la maquinaria, se establece una especie de silencio en el que el hombre escucha latir su corazón, fuma su pipa, sueña quizás con su mujer y dormita despierto.

Habían recogido la cosecha en los campos. La escondían. Campesinos que, con sus viejas hoces, habían combatido bajo las banderas rojas enterraban el trigo y hacían sonar las campanas al acercarse el Anticristo. Otros, sus hijos, con la estrella roja cosida sobre los viejos gorros del ejército imperial, venían a registrar los graneros. Algunos trabajadores, temiendo ser lapidados, arengaban a los viejos del pueblo. Eran hombres acorralados entre el hambre, el odio, la disciplina, la fe, la guerra, la fraternidad, el tifus, la estupidez. En los límites de ese extraño continente se movían, como hormigueros enfebrecidos, ejércitos que se disolvían en bandas y bandas que crecían hasta convertirse en ejércitos. En regiones amarillas y azules —de arenas y colinas—, un suboficial convertido en caudillo cosaco ordenaba que unos trabajadores del ferrocarril fuesen arrojados vivos en la caldera de la locomotora. Pero, siendo hijo del pueblo, dejaba que sus enfurecidos soldados disfrutasen de las hijas de aquellos que habían sido sus generales. En los trenes blindados, la mirada ciega de los cañones apuntaba hacia las estepas recorridas antaño por los arqueros de Gengis Kan. *Gentlemen* de cuerpos singularmente limpios, bañados en colonia, vestidos con ropa interior perfectamente lavada bajo los uniformes de las grandes potencias, *gentlemen* que no sabían lo que es dormir en el suelo con piojos bajo cada pelo y probabilidades bastante serias de morir a la mañana siguiente, miraban pasar la tierra rusa a través de las ventanillas de los coches cama. Sus órdenes estaban fechadas en Washington, Londres, París, Roma, Tokio. Tenían hojas de afeitar Gillette, suficiente dinero para pagar al viejo chino de Irbit por los favores de sus

cortesanas más enérgicas, tenían prestigio, riqueza, arrogancia, puños de camisa relucientes, tenían lo suficiente para humillar y reducir a una obediencia oriental a ministros sin dinero, intrigantes y estúpidos, vigilados por camarillas de oficiales, así como a generales, almirantes y gobernadores supremos que todavía ejercían su oficio con cierto grado de competencia, tenían ideas pulidas y redondeadas como sus uñas, ideas sobre la barbarie y la civilización, la lepra judía, la anarquía eslava, el oro de Alemania, la traición de Lenin, la locura de Trotski-Bronstein, sobre el triunfo inevitable del orden que permite ir al club y al café y darse una buena ducha. Llevaban cajas de conservas: sardinas Amieux, atún, arenques, carne del Río de la Plata.

Cuando, ante el ruido de un tiroteo demasiado cercano, esos hombres huyeron en estampida en un automóvil sacudido por el aliento del pánico y con bandera de la Cruz Roja, entonces unos guerrilleros amarillos, que olían a bestia y a leche agria de cabra, recogieron esas cajas de conservas sin ninguna clase de abertura. Sorprendidos, les daban vueltas y vueltas entre sus dedos de pastores. Sus máscaras aceitunadas, acribilladas de arrugas, se detenían con terror y regocijo delante de los espejos del vagón, explicándose unos a otros que sí, que eran ellos, allí, enfrente —yo, tú, el que se ríe, aquel barbudo, soy yo—, encantados de descubrirse, porque eran hombres del desierto que nunca se habían visto a sí mismos.

Y entonces uno de ellos, cara a cara con su doble, riéndose de su doble, fue presa, por supuesto sin saberlo, del vértigo metafísico. ¡No quiero que mi doble se ría cuando me río! ¡No quiero que mi doble exista! ¡Quiero que termine este misterioso hechizo! Agarró el fusil por el cañón y, levantando la mano contra sí mismo, rompió el espejo con la culata. Y es que estos eran hombres del desierto que combatían victoriosamente contra los más temibles hechizos. Aquel bien podía compararse a Prometeo. Se atrevía a romper el encanto. Si no fuese simplemente una bestia que, en sus músculos y su cólera, escondía fuerzas elementales, se habría atrevido a robar el fuego. Poco importa eso.

Las sardinas les parecieron insípidas.

Lo que importa es que la estación de Voskresiénskoie (Resurrección) había sido tomada. Telegrafíen al Consejo Revolucionario de la Guerra: un yesero, un mecánico y un maestro de escuela, poseídos por el sueño más pesado en una tienda redonda de pieles abigarradas. Telegrafíen al Kremlin, la comunicación ha sido restablecida. Otra probabilidad de salvación (aunque más ligera que un grano de arena de las llanuras) se añade a tu platillo de la balanza, República. ¿Otra probabilidad? Voskresiénskoie ha sido tomada en el Turquestán, Rozhdiéstvienskoie (Natividad) ha sido perdida en Siberia. Poco importa. Anuncien a la prensa: «Avance en Turquestán. El valeroso ejército de guerrilleros de Ali-Mirza...».

—¿Ali-Mirza? Bien sabe usted que se ha pasado al enemigo.

—No importa. Ponga: «El Consejo Revolucionario del Ejército de los Guerrilleros Rojos...».

En Rozhdiéstvienskoie, el diácono Epifanio canta misas expiatorias. En Voskresiénskoie, un mitin decide que la estación se llamará en adelante Proletarskaya, nombre que la mayoría de los habitantes toman por uno de mujer. ¿Dónde está la cabeza de Ali-Mirza en este momento? Guardemos esta foto única para el Museo de la Revolución: barba espléndida en abanico, gafas; podría pasar por un hombre de negocios de Occidente, hacia 1890. Pero ¿y esas cartucheras de ametralladora alrededor del cuerpo, ese alto turbante de la secta, esas polainas de soldado británico en las piernas? Al parecer, su cabeza de tráfuga, con la lengua cortada, fue clavada en la punta de una pica delante de la tienda de un suboficial cosaco, un perfecto bailarín, hasta el momento en que no fue más que una calavera. Ese día, el suboficial, borracho, insistía en que se trataba de la calavera del bolchevique Lukin. Corrió la leyenda de que Ali-Mirza estaba vivo. Un falso Ali-Mirza cabalgaba por el desierto y dormía en las ruinas de las fortalezas de Tamerlán.

Importa poco.

Numerosas bandas, todas ellas libertadoras, recorrían en carros cargados de ametralladoras y fonógrafos los caminos entre los altos pastos de las llanuras. Caballerías ebrias saqueaban las pequeñas poblaciones judías de viejas casas blancas inclinadas hacia el suelo, pero no lo suficientemente inclinadas como para pasar desapercibidas; y todas las mujeres, todas las niñas, incluso la crías de ocho años, tenían después enfermedades venéreas. Una doctora norteamericana recorría metódicamente esas aldeas horrorizadas. Prometía medicamentos y elaboraba estadísticas. Los medicamentos nunca llegaron, y las estadísticas eran falsas. Otras caballerías despiadadas perseguían a las primeras. Ciento cuatro bandas (pero ¿por qué ciento cuatro? Poco importa), treinta ejércitos que no eran sino bandas más fuertes y más regulares, dos grandes ejércitos, el de Siberia y el del Sur, dirigidos por verdaderos Estados Mayores, provistos de verdaderas artillerías, acompañados de periodistas y de especuladores, embestían contra la República acorralada, tocando todos sus cuernos de caza, llamando al ataque con todos sus clarines; dos ejércitos menores, emboscados, se preparaban para saltar a nuestro cuello. Los tanques llegaban de Cherburgo, los fusiles de Londres, las granadas de Barmen, el dinero del universo entero. Era el fin, el fin.

... ¡Esta ciudad al borde mismo de este país cercado, esta ciudad presa del hambre, cerca del fin, sigue viviendo descuidadamente! Los días, en cierto modo, son parecidos para todos los vivos; los días más cargados de gloria o de muerte (eso se verá más tarde, o no, porque estas siguen siendo ideas de los vivos) son semejantes a otros días; con tal de que haya sopa de col agria, de que el cielo esté despejado, de que pasen los tranvías (¡vaya, hoy sí!), de que estés de buen humor, la vida sigue su curso habitual. «Afortunadamente el hombre no tiene antenas para percibir el sufrimiento de su prójimo», filosofaba mi amigo Kukin. Este apacible músico, con su armónica, era a su manera un ciudadano útil; fue el primero de su barrio, en el centro de la ciudad, a quien se le ocurrió criar conejos y gallinas en las habitaciones; vendía

baratos los conejillos y los polluelos nacidos en un gran salón con suelo de parqué y cupidos colgados en las cornisas. Afortunadamente, el salvaje aullido de las ciudades saqueadas era tan inaudible como el ruido insignificante de los cráneos que, como en una cadena de producción, eran aplastados en serie a culatazos o mazazos, para ahorrar munición, después de las victorias del enemigo y de las nuestras. «Si la especie humana», proseguía Kukin, «pudiese adquirir una sensibilidad colectiva durante cinco minutos, se curaría o moriría en el acto». Nunca llegué a saber si Kukin era un imbécil, un chiflado o algo mucho mejor. *Lecciones de armónica de dos a seis, precios especiales para los militares y los obreros*. Este anuncio le ayudaba a vivir. «Siempre he sido socialista», afirmaba, «porque el socialismo promete un gran futuro para la música. Y la armónica...». Fue él quien me informó de los acontecimientos del día 12, de los cuales se enteró veinticuatro horas antes de que los dirigentes del Partido admitiesen lo ocurrido, y tres días antes de que los periódicos hablasen de ello.

Las conspiraciones eran desenmarañadas como una telaraña destrozada a hachazos, y volvían a tejerse irresistiblemente. Los Comités se reunían. En nombre de la salud pública, unos comités que no querían más dictadura de los comités, coaligados con otros que querían instaurar su propia dictadura, hicieron saltar por los aires a un gran comité en plena deliberación. Nuestras viejas armas (el fulminato, el valor de los lanzadores de bombas, la fe de los magnicidas) se volvían absurdamente contra nosotros. Los comités fraticidas fueron desautorizados por los comités con los que habían mantenido relaciones fraternales. El duelo tenía lugar bajo banderas rojas. Y peor era el tifus abdominal. ¿Qué se comía?

—Dime cómo puede vivir la cuarta categoría con esos veinticinco gramos de pan al día —decía Kukin moviendo la cabeza—. Yo establecería una conejera filantrópica para alimentar a los últimos capitalistas vivos, si no fuese porque se trata de una medida antisocialista...

Sesenta y siete espías —contrarrevolucionarios, agentes extranjeros, antiguos nobles, exfinancieros, exoficiales superiores, profesores monárquicos, dueños de garitos, aventureros con mala suerte— fueron pasados por las armas después del atentado anarquista. El asunto dio para dos columnas enteras, en cuerpo de ocho puntos, apenas legibles en los periódicos pegados en los muros. El frente del sur iba mal. ¿Sesenta y siete? El precio en sangre de una escaramuza. ¿Quién de esos sesenta y siete habría tenido reparos con nosotros? Demasiado bien sabíamos lo que pasaba al otro lado del frente, mientras cantaban *Te Deum* en las iglesias y la gente instruida votaba mociones sobre el retorno de la democracia. Todos podíamos visualizar nuestros nombres escritos en listas semejantes. ¿Acaso los estadistas de las grandes naciones, cuando decretaban el bloqueo, pensaban en la cantidad de niños a los que estaban condenando a ser conducidos al cementerio? Incluso el más suave de aquellos ministros (todos buenos padres de familia) tenía sus delicadas manos más machadas de sangre que el viejo Herodes, cuya perversidad ha sido muy exagerada y

quien, además, terminó echando de menos a Jesús.

—Con este tipo de lógica se puede ejecutar a cualquiera. Nadie cuenta ya. Ni siquiera el número cuenta.

—Ya ves. Ya era hora. Esa es precisamente la lógica que necesitamos. Hoy es día 12. La cuestión es si la ciudad resistirá hasta el 25. Si no lo hace, cualquier lógica será mala, porque será a nosotros a quienes matarán. Si, por el contrario, la ciudad resiste, cualquier lógica es buena. En este momento, para prevalecer debemos sobrevivir, amigo mío.

—Bueno, pues tenemos pocas probabilidades.

—¿Tú crees? Entonces sesenta y siete no son bastantes. Venguémonos de antemano: eso tal vez aumente nuestras probabilidades. Además, ¿qué otra cosa quieres que hagamos?

Las últimas pinceladas de sol posadas sobre la enorme cúpula de San Isaac se desvanecieron, y finalizó el verano. El hermoso río ancho, en cuyas orillas de granito se pudrían las barcas que las gentes se apresuraban a demoler, acarreaba hacia el mar los bacilos del cólera, la disentería y el tifus. El río estaba desierto. La ausencia de barcos creaba un gran vacío entre los puentes. Las agujas doradas, que se alzaban sobre la fortaleza, el Almirantazgo y el viejo castillo como viejas espadas, palidecieron en un cielo más blanco. En el Jardín de Verano, las estatuas se afligían por las hojas muertas; la reja del fondo encarcelaba a diosas exiliadas. Las rectas calles, con sus calzadas hundidas a trechos, sus fachadas desconchadas y un número aún mayor de cristales rotos y de escaparates en estado de abandono, estaban un poco más vacías que en la primavera, como después de incalificables quiebras seguidas de subastas y de fugas... Todo aquello no tenía ninguna importancia. Sokolova bailaba en el Pequeño Teatro, en *La mariposa verde*. Le pagaban en harina. El gran tenor Svechin iba a reaparecer en la Ópera con *El barbero de Sevilla*. Tamara Stolberg interpretaba a Vincent d'Indy en la gran sala del Conservatorio. En el mercado se podían conseguir hasta diez kilos de patatas a cambio de un viejo traje de etiqueta; pero por un sombrero nuevo de seda no daban más que cinco terrones de azúcar. «Ya solo los compran los del circo», explicaba la ropavejera. Y el circo iba a ser cerrado: los encargados de los establos meditaban en devorar a sus leones tísicos, alimentados con migas de pan. Los divanes de cuero alcanzaban precios disparatados, porque oscuros maestros zapateros se las ingeniaban para sacar de ellos botas, botines y hasta zapatos de tacón alto para las mujeres elegantes...

El Consejo Superior de Economía Regional estaba reorganizando la dirección de las industrias; de ahí los conflictos con los comisariados de los Transportes, del Abastecimiento y de la Agricultura, las fricciones con el Consejo Central, la intervención del Comité Regional de los Sindicatos, la sorda oposición del Ejecutivo de la ciudad, el descontento del Ejecutivo Central de la República, las quejas al Comité Central del Partido, las deliberaciones del Consejo de los Comisarios del Pueblo, la propuesta de la convocatoria a un congreso extraordinario de las

instituciones económicas, la indignación de la Comisión Suprema del Abastecimiento del Ejército...

Fleischmann había hecho un viaje especial desde el frente para redactar a toda prisa, con la facción de Kondrati, las nuevas tesis sobre la organización vertical de los sectores industriales («Cf. Resolución del Séptimo Congreso del Partido, circular 4827 del Comité Central; no olvidar citar la carta de Engels a Sorge en marzo de 1894»). Entonces, tuvieron lugar los acontecimientos del día 12.

La lluvia había comenzado a caer sobre cuatro mil hombres, quienes salieron de las trincheras que se desmoronaban y cruzaron campos llenos de agua para refugiarse en aldeas inmensamente lúgubres. Esos Ivanes, esos Matvéis, esos Timoshkis famélicos no veían a su alrededor más que un horizonte absurdo. El invierno se acercaba. Nieve en las trincheras, miembros helados, barrigas hambrientas y los campos de cultivo abandonados. ¡Virgen Santa, Cristo Salvador, Revolución, líderes del proletariado mundial!, ¿cuándo acabará todo esto? ¿O es que no hay nadie que piense en nosotros, que nos comprenda, nadie a quien gritarle que estamos hartos? Algunos tipos huían a los bosques. Allí estaban los verdes. ¡Hay que inventar un color nuevo, no ser ya ni blanco, ni rojo, ni verde, no luchar ya contra nadie! Hemos tomado la tierra, declarado la paz, mostrado que estamos hartos, pero esto nunca, nunca se acaba. Algunos tipos huían al otro lado del frente, puesto que allí, al parecer, se comía mejor. «¡Basta ya de comisarios políticos judíos de cuyos labios no salen más que exhortaciones a la resistencia! ¡Que se dejen matar defendiendo ellos solos su Kremlin! La gente de la tierra está harta, ¿comprenden?». (Pero los huidos terminaban regresando, porque el otro lado del frente era incluso peor...).

El Ejército blanco, vestido con uniformes británicos, atacó el día 12. La Sexta División se desvaneció ante él. Algunos hombres lucharon desesperadamente hasta la muerte en la hierba mojada, bajo la gesticulación rígida de las ramas de los árboles ya desnudas. Entre los cadáveres, buscaban a los judíos inmundos para poder escupirles sobre su sucia cara hirsuta. El autor de una *Filosofía de Goethe* corrió esta suerte. Esta vez era claramente el fin, la ciudad caería en ocho días.

Llovía de forma trivial. El Profesor y Valerián valoraban la situación. Kaas estaba facilitando información a sus captores.

—Pero ese ladino solo traiciona a los suyos —dijo el Profesor—. No ha entregado a ninguno de los nuestros. Se guarda un as en la manga, ya que nuestras opciones mejoran. Al parecer, incluso ha denunciado en mi lugar a Lytaev, ese viejo imbécil...

—Muy imprudente de su parte —observó Valerián.

—Kaas nunca es imprudente; tiene la excusa de que apenas me conoce. Me parece estar oyéndolo, haciéndose el escrupuloso: «Creo reconocerlo, pero no podría afirmar que...». Nada es más convincente que su forma de actuar.

En la comodidad de un gran estudio desordenado, bajo el retrato de Tolstói realizado por Repin, elaboraban listas de proscripción. «La de Kaas es la más

completa». El Profesor se parecía a un ídolo polinesio de madera macerada por las lluvias. Su pesado mentón cuadrado caía sobre una corbata académica —aunque, naturalmente, no era profesor—. La córnea amarilla de sus ojos relucía, estriada con pequeñas venas rojas. Era alto, con un cráneo desnudo, verdoso bajo la luz, y con nariz huesuda, tallada en triángulo en medio de un rostro petrificado. Varios de los sesenta y siete detenidos le eran muy cercanos: por eso su mirada ausente se parecía al reflejo pasivo de los ojos de vidrio.

La ciudad no podía saber nada, pero una indefinible angustia vagaba por ella, vertida por la lluvia, traída por los transfugas, cuchicheada en las colas por las mujeres que habían leído un manifiesto de los blancos. «La hora del castigo se aproxima...». Fue en uno de esos días cuando Zvéreva hizo un descubrimiento sorprendente. El sospechoso Danil Petróvich Gof se llamaba en realidad Nicolás (Kolia). Orestovich Azin; había sido detenido bajo ese nombre un año antes y, tras ser objeto de una instrucción claramente desfavorable, había sido liberado por una orden firmada por Arkadi, quien había cometido una negligencia inexplicable. La hermana de ese sospechoso, estrechamente vigilada, solo frecuentaba a algunas parientas de edad, que carecían de interés para el expediente 42; pero recibía a un militar de marcado aspecto georgiano. Con él dio un paseo por el parque de Detskoe Sélo. Ella estaba vestida toda de blanco bajo un sombrero de paja con cinta rosa; él remaba. El soplón, que alquiló una barca y logró cruzarse varias veces con esa pareja, creyó reconocer a un personaje influyente de la propia Comisión... Llegada a este punto, Zvéreva se sintió invadida por una felicidad más grande que la de la enamorada en la barca de su amante. El valioso Kaas reveló que conocía desde hacía mucho esa relación de un miembro de la Comisión con una joven de la alta burguesía, y que había pensado en aprovecharse de esa información algún día.

El río empujaba hacia el mar masas verdosas carentes de brillo. La lluvia se encarnizaba sobre la ciudad, bajo el cielo de un color blanco sucio. El agua fluía a través de campos estériles, de páramos costeros y de bosques de abetos y abedules desnudos. En los campos embarrados y los caminos deformes, se veían arroyos de hombres grises que huían hacia la ciudad, perseguidos por columnas ebrias con una victoria inesperada. El nuevo presidente de la Checa recibió los últimos cables del frente a las tres. La situación era desesperada. Llamaron a la puerta. Debía de ser Arkadi. Era él.

—¿Qué noticias tenemos? —preguntó al ver sobre la mesa las tiras azules de los telegramas.

—Malas —dijo Ósipov sin levantar la cabeza.

Arkadi se encogió de hombros. Sin tropas frescas, la ciudad estaba perdida. Pero ¿por qué Ósipov ocultaba su rostro? Arkadi esperó. Nunca tenía miedo. Sin embargo, cuando por fin vio alzarse la frente blanca y aquella cara cansada, espantosamente triste, de Ósipov, tuvo el vago presentimiento de una gran desgracia.

—¿Qué has hecho, hermano? —preguntó pesadamente Ósipov.

Las palabras se despegaron de él como bloques de fango desprendidos de los flancos de una trinchera arruinada por la lluvia.

—¿Qué?

Ósipov se levantó, angustiado.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Conoces a Olga Orestovna Azin?

—Sí.

—¿Mandaste liberar a su hermano en febrero?

Llegaron enseguida al fondo del asunto, y ese fondo era profundo como un abismo.

—Bueno —dijo Ósipov—, tengo que detenerte.

—Espero que no dudes de mí.

—No tengo ninguna duda, pero ¿qué puedo hacer?

Casi en voz baja, como intentando disculparse, Ósipov añadió:

—La orden de arresto ha sido contrafirmada por Teréntiev.

Él o cualquier otro... Un pálido silencio ensanchó la habitación. El tictac del péndulo (Eros y Psique) vació los segundos de todo contenido. Arkadi observó por la ventana cómo la fina lluvia rayaba, con sus hilos rotos y sin embargo infinitos, una inolvidable fachada amarilla. Y, hablando en voz alta, como en un sueño, dijo algo estúpido:

—Qué mal tiempo. Habría que mandar pintar de azul esa fachada.

—¿Qué has hecho, viejo amigo, qué has hecho? —murmuró de nuevo Ósipov, tal vez en voz alta, tal vez para sí.

Se estrecharon la mano.

La forma en que las malas noticias se transmiten en una cárcel, en las ciudades sitiadas, en los países con censura es admirable e inexplicable. En tiempos de guerra civil, los habitantes de una ciudad captan en la atmósfera habitual los signos indiscernibles de su perdición. Por más que las autoridades del momento pregonen que la situación mejora, el habitante de esa ciudad sabe perfectamente que la evacuación comenzará mañana; adivina que los primeros jinetes del nuevo terror serán vistos pasado mañana en el silencio fulgurante de las calles desiertas; habrá gentes que irán con flores al encuentro de los clarines; las casas serán registradas; los sospechosos, con sangre en la comisura de los labios, se moverán como autómatas rodeados de extraños soldados de infantería con enormes gorros negros de piel de cordero... Las gentes de Kiev han conocido once ocupaciones. Las gentes de aquí se pasean buscando con su olfato el miedo o su anticipación, porque nuestro miedo está hecho de la esperanza de los otros, y nuestra esperanza está teñida de su miedo. Ciudad a la deriva. Algunos periódicos extranjeros, introducidos de contrabando y pasados de mano en mano con el mayor secreto —está en juego la vida— dicen que, según un cable de Estocolmo, esta ciudad ha sido tomada. Otro cable rectifica: «Según nuestro corresponsal especial, el Ejército Nacional confía en que hará su entrada dentro de tres días». ¡Ha leído usted bien, señora! ¡Los zapateros volverán a sus zapatos, los bancos volverán a abrir, alabado sea Dios! Los blancos han vuelto a ocupar las antiguas residencias imperiales, a treinta kilómetros de aquí. Tienen tanques... El precio del pan se triplica en el mercado clandestino, donde se agolpan dos mil personas. ¿Qué valor tiene el papel moneda de una Revolución que está a punto de recibir el golpe de gracia?

Hora de actuar, ya no hay retirada posible. Un viejo archivero hinchado, que ha sobrevivido durante meses a base de patatas congeladas que fríe en aceite de ricino, abre lentamente los cajones del gran escritorio de caoba de la presidencia del Senado, un hermoso mueble de los tiempos del emperador Pablo. ¡Hay que hacerlo! Su

corazón late como una campana. La hora del riesgo ha llegado. Tal vez mañana ardan estos archivos, hay que salvar antes las cartas del gran provocador. Se las lleva apretadas contra su pecho tísico, y ya en la calle camina como si, milagrosamente, tuviese de nuevo veinte años y unas delirantes cartas de amor que releer por la noche. Ahoga una risa muda entre los labios. Un grupo de antiguos burgueses, vigilado por dos soldados en faldas cortas, cava trincheras delante del puente de la Trinidad. El archivero contempla un momento ese lento trabajo, probablemente inútil: mujeres con chaquetones pasados de moda acarrear con torpeza bloques de madera sobre carretillas; los hombres no parecen de mal humor. ¡Que tomen la ciudad ahora mismo, me da igual!

Los suministros de la comuna son robados, y se venden incluso suministros inexistentes. ¿Quién quedará aquí mañana? Dinero para huir, dinero para esconderse, dinero para comprarse papeles, dinero para traicionar, dinero para disfrutar y enriquecerse. Celestinas cuyo número de teléfono circula discretamente te ofrecen los servicios de bellas bailarinas de *ballet*. ¿La favorita de un gran duque? ¿Una sentimental que se encariña? ¿O prefiere usted a una perversa? Dispersos por esta ciudad igualitaria subsisten harenes invisibles en los que, siempre y cuando puedas pagar con piedras preciosas, es posible disfrutar de la vida y olvidarse de la disciplina, de las asambleas, de la Revolución misma. Y las piedras preciosas no hay más que tomarlas, cuando se las encuentra. Anticuarios que han sido expropiados, y que tal vez no son más que saqueadores, te ofrecen preciosas miniaturas: algo que conservará siempre su valor, fácil de esconder y de llevar contigo. Cruzas la frontera una noche, con una pequeña valija en la mano (¡defiéndela bien en el oscuro bosque!) y eres *rico*. ¡Ah! Contrabandistas que tal vez no son sino soplones de la Checa te guiarán hacia Finlandia (o hacia una emboscada) a cambio de algunos miles de rublos. Pero ¿dónde esconder las piedras preciosas? Piénsalo bien. ¿En los tacones de las botas? Cosa sabida. Nuevos trucos: en los botones del abrigo, en una caja de cerillas a la que finges no darle importancia, en el ano, como hacen los presidiarios... Unos hombres vestidos de cuero negro, como nosotros, que hacen su turno de guardia en las oficinas del Ejecutivo, venden las existencias de la comuna y hasta vagones de víveres que ya han sido robados. El grueso rostro de campesino codicioso de un marino que ha pasado años en los almacenes de los acorazados sonríe ante las miniaturas: Pablo I (con nariz de *kalmuk*, ojos enrojecidos y un tricornio), una marquesa de tez azulada, Napoleón... ¿Y si la ciudad logra resistir? ¿Qué bailarina escoge usted, la sentimental o la perversa? La cara enrojece, acalorada por un súbito flujo de sangre. ¡Las dos, joder, que soy un hombre! Y tengo aquí una fortuna... Las cinco en punto, hora de ir a cenar a la mesa del Ejecutivo, la única donde se sirve una succulenta sopa de carne de caballo pasada. Luego toca informar al presidente, quien dice:

—Situación del suministro de alimentos: mala. Grómov, no podemos seguir así... Grómov es todo celo, franqueza y abnegación proletaria:

—¡El transporte, esos malditos trabajadores del ferrocarril no piensan más que en su vientre, todos especuladores!

—¡En fin, proponga algo, Grómov, vamos!

—Propongo requisas en los mercados. Hagámoslo militarmente. (Allí, entre el ruido de los tiros al aire de la milicia, entre el pánico de las mujeres enloquecidas, recuperaremos la harina y el arroz vendidos anteayer a Andréi Vasílievich por dos prendedores de brillantes).

Los pisos superiores del enorme Instituto están ya vacíos. En la planta baja se organiza tristemente a una multitud que recuerda a los días del levantamiento. ¿Están los pisos vacíos a causa de la movilización o es que la gente ha huido? El presidente no tiene ni la menor idea. Su andar es apático. Con las manos en los bolsillos y el aspecto de un caballero que sale de una cafetería, sigue el largo corredor recto. Las puertas de lo que antes eran los dormitorios de unas niñas están numeradas. 82, Comité del Partido; 84, Oficina de Asignación; 86, Prensa; 88, Oficina de la Internacional. El presidente entra en esta última. En una oscura antecámara desnuda, formada de mamparas de madera blanca, dos jóvenes recaderos están echando un pulso e intentan contener la risa por miedo a ser oídos por la temible secretaria, quien corrige las pruebas de un mensaje al Partido Comunista Alemán, sobre la escisión del grupo de Bremen. Se quedan congelados al ver aparecer al presidente. Pero la voluminosa cabeza greñuda de este tiene una vaga sonrisa. Los jóvenes se envalentonan de pronto.

—¡Ya no tenemos ni pantalones, ni zapatos, fíjese, camarada! ¡Fírmenos un bono, camarada! ¡Qué suerte, va a firmar el bono!

—Pídanlo en la secretaría. ¡El presidente lo ha dicho!

Cuando se va, los jóvenes bailan una giga silenciosa:

—¡Vamos a tener zapatos!

Una espaciosa sala blanca. El presidente dicta a su taquígrafa, una rubia pálida: «¡Trabajadores del mundo!...». Esta noche la radio lanzará el llamamiento final de la Comuna del Norte («¡A todos, a todos, a todos!»). Esa voz es lo único que tenemos ya para oponernos a la escuadra que bloquea el puerto y que mañana hará desembarcar batallones de cascos aplanados. «Soldados y marinos británicos, proletarios y campesinos, ¿olvidáis que somos vuestros hermanos?». El presidente va de una esquina de la habitación a la otra, marcando el ritmo de sus frases. La taquígrafa lo mira de reojo mientras él, buscando las palabras delante de la ventana, se pasa la mano por los cabellos rebeldes. La taquígrafa piensa que siempre es lo mismo, que él tiene una hermosa cabeza, que ella va a llegar tarde a la distribución de arenques de la subsecretaría de los países latinos, que en caso de evacuación él seguramente se la llevará consigo en el vagón presidencial...

El cuartel general de una división se instala en una de las estaciones de tren. La línea

de fuego bordea los grandes suburbios. Las líneas de resistencia y de retirada de la defensa interior siguen los contornos de los canales. Ciertas esquinas serán bien defendidas. Los supervivientes se retirarán a lo largo del río, a riesgo de que les corten el paso dos veces... Después, reinarán la dinamita y el fuego. Kondrati lo dice con calma:

—Volaremos los puentes. Volaremos las fábricas. Volaremos el Ejecutivo, la Checa, los antiguos ministerios. Prenderemos fuego a los almacenes del puerto. Convertiremos la ciudad en un volcán. Esa es mi solución.

El presidente preferiría otra. Su voluminosa y azulada cabeza está pegada al teléfono. Su voz ahogada transmite incansablemente las malas noticias a seiscientos cuarenta kilómetros de distancia, al corazón mismo de la República. Ni víveres ni refuerzos. Avance irresistible del enemigo. Tanques. Sí, tanques. Tropas desmoralizadas, no son de fiar. Conspiraciones en la ciudad. Corremos el riesgo de ser atacados por la espalda. Las tropas del frente norte cederán al primer empuje, no hay que hacerse ilusiones al respecto. La flota británica... Repito: insostenible. Evacuación, sí. Evitar una masacre inútil, salvar la fuerza del proletariado...

La Checa sesionó en pleno, conforme a los estatutos, para juzgar el asunto de Arkadi. Fleischmann, nombrado para ocupar el puesto del acusado, informaría después sobre la situación en el frente. Doce cabezas en la pequeña sala de sesiones con paneles de roble. Ósipov presidía la sesión. El caso tenía una simplicidad irreparable.

El informe de Zvéreva, concebido en términos de una aparente moderación, terminó con una velada acusación de corrupción. Nada probaba que Olga Orestovna Azin no hubiese obtenido de Arkadi la liberación de otras personas además de la de su hermano, ni que no hubiese sido pagada por los interesados. Un pasaje ambiguo de la declaración de Kaas reforzaba esa presunción. (Ese odioso informe había determinado a Ósipov a retirar el expediente 81 a la camarada Zvéreva para pasárselo a Kirk; pero algunos veían en ello una medida arbitraria; la camarilla del presidente, en las conversaciones íntimas que de alguna manera siempre llegaban a oídos del Comité Central, juzgaba severamente «esa singular manifestación de camaradería»...).

María Pávlovna fue enviada a Moscú para entregar el expediente al líder supremo, y se encontró en presencia de un hombre huesudo a quien el exceso de trabajo daba un aire de viejo recluido y abrumado por las preocupaciones. Sus hombros flacos sobresalían bajo su guerrera verde. Era todo nervio, filo, movimiento concentrado, reserva, reticencia, silencio. Perfil cortante, perilla, mirada ausente que se clavaba en el interlocutor de manera inexorable, tal vez a causa de una limpidez decantada por la tensión interior. No había nada sobre su mesa salvo un enorme tintero macizo, hecho de piedras raras de los Urales de un color carne con venas violetas, un regalo de los proletarios de Ekaterimburgo, «de los verdugos del último

autócrata,^[21] para el inflexible portador de la espada de la Revolución, nuestro querido y gran...». No había tinta, naturalmente, en el hermoso tintero cerrado, pues el líder supremo firmaba sus decretos con una pluma estilográfica, regalo de un periodista cuáquero, el señor Pupkins. Mapas del frente. Bajo el retrato de Karl Marx de tamaño natural, entre las dos ventanas, una extraña panoplia: cachiporras hechas de enormes raíces llenas de clavos; mazos cubiertos de protuberancias, colgados de cables; fusiles mutilados, con el cañón cortado, la culata amputada; una especie de cañón deformado (un tubo metálico insertado en un tronco de árbol), y, en un triángulo de cartulina, una noticia escrita a máquina: «Liquidación de la banda Tarasov, gobierno de Tambov, febrero de 1919».

El líder abrió el expediente. Informe de Zvéreva. Interrogatorios de Olga Orestovna Azin. Interrogatorios de Arkadi Arkádievich Ismaílov (Arkadi recuperaba su nombre entero y eso lo distanciaba aún más). Las declaraciones de los dos acusados coincidían de manera tan minuciosa que parecía que ambos se habían puesto de acuerdo de antemano. La acusada afirmaba haber estado convencida, en aquella época, de la inocencia de su hermano. Arkadi la había creído. Un mes después ella se convirtió en su amante. Sobre este último punto había sido difícil arrancarle detalles. Una denuncia secreta subrayaba que la investigación, arbitrariamente retirada a la camarada Zvéreva, colaboradora irreprochable, había sido confiada a un antiguo sindicalista, Kirk.

—Un asunto sucio —dijo el líder supremo mirando en línea recta al vacío—. Debería ir yo...

La puerta se abrió suavemente y alguien trajo un sobre rojo. El líder volvió sus ojos límpidos hacia María Pávlovna y preguntó:

—En términos generales, ¿no está su comisión demasiado corrompida?

El gesto altivo de la severa anciana, que él conocía desde hacía veinte años, ya que habían mantenido correspondencia cuando ella vivía en París, en la rue de la Glacière, y él en Ust-Kansky, en el Altái, en los confines de China, le hizo añadir rápidamente:

—No lo tome a mal, María Pávlovna. Usted misma sabe cuán pronto se desmoraliza la gente, los jóvenes sobre todo. Vamos, decida este asunto usted misma, lo dejo en sus manos. Regresaré más tarde...

Esa prueba de confianza constituía tal vez la peor manera de decidir, porque en aquel momento la sombra desconfiada del jefe dominaba la Comisión.

Otra complicación: el escándalo se propagaba. El presidente, hablando en una gran asamblea del Partido, se había permitido una alusión muy clara a los gérmenes de corrupción descubiertos hasta en la temible Checa. «Depuraremos despiadadamente los órganos del Terror», había exclamado en un bello movimiento oratorio, «la espada del proletariado debe estar limpia». La sala había aplaudido largamente. Dada la situación, todos los miembros del grupo Kondrati, al que pertenecía Arkadi, se sintieron amenazados. Tenían que aprovechar ese arrebató de

demagogia del presidente y utilizarlo en contra de él mismo, pues nadie tenía derecho a divulgar un asunto que todavía no había sido juzgado ni por el Partido ni por la Comisión. Ahora bien, el sacrificio de Arkadi parecía imperativo, para que la camarilla no se viese salpicada por su culpa.

Por último, estaba el caso Zolin. Aunque distinto por completo, estaba en mente de todos y había causado una gran indignación. Ese agente de baja categoría de la Comisión, que había fabricado falsos sellos para hacer que le entregaran víveres a cambio de bonos que él mismo expedía, acababa de ser pasado por las armas sin discusión.

El artículo 15 del Reglamento Interno era tan preciso como una cuchilla. El debate fue breve, entrecortado por largas pausas incómodas. Al final, María Pávlovna, único miembro presente del Comité Central, dijo con tono neutro:

—Propongo la aplicación del artículo 15.

Ósipov sometió la propuesta a votación. ¿Ivánov? A favor. ¿Feldman? A favor. ¿Ognev? A favor. Fleischmann, el primero del grupo Kondrati, votó a favor. Teréntiev, en el momento de votar, tomó la palabra. Durante unos instantes, su voluminosa cabeza colorada, sus labios ondulados y su frente baja fueron el único centro de atención. Sus ojos de porcelana, de matiz impreciso, giraban en todos los sentidos. Con sus manos torpes, tan coloradas como su rostro, hizo algunos gestos cortos, semejantes a tartamudeos:

—En todo esto no hay más que una historia de faldas. Arkadi está limpio. Tenemos pocos hombres de ese temple. Vale más que yo, os digo, ¡cien veces más! Os digo que no podemos fusilarlo. Yo soy un hombre inculto, mirad mis manazas, mirad cómo firmo...

Se apoderó de un lápiz e hizo el amago de firmar. Miró alrededor en busca de apoyo, pero los once rostros estaban mudos. Ósipov, con la mejilla apoyada en la mano y la mirada apagada, escuchaba tristemente. Teréntiev se puso rojo como el carmín y tartamudeó:

—Yo creo en él. Es cierto que a la Revolución no le basta la palabra de una persona, que debemos ofrecer también nuestras cabezas, puesto que no tenemos piedad. ¡Pero no puedo! No podemos...

Se calló.

—¿Has terminado? —preguntó Ósipov con suavidad—. ¿Entonces votas en contra?

Kirk miró ávidamente a Teréntiev. Quedaban seis votos, y aquel podía ser el decisivo. Teréntiev, ruborizado, con la cabeza baja, las venas del cuello hinchadas y sus dos torpes manos sobre el tapete verde, luchaba consigo mismo, acorralado contra una muralla invisible.

—No —dijo con voz estrangulada—, voto a favor.

Kirk lanzó un *en contra* con una especie de furia. Demasiado tarde, fue el único. Ósipov, que era el último, dijo con claridad:

—Yo, a favor. Por once contra uno, queda aprobada la aplicación del artículo 15.

Esa noche, ya tarde, Kirk llamó a la puerta de la habitación 103 de la Casa de los Soviets. Ósipov, sacado de la cama en camisa, descalzo, con su viejo pantalón de montar flotando alrededor de las flacas caderas, lo recibió con inquietud:

—¿Qué hay?

—¿Qué hay? Nada. ¿Sabes, hermano? Estamos cometiendo un crimen.

—¿Un crimen? —replicó Ósipov—. ¿Porque esta vez cae uno de nosotros? ¿No comprendes que uno debe pagar con su sangre por el derecho a ser despiadado? ¿Acaso piensas que no acabaremos todos del mismo modo? Yo lo habría salvado si hubiera podido. Pero ya viste lo que pasó, no quedaba más remedio que compartir la responsabilidad de los demás. Eres un quijote, con tu manera de hacerte el caballero solitario. Puede que te diviertas, pero no sirve para nada. Y además, escucha, todo ese asunto no tiene ya la menor importancia. Como tampoco la tendrían tu muerte o la mía esta misma semana. Llegas en el momento oportuno, porque yo estoy exhausto. Despierta a Grisha, en la sala de guardia, toma mi motocicleta y di que te lleven a Smolny. Han llegado seiscientos hombres de Shlisselburg. Hay que alojarlos, darles de comer, armarlos y convertirlos en una fuerza de combate. Date prisa.

Las oficinas funcionan como de costumbre, es decir, que hacen como que funcionan. Hay colas de gente en las calles. Asamblea extraordinaria en la fábrica. Sesión extraordinaria en el Distrito. Teléfonos. La ciudad espera los acontecimientos que se están preparando en algún lugar por encima de ella, en regiones desconocidas; espera a que salten sobre ella como si fuese una inmensa presa. ¡Ay de los vencidos! Una joven embarazada (la maternidad desarma las sospechas) y una anciana de cabellos blancos preparan los papeles falsos para que mañana, una vez perdida la ciudad, una organización clandestina continúe con la actividad del Partido; no saben que ya han sido vendidas al enemigo; que este tiene sus direcciones; que los falsos pasaportes extranjeros que compran son doblemente falsos... Los regimientos se preparan con desaliento para la batalla definitiva, preñada de un espantoso sálvese quien pueda. Los batallones especiales del Partido, acuartelados alrededor de los comités, murmuran que no se está haciendo nada para preparar la evacuación, que los jefes tendrán trenes y automóviles, ellos sí, para escabullirse, mientras que los pobres desharapados harán de mártires. Los obreros, en las fábricas muertas, reclaman harina y roban metales, herramientas, tableros, láminas, cuerdas, cables... Nubarrones cargados de lluvia traen rumores de traición, de incendios, de derrotas, de ejecuciones. Los cosacos han saqueado el palacio de Gátchina. El gran escritor Kuprín se ha pasado al enemigo. «¡Ahorcan a todos los judíos, a todos los comunistas, no dejan ni uno!». En el patio de un colegio, un patio salpicado de charcos de lodo, Raquel y Sara, que parecen nacidas bajo palmeras en los linderos de un desierto bíblico, se ven de pronto rodeadas de mocosos:

—¡Judías, judías, pronto os van a destripar!

—¿A los niños también? —pregunta Magdalena, la de las trenzas rubias.

—¡A todos, a todos!

Las niñas judías se van agarradas de la mano, y el futuro terror las rodea ya de un vacío extraño.

—¿Qué es *destripar*? —pregunta Raquel a su hermana mayor.
Pero la mayor, que tiene ganas de llorar, aprieta el paso.
—Cállate, nunca entiendes nada.

¿Cómo quieren ustedes que la ciudad resista cuando la República entera se va a desmoronar? Los expertos han estudiado a fondo el problema de los transportes, el problema de la distribución de alimentos, el problema de la guerra, el problema de las epidemias. Concluyen que se necesitaría un milagro. Es su manera de decir al Consejo Supremo de la Defensa: «¡Están ustedes en quiebra!». Se retiran, muy dignos, velando su arrogancia de profetas. Uno de ellos sabe que el deterioro de las vías férreas resultará fatal en menos de tres meses; otro, que las grandes ciudades están condenadas a morir de hambre dentro del mismo plazo (es matemático); un tercero, que el programa mínimo de fabricación de municiones es completamente irrealizable. El cuarto anuncia la extensión de las epidemias. Sus expedientes contienen los gráficos con todas las tomas de la temperatura de la Revolución. Esa curva de la fiebre es mortal. No se puede forzar a la historia. ¿Acaso no lo ve? No se puede organizar la producción sometiendo al terror a uno de los pueblos más atrasados de la Tierra. Los expertos callan a duras penas su veredicto, por deferencia hacia los hombres enérgicos que se embarcaron en esta formidable aventura, que están perdidos, y cuyas faltas, incluso las más insignificantes, serán estudiadas durante mucho tiempo. ¿Cómo explicar a esos hombres? He ahí el problema de los problemas. En esa deferencia de los expertos hay temor, también ironía, quizás incluso nostalgia.

Los expertos se han ido. Dos hombres están frente a frente en medio del Consejo Supremo, el cual, con todas esas caras preocupadas y esos papeles llenos de cifras engañosas, parece de hecho el consejo de administración de una empresa terriblemente deficitaria. Pasivo de la empresa: el terror blanco en Budapest, la derrota de Hamburgo, el silencio de Berlín, el silencio de París, la vacilación de Jean Longuet, la pérdida de Oriol, la amenaza sobre Tula. Y el hecho de que hasta ayer no éramos nada, de que venimos de la miseria, de las tinieblas, de una derrota perpetua. Activos: los telegramas de Italia, las huelgas de Turín, las hazañas de los guerrilleros en la taiga siberiana, la rivalidad entre Washington y Tokio, los artículos de Serrati y de Pierre Brizon. Y la ciencia, la voluntad, la sangre de los proletarios. Añádase también el terrible balance de una civilización que lleva consigo la herida de la guerra. Además, gracias a la propaganda, las once mil personas asesinadas por el terror blanco en Finlandia se han convertido en un activo...

En ese momento, en medio del trabajo y del silencio de las masas, el debate se resume en dos cabezas. Se trata de esas dos cabezas cuyas cansinas efigies se encuentran en todas partes: en las casas, en las oficinas, en los clubes, en los periódicos, en las puertas de los edificios públicos, en los escaparates de los

fotógrafos que actúan como lacayos y compiten entre ellos por el honor de obtener las imágenes. En cierta ocasión, esos dos hombres, de buen humor después de un gran éxito en la nacionalización de las minas de carbón, intercambiaron palabras irónicas sobre esa iconografía:

—¡Qué consumo de retratos! ¿No te parece excesivo?

—El reverso de la popularidad, amigo mío, que crece gracias a los oportunistas y los imbéciles.

Los dos eran sarcásticos, pero de maneras diferentes: uno aparentaba bonhomía, con una gran frente despejada, pómulos ligeramente acentuados, nariz fuerte, una brizna de barba rojiza y un gran aire de salud, de sencillez, de ladina inteligencia. Una risa frecuente arrugaba sus ojos, empequeñecidos entonces, llenos de chispas verdes. Tenía en esos momentos la frente enorme y abultada, la boca grande, una expresión jovial que revelaba al observador esa mezcla de rasgos asiáticos y europeos. El otro era un judío con labios prominentes cuyo gran pliegue mostraba a veces la poderosa fealdad de un águila, con una inteligencia aguda en la mirada, gestos de conductor de hombres, una certeza interior que los miopes podían confundir con un orgullo pasado de moda, y, en la risa, una máscara mefistofélica bastante engañosa, porque aquel hombre conservaba una capacidad para la alegría propia de un adolescente para quien la vida está toda por conquistar.

Se rieron de sus propios retratos.

—¡Espero que vivamos el tiempo suficiente para hacer que dejen de imprimirse!
—dijo uno de ellos.

—¡Roguemos a Dios que nos deje vivir lo suficiente como para no ser beatificados! —contestó el otro.

Sabían que no se puede mover el mundo sin apoyarse en las piedras más viejas.

La suerte de la ciudad se decide entre ellos. ¿Qué es una ciudad, incluso esa? El frente sur importa más. Es allí donde hay que resistir: conservar el arsenal de Tula, la capital central, las claves de acceso al Volga y los Urales, el núcleo de la Revolución. Hay que seguir ganando tiempo, incluso a costa de ceder terreno. Concentrar nuestras fuerzas. Nada se habrá perdido después de este durísimo golpe. Dado que la situación se hace insostenible, podemos evacuar la ciudad. El enemigo no será capaz de alimentarla. Y eso será motivo de discordia entre los blancos y sus aliados. Es más, uno de esos dos hombres, el que se caracteriza por ejecutar con la mayor prudencia los planes concebidos con la mayor audacia, se prepara ya para reunir nuevas fuerzas en caso de aceptar la derrota.

El otro suele inclinarse por las soluciones enérgicas. La mejor defensa consiste en atacar. Doscientos mil proletarios, incluso exhaustos, han de ser capaces de resistir frente a un ejército diez veces menos poderoso y que les trae un yugo. Doscientos mil proletarios pueden ser bien una masa amorfa llamada a la esclavitud o bien una multitud en marcha hacia una gran victoria o una terrible derrota, una fuerza invencible e inexorable, superior a los viejos ejércitos, capaz por sí misma de dar a

luz ejércitos apasionados. Una oscura conciencia transforma a las muchedumbres sumisas en muchedumbres rebeldes; una conciencia clara despierta a las masas a la organización y luego produce ejércitos. No se necesita más que un fermento humano.

La tesis a favor de la resistencia se impone. El jefe del ejército sacude su cabellera negra. Un destello de burla vela la mirada de preocupación tras sus anteojos. El pliegue de su boca se relaja.

—¡Enviaré a los baskires!

La risa de los dos hombres desconcierta por un momento al Consejo. Lanzar a esa caballería de las estepas sobre Helsinki, si Finlandia hace algún movimiento, es una gran idea. (Aunque está por ver si los baskires aguantarán el tipo cuando se vean sometidos al fuego enemigo...). El asunto hará correr ríos de tinta en Occidente. No está mal. Manipular a la prensa del enemigo es una ventaja.

—Si atrapamos a la prensa extranjera en su propia estupidez, el efecto es seguro.

—La atraparé en su estupidez, su exotismo y su miedo.

Batallones grises fluían por las calles de los suburbios. Tres mil cabezas silenciosas, alineadas bajo las anchas columnas blancas del palacio Táuride, escuchaban el discurso de Trotski, quien amenazaba con expandir la Revolución como si estuviese entonando amenazas bíblicas. Mañana esa amenaza llegaría al país de los lagos blancos y de los bosques pensativos; como una sombra maléfica, penetraría en las bellas cabañas de esa gente rubia, de tez clara, orgullosa de su limpieza, de su bienestar y de sus hijas que practican el remo y leen a Knut Hamsun, esa gente orgullosa de contar con la mayor policía del globo y de haber ahogado en sangre su comuna.

—¡El camino que viene de Helsinki a esta ciudad también va de esta ciudad a Helsinki!

Tres mil pares de manos aplauden, porque la situación se ha invertido, el peligro se ha transformado en poder. El hombre que levanta la mano para golpear se siente más fuerte que el que la levanta para parar el golpe.

—No dijimos nada, burguesía de Finlandia, cuando vendiste tu país al extranjero. No dijimos nada cuando tus aviadores nos bombardearon. No dijimos nada cuando asesinaste a nuestros hermanos. ¡Esta es la gota que ha colmado el vaso!

Sí, el vaso estaba colmado, todo el mundo lo sentía en esa oscura hoguera donde las siluetas sinuosas se cargaban de una nueva ira.

—¡Pues bien, atácanos! ¡Atrévete! Nosotros te anunciamos el exterminio. Estamos agolpando a tus puertas la Primera División baskir... Que un joven pueblo de las estepas venga a sus muertos de los Urales y a los muertos de todas las comunas asesinadas y acabe con esos comerciantes bien aseados y afeitados que, desde hace meses, han estado especulando y haciendo negocios a costa de nuestra muerte. La Revolución acorralada se revuelve y te muestra una nueva cara, Europa.

Rechazaste a los proletarios que proclamaban la paz. Los proscribiste de tu civilización porque, armados con tu ciencia, han emprendido la reconstrucción del mundo que llevan sobre sus hombros. ¡Que así sea! Tenemos otra cara. También tenemos caballerías escitas (el poeta dijo la verdad).^[22] ¡Las lanzaremos sobre tus limpias ciudades de fachadas claras, sobre tus iglesias luteranas de torres de ladrillo rojo, sobre tu Parlamento, sobre tus chalets confortables, sobre tus bancos, sobre tus periódicos de derechas!

En las amplias avenidas rectas aparecieron esos jinetes con gorros grises o negros de piel de cordero, jinetes montados sobre pequeños caballos rojizos de largo pelo que no sabían caracolear. Los escuadrones iban precedidos por comisarios con anteojos. Había algunos que, a modo de insignia, llevaban prendido a sus guerreras un medallón de Karl Marx. En su mayoría eran nómadas amarillos de ojos pequeños y caras bastante aplanadas, anchas y musculosas. Parecían felices de pasear por una ciudad, donde los cascos de los caballos nunca tocaban la tierra, todas las casas eran de piedra y de repente salían de la nada los automóviles, aunque, lamentablemente, escaseaban los abrevaderos. Además, la vida allí debía de ser triste, puesto que no había colmenas, ni rebaños, ni horizontes de llanuras y montañas... Sus sables estaban adornados con cintas rojas. Entrecortaban su canto gutural con silbidos que provocaban breves escalofríos en las crines de los caballos.

Por la noche, los comandantes, los comisarios, los miembros de los comités y los hombres que pertenecían al Partido, autorizados a salir, vagaban por las calles de mala fama en busca de prostitutas. Pronto se corrió la voz de que casi todos estaban enfermos. Pagaban bien, porque muchos eran ricos en su país; eran dulces, curiosos, cariñosos y brutales con las mujeres de la calle, que eran demasiado blancas, demasiado inquietas y demasiado habladoras para su gusto, y que se sentían intimidadas por esa especie de torpeza que ellos tenían. Conocieron a Dunia-la-Víbora, a Katka-Pequeña-Manzana, a Marfa-la-Chata. Uno de ellos dejó en el vientre rosa de Katka-Pequeña-Manzana un cuchillo curvo con mango de hueso. En su país, las mujeres conocen danzas lentas y coros que el hombre no olvida nunca. Llevan sobre sus largos vestidos rojos pectorales cargados de filas de monedas que se transmiten de generación en generación: grandes rublos de plata de Pedro y de las dos Catalinas, águilas ennegrecidas de todos los autócratas, monedas de tres siglos. El dibujo de sus vestidos se remonta aún más atrás. Adoran el coral y, en el umbral de las casas bajas de madera o de las grandes tiendas de campaña redondas, canturrean mientras muelen el grano en morteros que no son sino troncos de árbol cortados. Su gesto sigue siendo el de las mujeres de las primeras tribus turcas que, huyendo de la sequía y de la guerra, llegaron a la tierra de Biélaia hace ya tantos siglos que los historiadores pierden la pista. Quizás los antepasados de esos jinetes ya trabajaban sus colmenas como lo hacen hoy mucho antes de que hubiese sofistas en Atenas.

Ya en el cuartel, de vuelta de los antros, varios de esos hombres se acucillaron en círculo para recuperar antiguos proyectos. Se sentían hijos de un pueblo resucitado. Evocaron con amargura el gran *Kurultai* de 1917, que proclamó la independencia nacional. Palabra por palabra, derramaron su resentimiento por tener que pelear por otros, sus esperanzas de gloria, su esperanza más tangible de recibir la paga, así como otros pensamientos más torpes. El hombre que, con silencio felino, acababa de poseer a Dunia-la-Víbora, ese hombre con el lomo vacío, las uñas negras y el cráneo comido de bichos bajo las greñas, citaba con voz gangosa al poeta nogái:

*La aurora rosa despertará a los caballos de Oriente,
Los abedules blancos saludarán a los caballos de Oriente...*

Kirim, sentado en cucullas frente a él, continuó con voz cantarina:

Las flechas del sol guiarán a los caballos de Oriente...

Kirim siempre llevaba un casquete verde bordado en oro con caracteres árabes, incluso bajo el enorme gorro de piel de cordero. Era un hombre instruido en el Corán, en la medicina tibetana y en la hechicería de los chamanes que saben conjurar a los espíritus, llamar al amor o a la lluvia y desencadenar epidemias. También podía citar de memoria pasajes del *Manifiesto comunista*.

Para divertirse, despertaron a Kara-Gáliev, cuyo ronquido silbante oían.

—¿Qué hora es Kara-Gáliev?

Kara-Gáliev había cuidado rebaños en la estepa de Oremburgo durante década y media. Los vientos secos habían roído la piel de su rostro como si fueran ácido. A sus treinta años ya estaba arrugado, tan arrugado como ese viejo de sesenta que a veces él creía ser, pues había perdido la cuenta de sus años. En el pecho, suspendido contra la carne rara vez lavada, llevaba un reloj de oro semejante a un gran amuleto, sobre cuya caja estaba grabado:

*Al soldado
Ahmed Kara-Gáliev
del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos
por su valentía*

Dado que Kara-Gáliev conocía el lugar exacto que ocupaba cada palabra, se imaginaba a veces que sabía leer. Como hombre de las llanuras, tenía un sueño ligero. ¿Qué hora era?

Sacó su reloj, que no andaba desde el día en que se lo habían dado mientras

sonaban los acordes de *La Internacional*, bajo las banderas rojas, sin que él supiese exactamente por qué. Y es que ese mismo día había robado un caballo, huido en la sombra y encontrado una ametralladora abandonada por el enemigo en medio del combate. Se llevó el reloj a la oreja y lo sacudió. Tic, tac, tic, tac. Los pequeños sonidos del tiempo se hicieron perceptibles por un momento. Kara-Gáliev, sin hacer ruido, atravesó la habitación con los pies descalzos, hinchados como los de un fauno, y salió a oler el aire de la noche sin estrellas. Kara-Gáliev era infalible: sobre su cabeza rizada se habían extendido tantas noches diferentes, con sus alfombras de estrellas, sus cúpulas de hielo, su infinitud, su vacío, que había nacido en él un sentido nuevo del tiempo. Aunque la oscuridad sería igual pasada una hora, pasadas dos o tres horas, él dijo:

—La tercera hora después de la puesta del sol.

La Oficina Central de Educación Política envió conferenciantes a explicar el socialismo a esos guerreros. Partieron hacia el frente con columnas de jóvenes *mujiks* de Riazán vestidos de caqui, con batallones cuyos combatientes apretaban sus cartucheras sobre viejos abrigos, con escuadrones vestidos todos de negro, asombrosamente limpios y bien alimentados. A la altura de Púlkovo, no lejos del observatorio cuyo telescopio apuntaba hacia el cúmulo de estrellas en el seno de la Osa Mayor, a miles de años luz, aquella caballería del siglo XIII fue diezmada por obuses fabricados en Saint-Denis. El temblor del suelo causado por el fuego de artillería arruinó las observaciones del astrónomo Moisés Salomovich Hirsch.

El parque de Detskoe, cubierto de hojas secas, se hallaba en un estado de irreversible abandono. El olvido caía sobre los pabellones y las estatuas colocadas al final de las avenidas rectas para deleite de las emperatrices. Unos baskires admiraban la pequeña mezquita blanca al borde del lago. El teatro chino, rodeado por la gran calma de los abetos, se llenó de los pesados ronquidos de una horda reventada de cansancio. Por las puertas abiertas se escapaba un olor de madriguera. Al fondo del parque, pasaban convoyes de heridos: las últimas imágenes de la vida que se reflejaban en esos ojos debilitados eran la punta dorada de un minarete al borde del agua, la blancura lisa del lago, las columnatas del *belvedere* de una lejana colina y, formando una especie de deslumbrante corona, las torrecillas doradas del Palacio Catalina.

En las puertas de ese palacio hacía guardia Trifón, el antiguo ujier del palacio, aterrado y armado con un fusil de caza. A su lado estaba una mujer pálida con un pañuelo rojo. Trifón, barbudo hasta los ojos, guardaba un feroz silencio. Cada vez que oía el eco de los disparos lejanos, daba algunos pasos por la acera, inspeccionaba la calle y la reja del nuevo jardín y, con la cabeza descubierta, se persignaba deprisa, cinco, seis, siete veces, delante de la iglesia blanca y azul. Su devota actitud chocaba con la inútil carabina con la que iba armado. Creía que había llegado el fin de los tiempos, pero no dudaba de que era necesario evitar el saqueo del palacio que él

había guardado desde hacía treinta años; era necesario preservarlo incluso de la ira de Dios. El guardia tiritaba de fiebre dentro de un abrigo demasiado amplio para su cintura de avispa. Su pantalón de rayas estaba lleno de barro. La mujer con el pañuelo rojo tenía la mirada perdida y los labios secos, casi negros. La alegría de no haber sido ahorcada dos días atrás la iluminaba por dentro. Para tranquilizarse a sí misma tranquilizaba a sus compañeros: «No se preocupen, tengo mi credencial del Partido». Las diminutas pupilas negras de Trifón se detenían sobre ella con una risa secreta mezclada con odio. Detrás de los postigos cerrados y de las puertas aseguradas con candados, en una penumbra sepulcral, dormían los amplios salones con suelos de maderas raras: el salón Ámbar, el salón de los Retratos, poblado de espectros en traje de gala, el salón de Plata, el salón de los Leones de tintes pardos, el salón de los Espejos...

La división baskir curaba sus heridas —lo cual no era fácil porque faltaban vendas— y apagaba su fatiga en un profundo sueño negro. Un comandante con la cabeza cubierta de un casquete verde bordado en oro apareció a las puertas del palacio. Iba él solo. Quería visitar el lugar.

—¡Soy Kirim, comandante de la 4.^a, miembro del Partido!

El guardia insistió en quitar él mismo el candado. Guio al visitante de rostro inmóvil a través de los departamentos imperiales. Kirim, después de días de caótico combate bajo la lluvia, caminaba en silencio, sorprendido ante esa penumbra caldeada por destellos de oro. De buena gana habría dormido en aquellos pisos como bajo el cielo de los pastizales. Las lámparas de araña, en su temblor infinitesimal, intercambiaban centelleos de estrellas perdidas. Delante de los jarrones de malaquita, dijo:

—Eso es nuestro.

El guardia, temiendo que su huésped pretendiese llevarse los jarrones, murmuró:

—... Inscritos en el inventario de los bienes nacionalizados...

Y añadió:

—Pesán mucho...

—Me refiero a que es piedra de los Urales —prosiguió severamente Kirim—. Nuestros Urales.

Un poco más tarde, delante de una columnata blanca, Kirim divisó a un marino alto que parecía haber estado combatiendo, ya que la parte inferior de su abrigo estaba manchada de sangre oscura. Sujetaba por la brida el caballo de un oficial. Su botín. Trajos espléndidos, arrancados de los guardarropas de la última emperatriz, estaban sujetos en la parte de atrás de la montura, bajo rudas correas, en un bulto informe. Kirim se acercó y simplemente dijo:

—Camarada, sería mejor que dejaras estar los bienes de la República. Debemos actuar con conciencia.

El marino, verificando con la mano el ajuste de la silla, le lanzó alegremente su respuesta:

—La República me la... ¿entiendes? No te enfades, hermano, cara de amargado, no agarré todo. Queda para ti.

Apareció Kara-Gáliev, que estaba justo al borde del lago. Cojeaba. Otras formas grises se entreveían a través de los sauces llorones.

—¡He! —gritó Kirim. Saltó como un gato, agarro al marino y los dos rodaron entre las patas del caballo. El animal, momentáneamente sorprendido, miró con curiosidad la doble forma humana que rodaba por el barro. Luego su atención se fijó en un casquete verde que tenía una bella inscripción árabe: «No habrá ciudad, dijo Alá, que escape a nuestro terrible castigo».

Y así fue como el destino de Yegor se torció.

Los rehenes se reunieron. El príncipe Usátov, antiguo presidente de los Ferrocarriles del Sureste, sometió a votación dos mociones. La primera, del general Kaspárov, proponía exigir que la Administración creara una zona especial para los rehenes completamente separada de los prisioneros comunes. La segunda, del consejero secreto Von Eck, pedía únicamente que los rehenes tuviesen autorización para cerrar ellos mismos sus salas durante el día, a fin de impedir los robos. Este «moderantismo oportunista» del consejero secreto indignó a los intransigentes. Un jurista calvo sostuvo que la situación excepcional les permitía exigir el trato de los prisioneros de guerra... Al llegar ahí, se interrumpió y balbuceó: «En cualquier caso, esto no servirá para nada...». Entonces se levantó un murmullo de desaprobación.

—¿¡Acaso no hemos conseguido que nos den jergones!? —gritó victoriosamente el financiero Bobrikin, llamado el Obeso, a pesar de que seis meses de arresto le habían hecho parecerse a un gran murciélago atolondrado por la luz.

El profesor Lytaev terminó votando por la moción moderada, lo que provocó que sus vecinos se mofaran del liberalismo incurable de la Universidad. Desde la noche en la que había sido arrastrado fuera de su celda, sin duda para ser llevado al lugar de la ejecución, y, por error o por indulgencia, había terminado en el sector de los rehenes, se sentía muy bien, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias. Las cartas de su mujer, junto con cajetillas de cigarrillos, le llegaban diariamente por medio de un antiguo ratero que había decidido quedarse en la cárcel, ahora en calidad de vigilante, y que tenía debilidad por los intelectuales. El profesor se había arreglado un rincón en la sala 3, casi debajo de la alta ventana enrejada que no había vuelto a lavarse desde la abdicación del zar. La tapa de una caja de madera le servía de pupitre. Con la espalda apoyada en el muro, las piernas extendidas sobre el jergón y el pupitre sobre las rodillas, miraba fijamente, en lo alto de la ventana, el rombo casi regular de un vidrio roto por donde se mostraba el cielo blanco, y olvidaba la sala detrás de él, llena de pequeñas pasiones y de grandes angustias. Como no se habían

producido ejecuciones de rehenes desde hacía bastante tiempo, algunos optimistas decían que había llegado el fin del terror, ya que, según ciertos rumores, se habían producido negociaciones secretas con la Cruz Roja internacional. Los pesimistas se encogían de hombros. Según ellos, era de esperar que una de esas noches les diesen una amarga sorpresa.

—Esos bandidos se burlan de la Cruz Roja y están demasiado locos para detenerse a medio camino. Yo no apostaría mucho por nuestros pellejos —decía el general Kaspárov.

Tenía sus razones para estar inquieto. Temblaba cada vez que los periódicos admitían la desastrosa situación del frente. Y es que sabía que los derrotados no tienen piedad, puesto que él mismo, antes de subirse al tren especial reservado para la huida del Estado Mayor, había ordenado una matanza de prisioneros.

El reparto del azúcar y de los arenques seguía siendo la preocupación dominante de la sala. El príncipe Usátov, elegido como decano, presidía esas peleas con una equidad de viejo noble acostumbrado a arbitrar en cuestiones de honor. Gracias a él, el armador Niésterov (de la firma Niésterov y Bosch, conocida en los puertos del Viejo y del Nuevo Mundo), quien rechazaba el pescado seco, recibía cada dos días un terrón de azúcar extra y, cada día, tres cucharadas suplementarias de sopa de col agria.

El vuelo lento de un cuervo trazó en el vasto jirón de cielo blanco que contemplaba Lytaev una curva que se desvaneció de inmediato; pero esa raya inexistente y, sin embargo, real bastó para desencadenar el pensamiento del anciano. «El vuelo del pájaro, ese es el hecho; la curva no es sino la ley concebida por mi espíritu». Sacó de debajo de su almohada unas hojas de papel con manchas de grasa y las desarrugó con cuidado. Después de afilar su pedazo de lápiz con una hoja Gillette, ese valioso objeto prestado por el príncipe Usátov, comenzó a escribir. Tomaba muchas notas, deshilvanadas, porque así aclaraba su pensamiento, y se las enviaba a María.

«Puede que nunca haya vivido con tanta serenidad como ahora. Es una gran dicha desprenderse de todo y comprenderlo todo. La felicidad que experimento es inmensa, amarga, dolorosa y tranquila. Súbitamente, la vida se ha despojado ante mí de todo lo que la estorbaba: hábitos, convenciones, tareas, preocupaciones, relaciones superfluas. Acabamos abandonando casi toda nuestra alma a esas cosas. ¿Te acuerdas de un cuento de Kipling que leímos juntos en Vevey, *El milagro de Purun Baghat*? Es la historia de un viejo hindú occidentalizado que se retira a las montañas para terminar su vida allí, con la tierra, las plantas, los animales domesticados: la realidad eterna. Yo soy un occidental, no quiero alejarme ni de los hombres ni de la acción, pues ambas cosas pertenecen también a la eternidad. Solo quiero sobreponerme a mi propia impotencia y comprender por fin qué curva describe en el cielo el huracán que nos arrastra a todos.

»Todas las miserias del hombre están aquí reducidas a una simplicidad desnuda.

Vivimos la vida de los pobres. Y comprendo a los pobres, su visión directa de la realidad, su capacidad de odiar, su necesidad de poner el mundo patas arriba. No albergo odio, salvo quizás, en el fondo, hacia aquello que más amo. Creo que casi todos carecemos de odio en esta cárcel. Es posible que me equivoque, porque no observo lo bastante a los demás. No tengo tiempo, ¿te lo puedes creer?

»Dicen que el terror va a terminar. No lo creo, todavía es necesario. Es preciso que la tormenta desarraigue los viejos árboles, remueva el océano en sus profundidades, lave las viejas rocas, empape de nuevo las tierras empobrecidas. El mundo será nuevo después. Si el viejo roble, cuya savia pesada circula trabajosamente, pudiese pensar, llamaría al rayo para que pusiese fin a su vida y se hundiría en el abismo con alegría. Pedro I fue un gran leñador. ¡Cuántos viejos robles derribó! Ahora han llegado nuevos leñadores. Somos una clase marcada por el hacha.

»¡Hemos convertido la historia en una cosa muerta en nuestras bibliotecas! Buscábamos la explicación del presente en el pasado. Es el presente el que explica el pasado. La historia verdadera se hará cuando los ojos de los hombres se hayan abierto.

»Muchos de los que hacen la Revolución son unos locos. Sin embargo, todos sirven, hasta el último. Y, si existen algunos que saben lo que hacen, podemos irnos sin nostalgia, nosotros, con nuestros libros y nuestras ciencias cubiertas de polvo (que no han sido inútiles). Otra ciencia será creada. ¡María, creo que existen esos hombres! Hay demasiado orden y método en este caos. Creo que puedo vislumbrarlos. Existen o están a punto de nacer, a punto de despertarse a sí mismos. Y los amo, incluso si parecen crueles, incluso si lo son, incluso si me matan sin mirarme.

»Ojalá seamos los más fuertes. Ya ves que me coloco del lado de aquellos que tal vez mañana... El terror de los otros sería peor. Arrancaría de esta pobre tierra todos los jóvenes brotes. Unos defienden sus vidas y la vida misma; los otros, viejos privilegios. Unos piensan en el hombre. Los otros solo piensan en sus bienes; ni siquiera piensan en sí mismos; aquí tenemos con nosotros a un antiguo terrateniente que solo desea la victoria de los blancos para que le indemnicen por la confiscación de su granja de caballos.

»Tengo una de las mejores esquinas en esta habitación, no lejos de la ventana. Hay luz durante el día. Por un vidrio roto veo el cielo. La estrella Betelgeuse brillaba la otra noche mientras se escuchaban los cañones. ¡Qué ruido tan miserable bajo esos puntos blancos centelleantes que son universos! Yo los contemplaba con un desprendimiento sin límites. Después de nosotros, las estrellas brillarán para otros ojos que sabrán verlas mejor. Los hombres están en marcha, María. Aunque pasen sobre nuestros cuerpos por casualidad o por necesidad, están en marcha.

»Son siempre los bárbaros quienes renuevan el mundo. ¡Hay tanta barbarie oculta, tanta enfermedad y tanta mentira en nuestra cultura! Los bárbaros que han venido son obra de esa cultura: por eso algunos de ellos son unos dementes

repugnantes. Serán barridos como nosotros, con las viejas creencias, las viejas imágenes, los viejos venenos, el dinero y la sífilis...».

No había luz por la noche. Lytaev tuvo que detenerse. Nunca somos capaces de confesarlo todo, en especial cuando queremos mostrar lo mejor de nosotros. Lytaev callaba su insuperable miedo a morir, y que su deseo de vivir era tan grande como el de un niño que acaba de descubrir la muerte.

Yegor daba vueltas en su celda, balanceándose de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, olvidando a medias dónde estaba. Cantaba para sí una canción popular:

*Desde la isla boscosa,
en el ancho y raudo río,
orgullosamente navegan
las barcazas cosacas.
A la cabeza va Stenka Razin...*

El portillo chasqueó, un bigote colgante apareció en él:

—Silencio. El reglamento prohíbe cantar.

Yegor sintió todo su ser rebotar como una pelota que golpea el suelo y que vuelve a partir siguiendo una trayectoria nueva.

—¡Métete el reglamento por el culo, cara mierda, rata de alcantarilla, rata de cárcel, puto bigotes! Canto si me da la gana. No eres tú quien ha hecho la Revolución.

Detrás del portillo otra vez cerrado, el rostro del bigote se quedó sin habla un momento. Diecisiete años de buenos servicios en esa mazmorra, a través de tres revoluciones señaladas únicamente por los hacinamientos, por la inaudita relajación en la disciplina y por un ir y venir de personas que enloquecía a cualquiera, habían hecho que aquel hombre se adaptase al silencio de las galerías, a las reglas que, mantenidas por cada una de las sucesivas Administraciones, eran tan permanentes e inmutables como la sucesión de las estaciones. Sin embargo, en algunos momentos, con el corazón en la garganta, había temblado al ver regresar a la cárcel, ahora como amos, a hombres que conocía bien por haberlos llevado al patio trasero de la cárcel, para ponerlos a disposición de los chulos. Así pues, durante un momento vaciló entre su sentido de la disciplina y una vaga aprensión. Justo entonces apareció, viniendo del patio, el nuevo comisario del Centro de Detención, el camarada Ryzhik, seguido por el intendente. (El comisario anterior, atrapado vendiendo víveres en el mercado negro, ocupaba ahora una celda en el quinto piso, y los agotados carceleros escupían en el agua hervida que le daban de beber). El hombre del bigote saludó a Ryzhik con la actitud reglamentaria del guardián ante el guardián jefe. Ryzhik, con las mejillas cubiertas de una barba de aspecto sucio, frunció el ceño. ¿De dónde salía aquel viejo

animal, amaestrado para el servicio penitenciario al igual que un perro de circo es amaestrado para saltar a través de aros de papel? Aunque quedaban muy lejos los días de 1914 en que Ryzhik había ocupado la celda 30, creyó recordar a esa caricatura colorada de bigotes alquitranados.

—Uno de nuestros mejores hombres —susurró el intendente—. Un viejo empleado: el único que conoce el servicio a fondo. No es nada ladrón.

—... Camarada comisario, aquí hay un marino que perturba el orden.

—¿Qué hace?

—Está cantando.

Ryzhik se encogió de hombros.

—Bueno, pues que cante.

Miró al hombre del bigote con una especie de odio y dijo al intendente:

—Deles granadas a los hombres de confianza. (A este no, obviamente). Que las lleven en el cinturón. A mi señal, *limpien* las salas y las celdas de los contrarrevolucionarios. Asigne a cada hombre una zona. *Limpie* también las salas de los rehenes de la primera categoría.

—¿Y los presos comunes? —preguntó el intendente.

Ryzhik reflexionó, pues sus instrucciones no decían nada sobre ese punto. Al fin y al cabo, los bandidos solo roban a los propietarios.

—Ábrales las puertas en el último momento.

En una esquina del corredor se encontraron con la persona que Ryzhik quería evitar a toda costa. Un grupo de hombres en camiseta y con los pantalones colgando sobre los zapatos desatados corrían hacia las duchas. Asomó alguien erecto, oscuro, aterrador. De cerca ya no resultó aterrador, sino ordinario. Es tal el poder de lo concreto que diez pasos bastan para, en apariencia, despojar a un hombre del misterio de que se rodea. ¡Cómo había adelgazado, cómo había envejecido en unos cuantos días! ¡Tenía la piel oscura, las comisuras de la boca alargadas, la nariz en forma de gancho, los ojos como brasas oscuras!

—Hola, Arkadi.

—Hola, Ryzhik.

Apretón de manos.

—¿Qué tal?

—Así así. *Nada*. ¿Crees que resistiremos?

—Será duro...

El peso que oprimía el espinazo de Ryzhik era incluso mayor que el que había sentido al final del día en aquellos tiempos en que había tenido que empujar vagones de varias toneladas en vías férreas de Siberia. Una carga de hielo pesaba ahora sobre el alma y la carne. Nada ya que decirse. Ryzhik oyó su propia voz con una especie de asombro, como si otro, dentro de él, hubiera hablado en su lugar. Ese otro decía descuidadamente:

—Tu asunto no está decidido todavía. Tenemos demasiadas preocupaciones,

como ya sabes... ¿Quieres ver a esa... a tu mujer? Puedo arreglarte eso. Bien. Dentro de una hora, hermano. Perdón. (En Rusia dicen *perdón* para despedirse. Un gesto de una profunda sabiduría).

Arkadi encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Conocía bien ese temblor nítido y ligero de las manos, pues lo había observado en otros muchas veces. Sin embargo, sonrió en el vacío. Y entonces el pequeño soldado rubio que lo acompañaba sonrió también, con toda su cara redonda iluminada por dos gotas de agua verduzcas.

Ryzhik corrió el cerrojo de la oficina del director. Butacas de cuero, papel secante mugriento. *Constitución de la República Soviética, Reglamento del Centro de Detención*. Se sentía espantosamente solo, atrapado en una trampa. Le faltaba el aire. Los vidrios negros de un armario le devolvieron su fea imagen. La vergüenza de tener los nervios de un intelectual lo acaloró más aún. Se lanzó hacia el teléfono. «¡Relévenme enseguida! No estoy hecho para esta tarea. ¡Envíenme a cualquier sitio, pero relévenme, me oyen, en una hora!». Eso es lo que iba a gritarles. La voz melosa de una mujer le informó de que el camarada Ósipov había partido hacia el frente. No quedaba nadie en la Comisión, excepto la camarada Zvéreva, de servicio... En la oficina, una gruesa voz de hombre hizo saber a Ryzhik que el camarada presidente tenía una conferencia por hilo directo con la capital y que tardaría en estar libre. Kirk estaba en la reunión del Consejo Extraordinario de Defensa, que tenía lugar en el tren de Trotski. Finalmente, Ryzhik consiguió hablar con Kondrati.

—¿Qué quieres, Ryzhik? Sé breve.

Cómo decirle que...

—Kondrati, estoy reventado. No puedo tenerme en pie. Envía a alguien para reemplazarme.

—¿Reventado? ¿Estás loco? ¿Sabes en qué lío estamos metidos? Quédate en tu puesto y déjame en paz.

Al terminar la comunicación, Ryzhik se dio cuenta del frío, de la luz macilenta, y de que comenzaba a dolerle el costado.

Dio varias veces la vuelta a la oficina, al igual que muchos hombres, en ese mismo instante, daban vueltas alrededor de sus celdas. Se sentía más encerrado que ellos.

Quitó el cerrojo y llamó. Apareció el hombre del bigote.

—¿Cómo te llamas?

—Vlášov.

—¿Tienes aguardiente, Vlášov?

—¿Acaso se puede vivir sin él? Sí, tengo aguardiente de grano del bueno, fabricado en una destilería clandestina por los campesinos, no lejos de aquí, en...

—Está bien. Tráelo.

El primer vaso, un gran vaso para la cerveza, vertió en los miembros entumecidos

de Ryzhik un calor brutal, como si se tratase del fuego que le entra a uno en los poros cuando, en la noche, se calienta con un brasero encendido sobre la nieve. El hombre del bigote, de pie, con los brazos pegados al cuerpo, sonrió generosamente.

—Es bueno para el alma —dijo relamiéndose, él, que no había bebido.

«¡Cerdo asqueroso!», pensó Ryzhik. Pero dijo en voz alta:

—Siéntate y bebe.

Como no había más que un vaso, se turnaron.

En la sala de visitas del Centro de Detención, Yegor encontró a Shura.

Un soldado anodino, con granadas alrededor del cuerpo, vigilaba todos los movimientos de ambos sin que pareciese verlos, pues tal era el aspecto de aburrimiento de su cara inexpresiva.

—Te he traído una sierra —susurró Shura, con sus brillantes labios tan cerca de los de él que esas palabras juntaron sus alientos.

—Deslízala hacia la manga de mi camisa.

Yegor sintió bajo el brazo la flexibilidad resistente de la sierra, como si se tratase de un duro helecho. El soldado Timoshka vio perfectamente que aquella especie de china con ojos de gata le deslizaba algo a su amante. Y habló como en los sueños, suavemente, lentamente:

—Tómalo, hermanito, tómalo. Para lo que te va a servir... Pero tú, princesa, eres muy amable.

Yegor y Shura, viendo a Timoshka petrificado en su aburrimiento, no sabían si ellos mismos estaban soñando. Esas palabras pasaron a través de ellos como si no fueran reales.

—¡Maldito cerdo! —dijo Yegor, que no creía más que en lo real—. Lo saben todo, Shura, esos cerdos. El asunto del banco. El de la cooperativa. El golpe del viejo Kaláshnikov. El acuerdo con los anarcos. No valía la pena discutir, no hacían falta ni diez minutos para saldar mis cuentas. ¿Eres tú? Soy yo. Contra la pared, compañero. Esa fue toda la conversación posible. Si no encuentro la manera de escabullirme, se acabó. Hubo una vez un hombre. Ya no lo hay. ¿Entiendes?

El extraño óvalo del pálido rostro femenino se alzó hacia él con una súplica intensa en los ojos arrugados.

—Quiero decirte algo, Yegor. No te enfades, quiero decirte... quiero que me encierren contigo, no te enojés...

Yegor la rodeó con el brazo y la tensión de los músculos comunicó a Shura toda su agitación interior. Ella vio cómo la sangre se agolpaba en el rostro de él, cómo una alegría ebria retorció su ancha sonrisa y hacía que zigzagueasen relámpagos en sus ojos. ¿Gritó o le parecía a ella que gritaba?

—¡Shura, mi pequeña gata de ojos dorados! ¿Estás loca? ¡Qué tonta eres! ¡Trata de comprender, vamos! Me meterán una bala en la cabeza. ¿Y qué? La vida sigue,

¿no? Los hombres siguen. Tú sigues. ¿Acaso crees que la primavera será menos bella? El deshielo, los témpanos, los primeros brotes verdes, la vida, ¿no lo ves? ¡Y tú, tú!

Yegor sacudió la cabellera desordenada, y un silencioso furor hirvió en su cráneo. Sufría porque nunca era capaz de expresarse (mientras que hay montones de agitadores que no tienen nada que decir y saben soltar kilómetros de frases...).

—Shura, mi pequeña gata de ojos dorados, vete de aquí y no mires atrás. No me olvides... no, olvídame, será mejor así y me importa una mierda. Olvídame. Vive, vive, te digo. Acuéstate con toda la ciudad. No, escoge a los más fuertes. No, que te escojan. Vive. Y no temas nada, nada, ¿me oyes? Haz como yo. ¡No hay nada que temer!

Timoshka esperó a que sonara la última campanada de las diez para decir:

—Ciudadanos, la visita ha terminado.

¿De qué está hecho un desenlace? Mil hechos que comprenden a su vez un millón de hechos menores se totalizan de pronto sin que nadie sepa cómo; la ola de asalto que avanzaba confiada es quebrantada por ametralladoras a las que esperaba barrer sin esfuerzo como había hecho la víspera y la antevíspera; hombres que huían dan la vuelta, ya no huyen, descubren su propia ferocidad, toman nuevo impulso; aquellos que los perseguían se detienen exhaustos, descubren que están ya sin fuerzas, dan media vuelta, huyen.

Los obreros de la Gran Fábrica trabajaron en la penumbra, por falta de electricidad, montando para la batalla callejera piezas de artillería en vagones de tranvía. Los obreros de las fábricas de Izhorsk y de Shlisselburg formaron batallones de voluntarios. Eran tuberculosos, miopes, hombres desgastados de cuarenta y cinco años, soldados de aspecto lamentable, vestidos con abrigos raídos, que marchaban hacía el viento frío con la espalda doblada y los hombros caídos bajo el peso de las cartucheras. Muchos cayeron en los campos embarrados de Púlkovo y de Lígovo. Pero esos hombres enfurecían ante la visión de los oficiales vestidos a la inglesa, que iban elegantemente a la batalla con el revólver en el puño. Los baskires huyeron de un lugar, pero resistieron en otro. Los batallones siberianos pelearon con aburrida seriedad, como si estuviesen haciendo algún trabajo pesado y desagradable. Ruda tarea, hay que reconocerlo, esa de matar hombres mientras intentas que no te maten a ti; pero cuanto más pronto se termine, más pronto volverá uno a su casa, que es la verdadera meta, porque la tierra espera. Aunque no siempre espera, a veces recibe a un hombre rápidamente, tan pronto como este deja ver quince centímetros de su cara oculta tras el tronco de un árbol y recibe un disparo desde un ángulo imprevisto.

Los titulares de los periódicos también destacaron el heroísmo de los marinos. Todos esos casanovas barriobajeros, que llevaban tatuados en el pecho nombres de mujer, corazones y moños, iban a la batalla con entusiasmo, como a una fiesta. Sin embargo, un centenar de ellos se declaró enfermo antes del combate, y la mitad,

acusada de simular, fue a dar a la cárcel (muchos estaban realmente enfermos, pero por casualidad). Asimismo, las heridas en las manos y los pies, extrañamente numerosas en los primeros combates, se hicieron más raras después de las ejecuciones sumarias para dar ejemplo. En cualquier caso, los marinos hicieron maravillas, pues habrían pagado muy cara una derrota. La sangre de los almirantes y de los capitanes, derramada para satisfacer el espíritu de justicia de la flota, resultó ser un valioso incentivo.

Sucedió que el comandante en jefe de todos los ejércitos de la República, gran político pero bastante mal jinete,^[23] tuvo que montar sobre el primer caballo que encontró para hacer regresar él mismo al combate a unos hombres que huían en desbandada. Estos se quedaron estupefactos al ver surgir entre ellos al hombre temible y seguro de sí mismo que mostraban los retratos expuestos por doquier. Era extrañamente parecido a sí mismo, extrañamente natural. Lo vieron, lo oyeron gritar; con un gesto enérgico, señaló el pequeño bosque acribillado de explosiones de donde huían los hombres. En realidad, el bosque no era más temible que cualquier otro. Así pues, ¿por qué huían? Los huidos dieron la vuelta y, con hurras de soldados, corrieron a la carga. El comandante en jefe se secó la frente. ¡Uf! Había estado a punto de perder sus anteojos. Al otro lado del ruidoso bosque, que fue ocupado de nuevo por unos musculosos muchachos de Kaluga que hablaban arrastrando la *a*, estaba, según una primera versión, la mejor tropa del príncipe Bermont, equipada con material alemán, la cual fue inmediatamente barrida; según una segunda versión, no había nada, pues el enemigo había levantado el vuelo a tiempo; según la tercera versión, el bosque no era más que una cortina de árboles; según la cuarta, inventada diez años después, no existió tal bosque y no sucedió nada semejante.

La ciudad se erizó de barricadas hechas de pesadas planchas de metal, de adoquines y de pilas de madera que bloqueaban las principales avenidas. Cañones plantados pérfidamente en zanjas apuntaban sus hocicos a ras de la calzada. Otros eran escondidos detrás de las rejas de los jardines. Un antiguo bazar vacío, con las ventanas llenas de sacos de arena, se preparaba para aguantar un largo sitio. Trincheras cavadas por civiles, sacados de sus madrigueras para ese trabajo nocturno, rodeaban las estatuas, cortaban las plazas y formaban laberintos delante de las iglesias. Burgueses auténticos, pero empobrecidos, fingían cumplir sus tareas con buena voluntad. El partido vencido^[24] anunció que movilizaba para la defensa de la Revolución a tres docenas de los suyos, una tropa de élite comandada por la propia Fanny. Esta tropa se perdió entre las líneas del frente, vivió quince días a costa de los campesinos, se apoderó gloriosamente de un cañón abandonado por los alemanes en la ofensiva de 1918 y dejó tras sí (en aldeas ignotas donde nunca se habían conocido más portadores de ideas que los pastores luteranos llegados de Suecia en el siglo XVII) las semillas de un socialismo herético.

Un cuerpo de guerrilleros anarquistas se ofreció a defender las instituciones de la dictadura, y sus servicios fueron aceptados. Dos días después, se decidió desarmarlos,

pues el peor peligro ya había pasado. Ellos no estaban de acuerdo. Se rectificó la decisión, ya que la situación volvía a empeorar. Finalmente, el rostro de la victoria se alzó en plena luz. Los anarquistas se preguntaban si les estaban tomando el pelo. La Checa envió a espías para estudiarlos. Entre dichos anarquistas, Stásik propuso llevar a cabo una fructífera «expropiación»; Uvárov, partir clandestinamente hacia Ucrania; Gorin, buscar el entendimiento con el Partido. Tres escisiones resultaron de ello. La peor suerte se la llevaron los partidarios de mantener la unidad, aquellos cuyo único objetivo era oponerse a las escisiones, una tendencia que denotaba la más despreciable carencia de principios.

Fijados en todas las paredes de las esquinas de las calles, los periódicos impresos sobre un papel grisáceo con tinta fangosa clamaron súbitamente noticias tan increíbles que al principio la gente las creyó falsas: *Toma de Detskoe Sélo* («¿Lo veis? ¡Sí estaban allí!»). *Toma de Crasnoe* («¡Así que era verdad!»), la ciudad estaba salvada. «¡Soldados, marinos, obreros, comunistas, comandantes, comisarios: a pesar de la fatiga, a pesar de todo, adelante, adelante! ¡Decapitad a la hidra! ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria! Firmado: El presidente del Consejo Revolucionario de la Guerra». Un telegrama del Ejército de Siberia informó de la toma de Tobolsk. El Consejo Revolucionario del Frente Sur comunicó la recuperación de Vorónezh, que nadie sabía que había sido perdida previamente. Victoria en todos los frentes. Viviremos. Porvenir, eres nuestro hasta el fin de los siglos, o hasta la primavera (es casi igual de hermoso y mucho más probable). En las ventanas de la Agencia Telegráfica, grandes carteles con dibujos y textos del futurista Mayakovski mostraban a Lloyd George y a Clemenceau alicaídos. Los escuadrones de Shkuró y de Mámontov, rodeados del olor a las masacres cometidas, huían ante los jinetes rojos. Néstor Majnó, persiguiendo al Ejército blanco, paseaba por los pueblos de Ucrania sus carretas atiborradas de ametralladoras indomables y, en los intervalos de los combates, trabajaba los campos.

¡Cuántos hijos perdidos tienes, Revolución, dispuestos a fusilarse unos a otros en tu nombre! Desde el río Obi al Dniéper, se dan la mano rostros mongoles, cosacos cantadores, rudos campesinos, expresidarios idealistas, bandidos que sueñan con ciudades nuevas, proletarios que gastan sus últimas fuerzas en la reparación de las últimas locomotoras, proletarios analfabetos que garabatean su firma en órdenes redactadas por antiguos generales que han aprendido a decir «camaradas», proletarios a caballo que conducen a los nómadas kirguizes a la conquista del Turquestán, proletarios encorvados sobre estadísticas que miden hora tras hora la muerte de la industria, ingenieros que sueñan con la electrificación de una *América* futura sin buscadores de oro, porque el oro verdadero ha sido encontrado: yace en el corazón, el cerebro y los músculos del hombre. Tendremos más oro que el que hay en todos los sótanos del Banco de la Reserva Federal de Nueva York. Pensad en esos sótanos llenos de metal amarillo: ¡qué extraña aberración! Nosotros tendremos cien millones, doscientos millones de hombres libres. Doscientos cincuenta millones de europeos se

reconocerán en nosotros, y se verán a sí mismos como nunca se han visto. Despertaremos a la India: trescientos millones de oprimidos, la más vieja sabiduría de la tierra, envilecida, enferma. Pero nosotros la sanaremos. ¡Nosotros, un Occidente que repudia los cañones, nosotros, que por medio de las máquinas liberaremos al hombre de las máquinas! Despertaremos a China: cuatrocientos millones de hombres... Mil millones de asiáticos escucharán nuestra llamada. En Shanghái y en Bombay se verá cómo las huelgas y las insurrecciones enarbolan nuestras banderas y aplican nuestros métodos. Millones, centenares de millones de hombres en marcha, eso es lo que somos. Hoy, aquí, lo hemos logrado. ¿Qué otra cosa importa?

La lluvia lava en las paredes los periódicos recién pegados. *Contrarrevolucionarios, espías y criminales pasados por las armas*. Esa columna, en minúsculo cuerpo de ocho puntos sin interlineado, donde los nombres resaltan en negrita, es la que la gente lee con mayor atención bajo la lluvia lúgubre y penetrante. «Lista de contrarrevolucionarios, espías, criminales, chantajistas, bandidos y desertores ejecutados por orden de la Checa...». Treinta y cuatro nombres numerados. «Artiushkin, Losov, Kaufmann, Aga Oghul, Kaspárov, exgeneral. 1) Vadim Mijáilovich Lytaev, profesor de la Universidad, conocido contrarrevolucionario, afiliado a la organización de centro-derecha, acusado de haber alojado a un agente de los blancos... Paramonov, exoficial, Ma Tsiu-Dey, trabajador de lavandería, convicto de varios asesinatos... 15) X, alias Nikita, contrarrevolucionario. 16) Nicolás Orestovich Azin, alias Danil Petróvich Gof, 25 años, miembro de la organización de centro-derecha, emisario de los blancos, 17) Olga Orestovna Azin, 28 años, su cómplice. 18) Arkadi Arkádievich Ismaílov, 34 años, miembro de la Checa, convicto de corrupción. 19) Kik, Beáliev, Smólina...».

Los nombres toman extrañas formas en esa lista: cobran vida y luego se extinguen ante ojos que vieron a esos seres de carne y hueso moverse en un universo en el que todo lo que ahora queda de ellos son esas pequeñas letras trazadas con ceniza. La gente que no los conoce deletrea sus nombres entre dientes. Muertos, muertos, ajusticiados, cabezas agujereadas, sepultadas no se sabe dónde...

—¿Cuándo ocurrió, pues?

—Lee la fecha: la noche del...

—Esa noche dormimos tranquilamente, ¿es posible?

Nada ha cambiado en la calle, el mundo sigue su curso ordinario. Sin embargo, llega un momento largo y breve como la caída en un remolino. El abismo. Y el hombre que lee esos nombres piensa en sí mismo; un doble dentro de él, que nunca admitiría su existencia, sustituye esos nombres por su propio nombre, esas edades por su edad, esas vidas apagadas por su propia vida.

Entre la multitud detenida frente a esa hoja se hallan una anciana y una pareja. La mujer parece muy vieja a causa de sus ropas pasadas de moda y de sus labios grises;

ha debido de envejecer de golpe. Está leyendo, y entonces la cacerola de aluminio que cuelga de sus dedos cae sobre la acera. La anciana no ha oído nada. Una niña de boina roja recoge la cacerola y vuelve a colgarla de los dedos inertes, que parecen paralizados.

—Tía —dice la niña—, agarra mejor la cacerola, que se te va a caer otra vez.

La anciana no contesta nada. Se endereza un poco, lo cual la hace parecer ridícula, ya que hace tiempo que está habitualmente encorvada. El gorro negro colocado sobre su cabello gris se ha deslizado sobre la nuca; parece una loca; se podría pensar que está a punto de reírse, de gritar, de sollozar o de caerse. Sin embargo, se aleja mecánicamente a través de un desierto de lava petrificada. Un silencio inimaginable la rodea.

Una joven rubia de ojos azules como las aguas espumosas, apoyada en el brazo de su amante, quien lleva el uniforme de una academia desaparecida, recorre la lista distraídamente. «Dos mujeres —piensa—, veintiocho años, treinta y un años... ¡ah!». Ella tiene veinte años. No es más que una leve ondulación sobre aguas poco profundas, que desaparece enseguida. Ambos se alejan con pasos cadenciosos.

—Gueorg —dice ella—, me he hecho mucho más consciente...

Johann-Appolinarius Fuchs, artista, temía desde hacía algún tiempo que le hubiese ocurrido una desgracia a su vecina. Unos desconocidos, provistos de un bono de alojamiento, se habían instalado en el cuarto de la ausente sin tomarse el trabajo de retirar sus objetos personales. Se oía allí a un recién nacido, y una mujer pelirroja de mandíbula cuadrada se ponía los camisones de Olga. Fuchs, cuando se topaba con ella, bajaba los ojos para no mirarla de frente, pero descubría entonces sus manos, que eran enormes. Reconocía con una crispación nerviosa los pasos de ella en el corredor, y su manera de vaciar el agua en el inodoro. Él sobrevivía miserablemente vendiendo a precios irrisorios sus últimos libros galantes del siglo XVIII. Ese día, una nueva y brutal caída del rublo redujo sus compras a un poco de pan negro de mala calidad y de pescado podrido. Al azar, entró en la Oficina de Información del Comisariado de la Instrucción Pública (*¡Instruyase! ¡Infórmese!*), y encontró allí a una joven que explicaba a dos campesinas que la oficina no cubría a los afectados por confiscaciones arbitrarias de mobiliario en el campo. Fuchs hurtó sin esfuerzo los periódicos del día, lo cual lo puso de buen humor. El cielo se había despejado, un sol otoñal extendía colores rojizos sobre las aceras de la avenida central. En medio de la calzada desierta, un jinete, montado sobre un pequeño caballo siberiano de pelo largo y sucio, galopó durante dos kilómetros hacia la estación. Los escasos transeúntes ni siquiera se giraban para contemplar a ese escita lanzado a rienda suelta entre dos filas de altas casas modernas, de nobles iglesias, de palacios ornamentados y severos, de teatros y de bibliotecas.

Unas prostitutas se paseaban de dos en dos delante de los antiguos almacenes monumentales Eliseev. Fuchs pensó que, a fin de cuentas, la mitad de los víveres que él llevaba equivalía al precio corriente de ellas. Lyda, una joven alta y pálida con un

pequeño rostro iluminado por dos tímidos ojos grises, estaba allí del brazo de una amiga, como de costumbre. Se la veía más delgada. El año había pasado para ella sin más acontecimientos que algunas gripes, largas esperas delante de las casas de empeño, el miedo a las enfermedades y la violencia de algunos clientes. «Para nosotras —decía—, nada cambiará; siempre será lo mismo, o peor». Fue en casa de ella, tendido en una cama individual cuya gran almohada soportaba dos pequeños cojines blancos, donde Fuchs abrió los periódicos. «... 17) Olga Orestovna Azin... 17) Olga Orestovna... 17) Olga... Olga... Olga». Las pequeñas letras de ceniza seca bailaban ante sus ojos, y entreveía también una cabeza rubia que parecía haber capturado la luz, unas manos cruzadas sobre un camión azul; oía una voz viva. Y todo ello se confundía con horribles tinieblas y con el vago pensamiento, obsesivo e insuperable, en el vértigo de esa cabeza rubia suspendida sobre el abismo, en su espera aterrorizada, en una atroz herida, una atroz herida...

—¿Qué le pasa, Johann, se siente mal?

Una cabeza morena, huesuda y pálida, con los ojos pintados y los labios balbuceantes, se inclinó hacia él con preocupación. Esa cabeza también, ¿por qué no? Todas las cabezas son iguales, no hay más que un sufrimiento, una muerte, una vida, es evidente.

—¡Johann, Johann!

El sonido de su nombre le llegó al cabo de segundos eternos.

—No es nada, pequeña. Ya pasará. Son los t-t-t-tiempos...

Temblaba de la cabeza a los pies.

—¿Conoce usted a alguien de esa lista, Johann? —Lyda no reconocía a nadie—. Túmbese, Johann, amigo mío, no piense más en ello, cálmese...

Le acarició las sienes y la frente como a un niño.

Hubo funerales y fiestas. Féretros rojos, cubiertos de coronas con lazos, fueron conducidos sobre los carros de los cañones hasta el Campo de Marte, donde se cavó la tierra endurecida para hacer amplias fosas comunes. Desde lo alto de las murallas de granito, el presidente del Ejecutivo afirmó la inmortalidad de la clase obrera. Sobre los montículos, una bandera escarlata palpitaba en el frío viento. «En eterna memoria comunista de los que han caído». A Johann-Appolinarius Fuchs le pareció hermosa aquella inscripción elzeviriana en la que había trabajado durante tres días. Las cadencias opresivas de las marchas fúnebres marcaban el ritmo del desfile de las tropas. La mañana era húmeda, una tristeza invencible emanaba de la tierra. Pasaron los vencedores. No tenían aspecto de entrar en la gloria, sino más bien de regresar exhaustos de las regiones de la desgracia. Los hombres habían visto la guerra al desnudo, sin desfiles ni mentiras, tal como la hacen aquellos que ya no la quieren. Sin embargo, marcharían con ese paso firme hasta el fin del mundo para acabar con ella.

Por la noche, cuatro mil hombres llenaron la sala blanca y dorada de la Ópera. Un olor amargo a tierra cálida subió desde las filas grises hasta las diosas blancas de la bóveda, que sostenían guirnaldas en el azul ahumado. Cuatro mil hombres posaron sobre las barandillas de los palcos y de los balcones sus manos de labradores de Riazán, de pastores baskir, de pescadores del norte, de tejedores convertidos en ametralladores; esas manos rústicas ignoraban los gestos refinados; se alegraban de no tener que hacer nada y de poseer por fin las cosas pacíficamente, al menos por una noche. El escenario, con su bello horizonte dorado de cartón, era deslumbrante. Apareció en él Shaliapin, vestido con frac y con guantes blancos como cuando había actuado para el emperador, y saludó a esa audiencia tal como había saludado antaño a la otra (a la audiencia que terminó delante de un pelotón de fusilamiento), con una profunda inclinación y una sonrisa de magistral seductor. Algunas voces estallaron en la sala: «¡El látigo, el látigo!». Las canciones de amor son hermosas, sin duda, pero lo que le gusta al ejército amontonado en esa sala es «la canción del látigo». ¡La

conocen bien, conocen bien el látigo! Lo han probado en su espalda, y en la cara; y también saben manejarlo, ¡que se lo pregunten a los capitalistas! ¡Cántanos eso, camarada, y te aplaudiremos como jamás te aplaudió la otra audiencia, esa que no volverá nunca, esa que tal vez extrañas en el fondo de tu alma, esa audiencia con sus escotes y sus monóculos! ¡Te aplaudirán manos que han removido piedras, tierra, estiércol, metales, fuego, sangre! Y la voz perfecta entonó *El látigo*. Esa es una canción, hermanos.

Envuelto en sonrisas exuberantes, el cantante se inclinó para dejar el escenario. «¡Otra, otra!». Iba a regresar al centro y a ceder una vez más al entusiasmo de aquella multitud cuando, desde detrás del decorado, una mano simiesca lo agarró del brazo.

—Espera, camarada.

Con un giro de la muñeca, el cantante arregló el pliegue de la manga que había sido arrugada por la garra torpe de aquel viejo soldado de piel curtida, sin rostro, cuyos ojos no eran sino oscuros puntos marrones. La sorprendida sala vio aparecer en lugar del gran cantante a un pequeño hombre vestido con el largo abrigo de la división baskir. Alguien exclamó:

—¡Kara-Gáliiev!

El soldado avanzó sobre las tablas con andar pesado y se detuvo delante de la caja del apuntador. Allí, levantó el brazo. En el extremo, la mano estaba envuelta en vendajes blancos. Tenía barro hasta la cintura. No se le ocurrió quitarse el gorro gris, hundido hasta las cejas. Gritó:

—¡Camaradas!

¿Y ahora qué? ¿Otro desastre?

—¡Hemos tomado Gdov!

Una nueva aclamación estalló en la cálida oscuridad de la sala. En el escenario, el apuesto cantante reapareció detrás del mensajero del frente. Ligeramente inclinado, irradiando blancura, negro nítido, gracia y sonrisas, él también aplaudió, con sus manos hábiles impecablemente enguantadas, esa oscura victoria arrancada a los lodos de la frontera de Estonia.

La nieve cubrió las tumbas frescas que ya estaban medio olvidadas. La vida es de los vivos, y les cuesta mantenerse con vida. De nuevo, las largas noches, con desgana, se apartaban de la ciudad por unas horas. Una luz gris de alba o de crepúsculo, filtrada por el techo de nubes de un blanco sucio, se vertía entonces sobre las cosas como el empobrecido reflejo de algún lejano glaciar. Incluso la nieve, que seguía cayendo, carecía de luz. Esta sepultura blanca, ligera y silenciosa, se extendía hasta el infinito en el espacio y en el tiempo. Hacia las tres ya había que encender las lámparas. El anochecer oscurecía la nieve con tonos de ceniza, con azules opacos, con los tenaces grises de las viejas piedras. Y la noche se imponía, inexorable y calmante: irreal. El delta recobraba en esas tinieblas su configuración geográfica. Negros acantilados de

piedra, quebrados en ángulos rectos, bordeaban los canales congelados. Una especie de sombría fosforescencia emanaba del ancho río de hielo.

A veces, los vientos del norte, llegados de Spitsbergen y de más allá, tal vez de Groenlandia, quizás del Polo a través del océano Ártico, Noruega y el mar Blanco, empujaban sus ráfagas sobre el triste estuario del Nevá. El frío mordía de repente el granito, las pesadas brumas venidas del sur por el Báltico se esfumaban y las piedras, la tierra y los árboles descarnados se cubrían instantáneamente de cristales de escarcha, cada uno de los cuales era una maravilla apenas visible, hecha de números, de líneas de fuerza y de blancura. La noche, despojándose de sus velos de irrealidad, cambiaba de rostro. La estrella polar aparecía, las constelaciones abrían la inmensidad del mundo. A la mañana siguiente, los jinetes de bronce sobre los pedestales de piedra, cubiertos de un polvo de plata, parecían salir de una extraña fiesta; en la catedral de San Isaac, todo estaba helado: las altas columnas de granito, el frontón poblado de santos, hasta la cúpula de oro macizo. Las fachadas y los pilares de granito rojo tomaban, bajo aquel revestimiento magnífico, tintes de ceniza rosa y blanca. Los jardines, con las filigranas puras de sus ramajes, parecían encantados. Esa fantasmagoría deleitaba la vista de las gentes que salían de sus asfixiantes casas del mismo modo que, hace milenios, los hombres vestidos con pieles salían temerosamente en invierno de las cálidas cavernas llenas de un buen hedor animal.

Ni una luz en barrios enteros. Tinieblas prehistóricas.

Ryzhik había perdido la cuenta de las horas. Su jornada no tenía principio ni fin. Dormía cuando podía, de día, de noche, a veces al comienzo de las sesiones del Comité del Distrito, cuando los discursos eran prolijos. Ese día, hacia la medianoche, cuando ya empezaba a preocuparse, una voz escurrida por el auricular del teléfono le comunicó los resultados de la redada.

—Hola, ¿Ryzhik? ¿Eres tú, Ryzhik? Pesquisa terminada, nos llevamos tres paquetes de cartas y documentos, incautamos doce libras de mantequilla, treinta kilos de harina, dos docenas de pastillas de jabón... espera, ¿qué más?, ah, sí, fotografías, y conservas, dieciocho latas... No, ningún arresto, los muy cerdos lograron huir, nos dispararon... ¿Xenia? Xenia tiene dos balas en la barriga...

Esas últimas palabras tardaron en adquirir pleno significado en la mente de Ryzhik; estallaron y se apagaron; volvieron a encenderse en la profundidad de su conciencia como las pequeñas luces de seguridad que en las salas de máquinas indican a veces que la presión es excesiva: *peligro*; luego, la imagen carnal de un vientre herido. Ryzhik bajó a la biblioteca, con las mandíbulas rígidas, la mirada borrosa.

Dos soldados charlaban a la luz de una lámpara, cerca de la gran estufa de porcelana holandesa. Ryzhik, adosado a la estufa para que el calor entrara en él, cerró los ojos. La noche reinaba, magníficamente silenciosa, sobre las nieves, el hielo, la ciudad.

—Tienes mala cara, Ryzhik —dijo uno de los hombres—. Yo estoy reventado. La harina estaba a cien rublos hoy.

En el silencio que siguió, Ryzhik oyó sonar las campanas... las campanas... las campanas lejanas, chirriantes, trepidantes, exasperantes, calmantes... Había que decir que Xenia... pero no quería decirlo, no quería pensarlo, y escuchaba con atención las campanas... las campanas...

—Estamos listos con esos precios —prosiguió la voz espesa que había hablado antes—. Oye, Ryzhik, escucha lo que me está contado este.

Escucharon sin verse, porque sus miradas se fijaron involuntariamente en la llama de la lámpara: una pequeña mecha flotaba en aceite en un trébol de hojalata... El otro hombre, un extranjero, hablaba el lenguaje mutilado de un antiguo prisionero de guerra; y decía cosas mutiladas, de otra edad, de otro mundo. Europa, camaradas... Las fábricas muertas de Viena, los suburbios atestados de niños raquíticos, los heridos condecorados que venden cajas de cerillas a las puertas de los cabarés de Kartnerstrasse. Y la ejecución del Jorobado, no, no en Viena, sino en Budapest, entre la celebración de la Navidad y el Año Nuevo, fue también una gran celebración: la gente se peleaba por las invitaciones... ¡Ah! ¡El Jorobado era increíble! Hasta los periódicos lo dijeron. Los otros sentenciados cantaban mientras esperaban su turno. Se los oía perfectamente, ya nadie se atrevía a mandarlos callar. La gente de bien ovacionó al verdugo. Aquí está...

El hombre se levantó para buscar en el forro de su guerrera una cartera deforme, de la que sacó un trozo de papel que no tenía más que una línea escrita a lápiz, y mostró el texto a la luz de la lámpara.

—Aquí está una de las últimas líneas escritas por el Jorobado: «*Ich gehe mit einer Allumfassenden Liebe in das Nichts...*». («Entro en la nada con un amor que lo abarca todo...»).

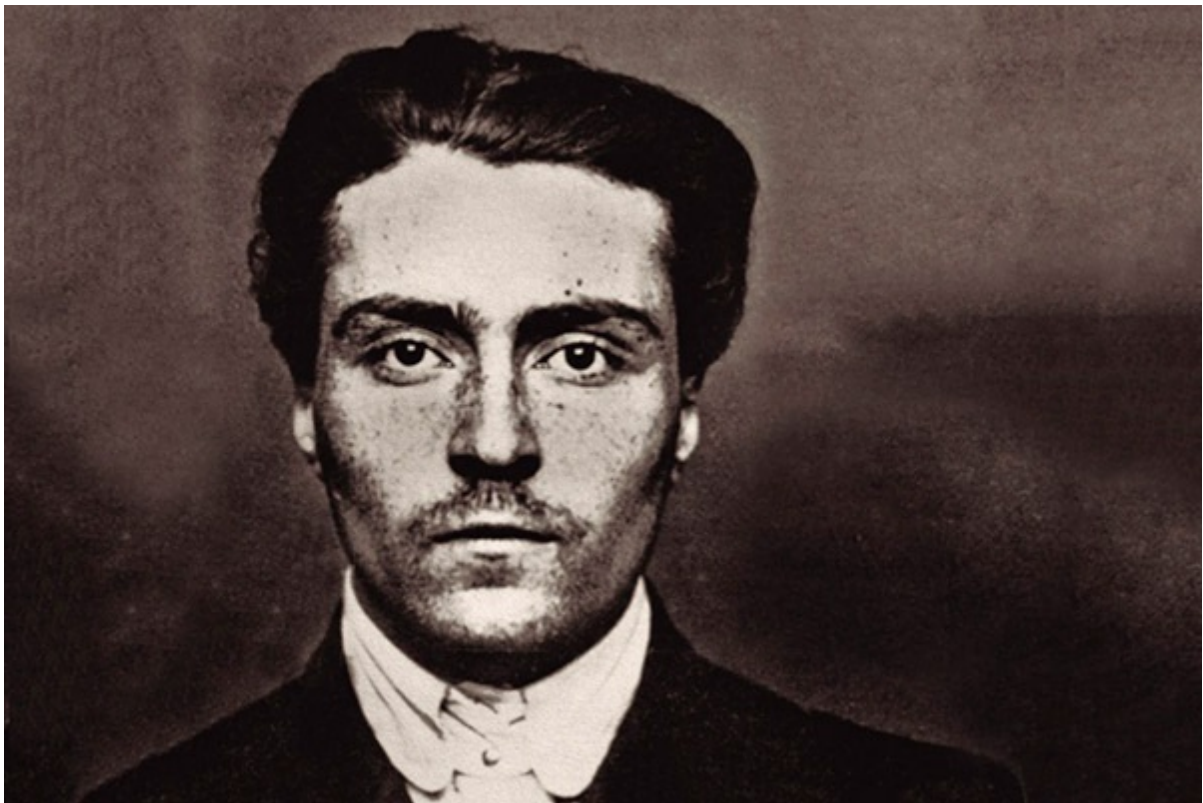
Ryzhik dijo secamente:

—Demasiado lírico. Todo es mucho más simple. Es más fácil morir que...

Y salió. Se ahogaba. La noche glacial le refrescó el rostro. Campanas cristalinas seguían repiqueteando a lo lejos, muy lejos. Ryzhik se dijo en voz alta las dos palabras mágicas: «Es necesario». El repiqueteo las cubrió. Es necesario... es necesario... El mundo estaba vacío como una gran campana de cristal.

Esa noche solo llegaron a la ciudad veintiún vagones de víveres, tres de ellos desvalijados. ¡Con tal de que aguantemos hasta la primavera! El proletariado de Europa...

Martyshkino, Leningrado, Moscú, 1930-1931



VÍCTOR LVÓVICH KIBÁLCHICH (Bruselas, Bélgica, 30-12-1890-Ciudad de México, México, 17-11-1947). Conocido como Víctor Serge, fue marxista-leninista, revolucionario, fecundo escritor y activo participante del proceso revolucionario ruso a partir de su llegada a Petrogrado, en febrero de 1919, trabajando en el recién fundado Comintern como periodista, editor y traductor. Crítico abierto del estalinismo, fue obligado a abandonar la Unión Soviética huyendo de la represión y, como tantos otros revolucionarios, falleció en el exilio mexicano.

Militante belga, de padres rusos, fue anarquista en su juventud, lo que le valió cinco años de cárcel. Después de la revolución fue atraído por el bolchevismo; emigró a la URSS y trabajó para la Comintern. Como militante de la Oposición, fue arrestado en 1928, posteriormente liberado, y arrestado nuevamente en 1933. Gracias a una campana de los intelectuales franceses se le puso en libertad y se le permitió abandonar la URSS en 1936. Poco después rompió con la Cuarta Internacional a raíz de sus diferencias políticas.

Es autor de varios trabajos históricos importantes: *El año uno de la revolución rusa, De Lenin a Stalin, Memorias de un revolucionario*, además de una biografía de Trotski y de varias novelas.

Notas

[1] Especie de policía política de la época de los zares. (*N. del T.*) <<

[2] Partido Comunista de Rusia. (*N. del T.*) <<

[3] República Socialista Federativa Soviética de Rusia. (*N. del T.*) <<

[4] La versta es una medida itineraria equivalente a 1067 metros. (*N. del T.*) <<

[5] Vivienda de madera. (*N. del T.*) <<

[6] Recipiente utilizado para calentar el agua del té. (*N. del T.*) <<

[7] Campesinos pobres que, antes de la reforma agraria del siglo XIX, carecían de tierras en propiedad. (*N. del T.*) <<

[8] Erigida por orden de Napoleón Bonaparte, la columna Vendôme fue derribada durante los sucesos de la Comuna de París, en 1871. (*N. del T.*) <<

[9] El término hacía originalmente referencia a los campesinos que tenían propiedades (aproximadamente una quinta parte de la población durante la época zarista). Posteriormente fue usado despectivamente por los bolcheviques para referirse a los opositores a las colectivizaciones. (*N. del T.*) <<

[10] Alusión a una de las citas más célebres de Blaise Pascal (1623-1662): «El hombre no es más que un junco, el más débil de la naturaleza, pero un junco que piensa». (*N. del T.*) <<

[11] Stenka Razin (1630-1671) fue un líder cosaco que se sublevó contra la nobleza y la burocracia del zar. (*N. del T.*) <<

[12] Término con el que se designaba a los miembros del Partido Social-Revolucionario (PSR), principal rival de izquierdas de los bolcheviques durante el periodo revolucionario. (*N. del T.*) <<

[13] Tras el levantamiento de la Liga Espartaquista en 1919, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, cofundadores de dicha liga, fueron asesinados por unidades paramilitares mediante un disparo en la cabeza. (N. del T.) <<

[14] Gueorgui Apolónovich Gapón (1870-1906), sacerdote ortodoxo y líder popular de la clase obrera. (*N. del T.*) <<

[15] Néstor Ivánovich Majnó (Guliaipole, 1889-París, 1934), líder revolucionario anarquista de Ucrania. (N. del T.) <<

[16] Borís Sháposhnikov (1882-1945), coronel del ejército zarista que se unió al Ejército Rojo y se convirtió en su mejor estratega. (*N. del T.*) <<

[17] Vestido de campesina de talle alto. (*N. del T.*) <<

[18] Nombre dado a los grupos de campesinos armados que durante la guerra civil rusa se enfrentaron tanto a los bolcheviques como a los blancos, debido a las requisas, levas forzadas y represalias a las que los sometían ambos bandos. (*N. del T.*)

<<

[19] Se trata del Ejército Negro, cuyo nombre oficial era Ejército Revolucionario Insurreccional de Ucrania (en la guerra civil rusa combatieron principalmente cuatro ejércitos: el rojo, el blanco, el verde y este, el negro, compuesto por anarquistas). (*N. del T.*) <<

[20] Primogénito de Pedro I, educado en un ambiente de odio a su padre. (*N. del T.*)

<<

[21] El 17 de julio de 1918, el emperador Nicolás II, su esposa Alejandra Fiódorovna y sus hijos fueron ejecutados por los bolcheviques en la Casa Ipátiev, situada en Ekaterimburgo. (N. del T.) <<

[22] Alusión al poema «Los escitas», en el que Alexandr Blok (1880-1921) mostraba su fe en la victoria de Rusia sobre Occidente. (*N. del T.*) <<

[23] Se trata de Trotski. (*N. del T.*) <<

[24] El Partido Social-Revolucionario (PSR), cuyos miembros eran conocidos como eseristas. (N. del T.) <<